Finalista
Premio Nadal *2004*

Javier Puebla

Sonríe Delgado

Sonríe Delgado narra la historia de Frederic Traum, un personaje de pasado nebuloso que, en Beirut, encuentra en la calle a un hombre *in articulo mortis*, Alberto Delgado, funcionario de la embajada española, con el que hace un insólito pacto: intercambiarán sus personalidades —lo que borraría el oscuro historial de Traum— con la condición de matar a Ana, una mujer que vive en Barcelona, de la que el moribundo desea vengarse.

Con el amparo de su nueva personalidad, el falsario protagonista inicia su nueva vida en España tejiendo diferentes ardides para conseguir sus planes, entre los que se incluye el cumplimiento de su parte del trato con Delgado, para lo que Traum llega a inventar un nuevo personaje que cierra el círculo de este caleidoscópico juego de apariencias en el que nada es lo que parece, en el que el bien y el mal son complementarios y en el que incluso la vileza tiene su propio código de honor.

Javier Puebla

Sonríe Delgado

ePub r1.0
Titivillus 09.05.2023

Título original: *Sonríe Delgado*
Javier Puebla, 2004
Finalista del Premio Nadal 2004
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
991

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Max
(pero también para Lola)

Cualquier parecido con la realidad
es pura coincidencia

I

Llevo casi dos años oculto bajo el mismo nombre: Alberto Delgado. El nombre es real. Pero la persona que lo ostentaba de modo legítimo ya no existe. Hasta la fecha ha sido un refugio seguro. Sin embargo las actuales circunstancias apuntan a que esto podría cambiar.

Conocí a Alberto Delgado de un modo poco usual. Poco usual para Occidente. En Beirut era el miedo nuestro de cada día. Yacía en el suelo. En el centro de una callejuela de tierra. Me bastó una ojeada para comprender que no había remedio. Las balas en el estómago rara vez lo tienen. Se desangraba. Era cuestión de más o menos horas. Pocas horas.

El disparo era reciente. Aún no habían tenido tiempo de desvalijarle. Alejé con un grito en árabe a los niños que se acercaban. Siempre que había algo que robar aparecían niños. Peligrosos. Capaces de lapidarte por un mendrugo.

Hice un torniquete con su propia chaqueta. No sé muy bien por qué. Tal vez porque era occidental. O tal vez porque los diez largos meses pasados en el hospital me habían sensibilizado hacia el dolor ajeno. Además olfateé una oportunidad. No voy a negarlo. Yo también era capaz de apedrear a cualquiera por un mendrugo de pan. Sin pasaporte ni dinero mi futuro en la ciudad era inexistente. Mi futuro en el mundo era inexistente.

Me lo cargué a la espalda. Pesaba mucho. Mucho para mí. No estaba muy hercúleo por aquel entonces. Su sangre caliente empapaba la espalda de mi chilaba. Sin molestarme. Al contrario. Mis propias heridas eran demasiado recientes como para sentir repugnancia. Éramos como hermanos. Hermanos en el dolor. De qué cuerpo brotaba la sangre en esta ocasión era casi indiferente.

Le transporté hasta mi cubil. Con enorme esfuerzo. Sobre todo en el tramo de escaleras final. Apenas diez peldaños. Diez peldaños

en tan mal estado como el resto del edificio. Antaño había sido un hotel. La guerra lo había transformado en un refugio de ratas. Yo era una de ellas. Aunque no me quejaba demasiado. Tenía hasta una cama. Sin sábanas. Por supuesto. Echaba de menos las sábanas. En los últimos meses sentía añoranza de las cosas más estúpidas.

Limpié como pude la herida. Un lavado superficial. Sin grandes aspavientos. Toallas empapadas en agua. Sucias las toallas y fría el agua. ¿Y qué? No había otra cosa. Y dudaba de que Alberto Delgado se fuese a molestar en pedir el libro de reclamaciones al gerente. Empujé sus tripas hacia dentro. Con mi propia mano. En el hospital había pasado por trances peores. No me dejé impresionar. Mientras yo trajinaba con sus intestinos el infeliz seguía perdido en sus delirios. Decía tonterías. Cosas como que estaba solo en el mundo. Que no le importaba a nadie. Tópicos. Aunque no se perdería nada por indagar un poco.

—¿No tienes familia? —pregunté. Esperanzado. Lo reconozco.

—Estoy solo —repitió. Sus ojos castaños se agarraron a los míos. Desesperados y serenos a un tiempo. Extraños. Granjeándose mi simpatía. Aunque de poco podría servirnos a ambos. Sus minutos estaban contados.

—¡No quiero morir! —me suplicó. Me lo suplicó a mí. Como si yo fuese Alá. Como si fuese el Dios de los milagros. *Levántate y anda, Lázaro, hermano*. Sería espléndido. Hacer milagros. Poder rebobinar. Empezar de cero o menos uno o…

Entonces se me ocurrió la idea. En realidad yo ya llevaba la semilla dentro. La presencia de Delgado únicamente la hizo germinar. Permití que agarrase mi mano con sus dedos trémulos. Tenía que hacerle hablar.

Era funcionario. Canciller de la Embajada de España. Futuro canciller. Ni siquiera había tomado posesión del cargo. Acababa de llegar. Su idea era aprovechar el mes de incorporación para visitar un poco el Líbano. Como si el Líbano fuese un lugar para ir de veraneo. No conocía un alma en la ciudad. Excepto al conserje de su hotel y a un par de camareros. Nadie en realidad. El comienzo estaba siendo endemoniadamente bueno.

Perdió el sentido. El dolor. Le pegué un par de bofetadas. Bastante fuertes. Volvió en sí con lágrimas en los ojos. En ese estado poca información podría darme. Por fortuna me quedaba un poco

de morfina. Dos dosis. Le inyecté la primera.

—¿Y cómo se te ocurrió pedir destino en Beirut? ¿No sabías que el país está en guerra?

Asintió con la cabeza. Esperé a que le hiciese efecto la morfina.

—Pensé que era un buen sitio para escapar.

Yo había pensado lo mismo. Años antes. Me lo callé. No se trataba de contarle mi vida. Sino de averiguar cuanto fuese posible acerca de la suya.

—¿De quién?

Me miró sin entender.

—¿Escapar de quién? —repetí.

—De mí mismo —explicó con un suspiro. Temí que se fuese a poner filosófico. Nunca se sabe por dónde va a darle a un hombre cuando está a punto de morir.

—De mi propia estupidez, que me hizo liarme con una arpía. Pero ahora ya da igual, he escapado. Tendría que haberla matado, no por mí. No por venganza, sino para que no pueda repetir con otro lo que hizo conmigo. Aunque quizá fue mi culpa, no lo sé; casi he llegado a creer que las mujeres me traen mala suerte.

—No pierdas la esperanza. Aún no has perdido la guerra. Solo una batalla. Aquí estoy yo. Y te aseguro que siempre les he traído a las mujeres mucha peor suerte de la que ellas te hayan podido acarrear a ti.

Eso era verdad. Alberto hizo un esfuerzo para sonreír. Era uno de esos tipos educados. En general no me gusta la gente así. Pero él sí. Tenía algo. Me recordaba a otro. Otro latino. Un tipo hiperactivo a quien conocí en Madrid.

—Háblame de ella —pedí.

—¿Mi chica?

Pronunció las palabras con absoluto desprecio. *Mi chica*. La pasión cuando se desvanece acostumbra a dejar secuelas amargas.

—Se llama Ana. Ahora tendrá treinta y ocho o treinta y nueve años, vive en Barcelona. Pero ¿para qué va a servirme ya hablar de ella? ¿Qué más da? Estoy cansado.

Tenía que decírselo. Su odio hacia la mujer era palpable. A mí me interesa el odio. Soy un experto. Durante un tiempo fue mi principal fuente de ingresos. La satisfacción del odio ajeno siempre es negociable.

—Tengo un trato que proponerte.

Me miró expectante. Tratando de contener las arcadas de sangre que cada poco le venían a la boca.

—No puedo evitar que mueras. Lo mío no son los milagros. Ese tipo de milagros. Pero sí puedo impedir que ella viva. Eso sí que puedo hacerlo.

—¿La matarías? —preguntó incrédulo.

Asentí con la cabeza. Podría haberle dado mil explicaciones. Describirle mil métodos. No lo hice. Andábamos escasos de tiempo. Su respiración era cada vez más entrecortada. Apenas podía hablar. Pero su mirada era harto elocuente. Quería saber cuál era el trato.

—A cambio quiero tu identidad. Tu nombre. Pasaporte, ropas… Todo.

—No tienes documentos y quieres salir del país, es eso, ¿verdad? Buscas un…

La tos cercenó su discurso. Ronca tos cuajada de esputos sanguinolentos. Le indiqué que se callara. Era estúpido malgastar energía elucubrando sobre mis motivos. Sin embargo él continuó. Necesitaba verlo claro. Comprender.

—Te busca la policía, o el ejército, o alguien, y necesitas un pasaporte para largarte, ¿no es eso?

—Más o menos.

No me gustan las grandes charlas. Me aburre oírme decir en voz alta lo que ya sé. Pero el pobre diablo se merecía algo más que unas cuantas frases inconexas. Intenté explicárselo. Aunque era demasiado largo para entrar en detalles.

—Necesito una identidad. No tengo. Es difícil de entender. Para ti será difícil de entender. Pero es así. Digamos que mi nombre es… —traduje al español— Federico. Federico Sueño. Me dieron por muerto hace más de un año. Y no quiero resucitar. Al menos todavía no. Tal vez más tarde. Por eso necesito tu identidad. No un simple pasaporte. Algo más. ¡Ser tú! Continuar tu vida como si no hubiese pasado nada. Como si ninguna bala perdida se hubiese cruzado contigo en una callejuela de Beirut. Tu espíritu continuará en mí. Y seré digno. Te lo prometo.

Le miré. Mientras hablaba. Desde lo más hondo. Hasta lo más hondo. Para que comprendiese. A veces es difícil confiar en las palabras. Siempre es difícil.

Se removió en el lecho. Inquieto. Durante un instante la curiosidad pudo más que el dolor y la muerte. Lo noté en la manera de escudriñarme el rostro. Tratando de calarme. ¿Qué clase de individuo era yo para ofrecer un trato así? Desconfianza. Es creencia común que los asesinos son poco de fiar. Somos poco de fiar. Aunque él nada tenía que perder y lo sabía. Trató de incorporarse. No pudo. El dolor había vuelto. Compañero fiel. No aflojaría su presa hasta verle en brazos de la muerte. Una lágrima resbaló por su mejilla pálida. Suave. Casi adolescente.

—Me parece bien, acepto tu trato. Mi nombre es tuyo. Serás Alberto Delgado —suspiró—. ¿Qué necesitas?

—Información. Dame información: familia, amigos, *hobbies*, pasiones…

Asintió con la cabeza. Le costaba respirar. Había cerrado los ojos para ahorrar fuerzas. Asimilando. Cuando comenzó a hablar comprendí que había creído en mí. En una suerte de magia desconocida para él. Una magia que le permitiría de algún modo seguir viviendo. De algún modo.

—Tengo veintinueve años. Me llamo Alberto Delgado. Mi último domicilio figura en el pasaporte. Lo llevo en un doble fondo, cosido a la pernera del pantalón. No tengo familia, excepto una tía lejana y unos cuantos primos con los que apenas he tenido contacto. Supongo que de verme ni siquiera me reconocerían. Tampoco tengo muchos amigos. Los empecé a perder cuando me fui a vivir con Ana. En el hotel hay una libreta con los teléfonos de casi toda la gente que conozco, también un cuaderno, de tapas azules, que te puede venir bien. Ahí está mi esencia, no es un diario pero sí algo parecido, aunque sin fechas.

Se paró en seco. Le había asaltado una duda. Era transparente.

—¿Cómo vas a hacerte pasar por mí? No nos parecemos.

—Claro que sí. Seré exacto a ti. Además no voy a frecuentar mucho a nadie que te conociese anteriormente.

—¿Y a ella, cómo la matarás? Es…

Volvió a toser. Doblándose hacia delante. Le cogí entre mis brazos. Su oreja quedaba cerca de mi boca. No tuve que esforzarme para explicárselo.

—De modo que sufra como has sufrido tú y más. Como lo habrías hecho tú en sueños.

Se abrazó a mí. Reconfortado. Creía hasta en la última de mis palabras. Necesitaba creer en ellas porque ya no le quedaba nada más. Nada.

—¿Cómo puedo encontrarla?

—Su número y su dirección están en la agenda de teléfonos —tosió— en la

B

.

Casi sonrió. A pesar de la situación. Era su último intento de sonrisa.

—En la

B

de Bruja —explicó—. Ten cuidado con ella, es más lista y peligrosa de lo que a primera vista parece.

—Tranquilo. Te aseguro que yo soy más peligroso que ella. Lo parezca o no a primera vista.

Me habría gustado indagar algo más. Sus padres. Sin saber por qué no acababa de creerme que no tuviese ninguna familia. Era posible que la tuviese y no deseara hablar de ella. No sería el primero. Conozco muchos casos. Sin ir más lejos el mío. Di a mis padres por muertos cuando me largué de casa. Decidí dejarlo correr. ¿Para qué torturarle más? Me separé de él para ir en busca de la otra dosis de morfina. La última. A sabiendas de que aquella misma noche lamentaría mi excesiva generosidad. Los meses pasados en el hospital me habían convertido en un adicto. Pero ya era hora de acabar con ello. Aguantar el *mono* es duro pero se pasa. Cuestión de huevos.

Los músculos de Delgado se relajaron casi al instante. Arrojé la jeringuilla a la papelera tras sacarla de su vena. Quizá esa misma noche la buscase entre la basura pero tenía que intentarlo. Desengancharme. Volví a palmear las mejillas de Alberto para evitar que se quedase dormido. Aún no me había dicho en qué hotel se alojaba. Se lo pregunté.

—En el Sheraton, en la plaza…

—Sé dónde está —atajé.

Hizo una señal de conformidad.

—Tienen mi talonario de cheques y dinero en efectivo guardado en la caja fuerte. No sé si podrás… ¡aaaaahhhh!

La dosis no había sido suficiente. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas. Tenía miedo. Sufrió una terrible serie de convulsiones. Estábamos abrazados. Cada vez que él sufría un espasmo yo lo sufría con él. Le tenía cogido con todas mis fuerzas. En aquel momento le quería. Era para mí la única persona del mundo. Como yo para él. Dos diminutos seres humanos aterrados y temblando juntos. Deliraba de nuevo. Llamó a su madre. O eso me pareció. Sus palabras resultaban apenas inteligibles. Recobró la conciencia. De repente. Espantado. Le acaricié el pelo.

—Tranquilo. Soy yo. Frederic. No te preocupes. Yo me encargo de todo.

Asintió. Sus lágrimas bañaban mi cara. Sabían a sal. Se separó un poco de mí. Tratando de hablar. No pudo.

—Haré cuanto te he dicho. Confía en mí —le prometí—. Tu espíritu vivirá conmigo y en mí.

Puse mi boca sobre la suya. Ya estaba. Iba a morir. Sentí en mis labios el calor febril de los suyos. Y en los brazos el espasmo que antecede a la muerte. Tuve que emplear toda mi fuerza para sujetarle. Exhaló un suspiro sobrecogedor. El último. Dentro de mí. Transmitiéndome su esencia. Pasando a ser parte de mí.

Cuando le solté no sabía si el sudor que me empapaba el cuerpo era mío o suyo. Si las lágrimas que bañaban mi rostro eran suyas. O mías.

En el doble fondo de su pantalón encontré el pasaporte. Y tres mil dólares. Me emocionó ver tanta pasta junta. Quizá para Delgado aquel dinero era una menudencia. No para mí. Con tres mil dólares se podían hacer muchas cosas en Beirut. Constituían una pequeña fortuna. Suficiente para sobornar a todo el personal del hotel en el que *nos alojábamos*. Aunque intentar hacerlo sería una torpeza. Habría llamado la atención.

En primer lugar le quité la ropa. Toda. A él ya no iba a hacerle falta. Carecía de detergente. Utilicé un poco de jabón. La sangre pasó a convertirse en algo pardo y desvaído. Bastaba. Nadie iba a negarme la llave de mi habitación por falta de higiene. No en Beirut. El agujero de la camisa era más complicado. De hecho no tenía remedio. Cuestión de arrugarla un poco. Necesitaba un sombrero. Él tenía pelo. Yo no. Mi cráneo estaba rapado al cero. Como de costumbre. El sombrero lo conseguí en el mercado. Junto

a un poco de maquillaje. También un peluquín sintético. Nadie hacía preguntas. Pasé unas horas ensayando. Luego me presenté en su hotel.

Había averiguado el número de la habitación mediante una llamada telefónica.

—Quisiera hablar con el señor Delgado, habitación…

—Habitación 212. No hay nadie en el cuarto, lo siento. ¿Desea dejar algún recado?

—Sí. ¿Tiene papel? Bien. Escriba: *Relájate, Alberto. Todo va bien.*

Dos horas más tarde estaba allí. Sudando frente al mostrador.

—Dos, uno, dos —pedí. Refinando mi voz rasposa. Ocultando la mirada bajo el ala del sombrero.

—Hay un recado para usted, *monsieur* Delgado.

Y la llave. Un recado y la llave. El conserje no había dudado que yo fuese Alberto Delgado. Un occidental es igual a otro occidental. Todos nos parecemos. Al cerrarse a mi espalda el ascensor desplegué el papel con el mensaje. *Relájate, Alberto. Todo va bien*. Sí. Todo iba bien. Suspiré tan fuerte que casi se me doblaron las piernas. Abrí la puerta con dedos temblorosos. La cama. Me dejé caer sobre ella. Noté cómo se mojaba mi cara. Debían ser los nervios. Estaba llorando.

La embajada me preocupaba algo más. No sabía si Delgado se había puesto en contacto telefónico con ellos. Decidí esperar una semana antes de personarme. Para hacerme con el personaje. Para que creciese un poco mi cabello. Para sentirme más seguro. El objetivo era ser como él. Comer como él. Hablar como él. Caminar como él. ¡Dormir como él!

Tuve que imaginarme muchos detalles. Casi todos. Pero al séptimo día ya era Alberto Delgado. Aunque yo era algo más grande usábamos casi la misma talla. Podía aprovechar su ropa. Con los zapatos no resultó tan sencillo. Eran de un número inferior. Me aguanté. Ni con dinero se conseguían en Beirut zapatos europeos por aquel entonces.

Cuando llegó la mañana en la que debía pasar por la embajada me podía la histeria. Vencer la adicción a la morfina me había dejado convertido en un manojo de nervios. Me sentía desequilibrado. Débil. Y estaba desentrenado. Desentrenado de ser

tratado como un ser humano. Desentrenado en el trato con la gente civilizada. Desentrenado hasta de mí mismo. Sobre todo de mí mismo. Como había hecho todos los días anteriores me permití un copioso desayuno en mi propio cuarto. Maravillas del dinero. Y pasé treinta minutos nadando en la piscina del hotel. Las bombas habían tenido a bien respetarla hasta aquel entonces. También probé con un poco de autohipnosis. Ante el espejo. Aun así…

Hacía calor. Cinco días antes había prendido fuego al cuerpo de Delgado. Junto a la práctica totalidad de mis antiguas pertenencias. Escasas pertenencias. Pensé que incinerarle era lo único que podía hacer por él. Nada de darle sepultura. Demasiado complicado. Saqué de su cuerpo la bala que le había matado antes de encender la pira. Un trozo de plomo arrugado y deforme. La llevaría conmigo. Colgada del cuello. Soy supersticioso. Creo en la magia negra. Y la practico.

—Buenos días.

—Buenos días.

Había un guardia ante la puerta. Nativo. Sentado en una pequeña garita. Era la única medida de protección visible. Me presenté. Temeroso de que mi acento no fuese lo bastante perfecto. Excepto con Delgado llevaba casi dos años sin hablar español.

—Ah sí, pase. Hace días que le estamos esperando, señor Delgado.

Aparte del guardia de la puerta, que también hacía de chófer, había dos secretarias y un administrativo. Este último era español. El único. Aunque por su forma de hablar nadie lo habría dicho. Chapurreaba tan mal como cualquiera de sus compañeros. Eso me tranquilizó. Aunque no el resto.

El administrativo se llamaba Aurelio de Miguel. Unos meses atrás yo había intentado comprarle un pasaporte. Sin éxito. No conseguí suficiente dinero.

Temí que me reconociese cuando me alargó su pequeña colección de salchichas sudorosas para que las estrechase entre mis dedos. Pero no. Mi aspecto había cambiado radicalmente. Además la posibilidad de que alguien hubiese suplantado al nuevo canciller era demasiado fantástica para que a él se le pasase por el cerebro. Enseguida se puso a cotillear. Hablaba demasiado. Bebía demasiado. Sudaba demasiado. Y se quejaba demasiado. Me

comentó que el embajador y el secretario de embajada habían abandonado el país meses atrás con el rabo entre las piernas. Cometí el error de preguntar la fecha. Eso le hizo subir la guardia. Yo debería saberlo. ¿O quizás no? Por fortuna sus dudas quedaron ahogadas en su propia verborrea. Tardé casi una hora en quitármelo de encima. Al final me encontraba muy incómodo. Sudando a pesar del aire acondicionado. Pasé un mal rato.

Las secretarias no eran ningún problema. Guardaban la distancia. Delgado había hablado con una de ellas el día de su llegada. La más joven. Delgado había insistido en que nadie acudiera a buscarle al aeropuerto. Me lo recordó ella misma. Asentí con la cabeza. Como distraído.

—Tal como usted solicitó le he preparado un dosier sobre la situación de la embajada, con un organigrama y las funciones de cada uno.

Estupendo. Me sentí orgulloso. Mi imitación de la voz de Delgado era lo bastante buena. Nayha, la secretaria, no parecía haber notado la diferencia. Los documentos solicitados por Delgado me serían útiles. Delgado había hecho bien las cosas. Como si hubiese intuido lo que iba a pasar. Como si realmente lo hubiese intuido.

—Se lo he dejado en su despacho —concluyó Nayha. Todo sonrisas.

¡Mi despacho! No estaba mal. Nada mal. Era amplio. Confortable. Algo caluroso, pero comprobé encantado cómo el aire acondicionado se ponía en marcha tras girar la rueda de control. Enseguida comenzó a emitir un ronco ruido que a mí me pareció delicioso. El sillón era de cuero negro y reclinable. Magnífico. Como la mesa. Iba a inspeccionar el interior de uno de los numerosos cajones cuando advertí que me temblaban las manos. Respiré hondo varias veces. Calma. Todo iba bien. ¡Todo iba bien! Yo era Alberto Delgado. Nadie dudaba de ello. Estaba en el buen camino.

Los meses siguientes transcurrieron como la seda. No recuerdo haber disfrutado nunca de una existencia tan tranquila. A pesar de las bombas. A pesar de que no había cines ni grandes espectáculos. A pesar de que me seguía cruzando con cadáveres tirados en mitad de la calle. También con heridos que lloraban, se retorcían y eran desvalijados por las bandas de niños. Heridos que desde luego yo no

recogía para llevarlos a mi hotel. Vivía con una sensación de placidez. Y también de plenitud. Diferente a todo lo anterior. Podía sentir a Delgado dentro de mí. Su espíritu. No es que estuviese poseído. No. Era algo más sutil. En todo caso yo era el íncubo. El brillo interior que animaba al Alberto Delgado de siempre. Veía mi entorno de otra manera. El cielo. Las palmeras. La intensidad de los colores. El rostro de las mujeres libanesas. Hasta las ruinas de la ciudad se habían vuelto hermosas. Amparadas bajo esa nueva luz. La luz de Delgado. No había necesitado asomarme a las páginas de su cuaderno para adivinar que era un entusiasta. Un enamorado de la vida. Cada día le daba gracias al destino por haberle puesto en mi camino. Pues lo cierto es que ya había perdido por completo la esperanza. La fe en mí mismo. De hecho había sobrevivido por un milagro. Casi en contra de mi voluntad.

La vida en las ciudades me convirtió en apóstol de la violencia. Amaba destruir. Por eso elegí el Líbano. La guerra. Para matar. Matar a mansalva. Para saciar mi sed de sangre. Pero no hay nada artístico en una guerra. Cadáveres y más cadáveres. Al llegar a cincuenta dejé de contarlos. El dato no tenía importancia. Carecía de relieve. Es más hermoso matar una cucaracha en Londres que cien hombres en Beirut. Por eso deserté de mi batallón.

Anduve varios días como un sonámbulo. Quería irme de allí pero no sabía adónde. Y a la vez quería seguir matando. Era lo único que sabía hacer. Pero solo me quedaba una persona a quien asesinar. A mí mismo. Una granada. Una granada estallando en una barca. En mitad del mar. Esa era la idea. Poética. Muy poética. Pero en el último segundo cambié de opinión. Tras retirar la anilla de su anclaje. Instinto de supervivencia lo llaman. Simple miedo. Cualquier cosa. Lancé la granada hacia un lado y me arrojé al agua. No lo bastante rápido. Heridas por todas partes. Debería haberme ahogado. No fue así. Apareció un barco. Un barco turco. Un carguero militar que me llevó de regreso al país de donde quería escapar.

A los mercenarios no se les hace un consejo de guerra si desertan. Se les deja de pagar. Eso es todo. Si vuelven entonces sí. Entonces sí que se toman algunas represalias. Fingí que no recordaba mi nombre. Que todos los recuerdos habían desaparecido de mi memoria. Me retuvieron muchos meses. En un hospital

infecto. ¿No querías guerra? Aquí tienes tu guerra. El hospital era infinitamente más sórdido que cualquier campo de batalla. Médicos y enfermeras. Ellos eran peor que las heridas. Peor que las enfermedades. Peor que la muerte. Nunca me inspiraron gratitud. Solo asco. Un asco infinito.

Aseguraron que padecía un problema de desequilibrio mental. Excelente pretexto para jugar al doctor Frankenstein conmigo. Fármacos. *Electroshocks*. Me largué a tiempo. Sin dinero. Sin fuerza. Sin ánimo. Viviendo gracias a pequeños robos. Por inercia. Olvidado del orgullo que desde niño siempre había sentido por mí mismo. Desde niño.

La primera noche me pareció un imposible. La primera noche que suplanté a Delgado. Que fui Delgado. En su habitación del Sheraton. Sábanas limpias; nuevas. Cuarto de baño completo. Mesas. Lámparas. Sillas. Servicio con solo tocar un botón. Lujo y más lujo. Y el respeto. Sentir que me respetaban los demás comenzó a devolverme poco a poco el respeto hacia mí mismo.

Gracias a Delgado. Sí. Gracias a él. Volvía a ser rico. Dinero para cualquier capricho. Y aún sobraba. No solo el sueldo. Astronómico. También sus ahorros. Sus inversiones. Imitar su firma fue sencillo. Corta y fácil. En el banco no pusieron ninguna pega para realizar las transferencias. Al principio me parecía increíble. En cualquier momento me desenmascararían. Continuaba viendo enemigos por todas partes. Trampas a punto de saltar. Listas para atraparme cuando menos lo esperase. Pero no había trampas. Todo era limpio. Como el propio Delgado. Por eso determiné pagar en la misma moneda. En el trabajo. Por ejemplo.

Reorganicé la embajada. Eliminé el desorden y la corrupción. De raíz. Aurelio de Miguel lo intentó todo. Sobornarme. Amenazarme. Suplicarme. Le puse en su sitio. Cerrándole el suministro de cuadernillos para extender los pasaportes. Me odiaba. Si hubiese sabido quién era yo se habría vuelto loco de alegría. Un mercenario. Un asesino. Un impostor. Pero ni una sola vez lo sospechó. Ni tan siquiera una vez. Estoy seguro. Mi actuación como canciller era impecable. Cosa no muy difícil. Los trabajos oficiales han sido diseñados —en general— para gandules y retrasados mentales. En cuanto a Madrid… Nos dejaban en paz. Líbano para ellos carecía de importancia. No existía. Cuando Aurelio de Miguel amenazó con

denunciar ante el ministerio mi actuación estuve a punto de partirme de risa. Y a punto de partirle la boca a él. Se quedó en el «a punto». Bastó con que colocase sobre la mesa un pasaporte. Un pasaporte falsificado. Vendido por él tres meses atrás. Se puso lívido. Tan blanco. Gotitas de sudor ensuciando el blanco. Juró no tener nada que ver. Juró y juró. No tuve que apretarle. Ni siquiera necesité abrir la boca. Bastó con volver a guardarme el pasaporte en el bolsillo. Ahora tenía dinero para comprar cuantos quisiera. En el mercado negro. Verdaderos y falsos.

El resto del personal también cojeaba de un modo u otro. Pequeños negocios sucios. No fue necesario ni mencionárselo. Fueron parando ellos solos días después de mi último enfrentamiento con De Miguel. O al menos se volvieron más discretos. Tal vez fue el propio De Miguel quien habló con ellos. Tal vez.

En dos meses la embajada funcionaba como un reloj. Para nada. Para nada pues nada había que hacer. Alguna reunión. Alguna visita. Visado. Permiso de trabajo. Pasaporte. Una cena oficial de cuando en cuando. Poca cosa. Ser Alberto Delgado era fácil. Divertido. Para entretenerme investigaba acerca de su vida. Descubriendo cosas insólitas. Escribía poemas. Buenos poemas. Al menos a mí me lo parecieron. Encontré unos cuantos en su cuaderno de tapas azules. Los pasé a limpio. Supuse que habría más en otros cuadernos. Cuadernos que quizá yo nunca llegase a ver. O quizá sí. Porque entre sus cosas había encontrado el resguardo de un guardamuebles. Media docena de bultos. Mandaría a buscarlos. Algún día. Sin prisa.

También memoricé los teléfonos y direcciones de su agenda. Conocer datos sobre sus amigos me hacía sentirme más él. Pero mi afán investigador no se detuvo ahí. Contacté con una agencia de detectives en España para obtener un perfil completo. Quería saberlo todo. Con documentación gráfica incluida si era posible. Sin reparar en el gasto. Utilicé el nombre que figuraba en un pasaporte americano que había comprado a los pocos días de la muerte de Delgado para hacer el encargo. Habría sido poco coherente que Alberto Delgado pusiera un sabueso a escarbar en su propia vida.

El informe tardó dos meses en llegar. No me sorprendió. Al menos en líneas generales no me sorprendió. Aunque había algún

que otro detalle insospechado. Pocos. Delgado era como yo imaginaba o sabía. Estudios primarios en los jesuítas. Niño modelo. Ni buenas ni malas notas. En la media. No solía causar problemas. Pasaba desapercibido. Tampoco era extraño. Bastaba observar el rostro plano que exhibía en las tradicionales fotos de fin de curso. Habían mandado tres. Como muestra. Había más a mi disposición si me interesaban. La reproducción no era demasiado buena pero bastaba. Correspondían a los ocho, doce y dieciséis años. Me fue fácil reconocerle. Reconocerme. El rostro infantil y redondeado. Preadolescente y alargado. Cabello castaño tirando a rubio. Mirada asustada. Me habría gustado saber quiénes eran sus amigos entre aquellos treinta muchachos. Y quiénes sus enemigos. El informe no decía nada. Lógicamente.

Del colegio a la universidad. Sin transiciones. Filosofía pura. Nada menos. Sobresalientes y más sobresalientes. Varias matrículas. Hasta llegar al último año. Ni siquiera se presentó a los exámenes. No había explicaciones al respecto. Ni aventuras amorosas ni problemas personales. Delgado era tan neutro que resultaba difícil de investigar. El informe aseguraba que habían intentado hablar con dos o tres de sus compañeros de facultad. Ninguno le recordaba con claridad. Apenas vagamente. Al año siguiente sí se presentó. Aprobó en junio. Media de notable. En la foto de graduación su rostro conservaba una tersura casi infantil. Solo sus ojos habían cambiado. Tenían un brillo especial. ¿El clásico brillo adolescente o algo más? Rebosaba vitalidad. Separé la imagen. Me gustaba. Ese era el Delgado que yo deseaba cultivar.

Al terminar la facultad buscó trabajo. ¡Como contable! Resultaba paradójico aquel salto de la filosofía a la contabilidad. Se mencionaba el nombre de una mujer. Una estudiante de Medicina. María José Reyes. Actualmente casada y con una hija. Una auténtica belleza si había que creer en el retrato adjunto.

A continuación un año en blanco por completo. Otro. No habían podido averiguar nada. Excepto que había dejado su trabajo como contable. Me pregunté de qué habría vivido. Cuando has conocido la miseria siempre te interesa saber cómo se las han arreglado los demás en parecidas circunstancias.

En el ochenta y tres se había presentado a una oposición. Varias fotocopias del *Boletín Oficial del Estado* lo atestiguaban. Había

aprobado a la primera. Seguía siendo un buen estudiante. Cuerpo de Gestión del Estado.

De Madrid a Barcelona. Dos años ocupando un puesto gris en la Delegación del Gobierno de la Ciudad Condal. Y luego la excedencia. Dos años. El gran cambio. Aquí sí que abundan los datos. Taxista. Corrector de pruebas en una editorial. Camarero. Transportista. Profesor de materias varias… En todos los casos se había despedido él mismo. Al parecer no soportaba que le mandase nadie. Sin embargo sus superiores coincidían en señalar su temperamento afable y emprendedor. Al final de la excedencia había solicitado plaza como canciller en la embajada de España en Beirut. Se la habían concedido. La toma de posesión figuraba en el informe. Era el primero de mis actos reflejado en su currículum.

Respecto a sus relaciones personales el informe dejaba que desear. O tal vez fuese la propia vida de Delgado la causante de tal escasez de datos. Aunque yo lo dudaba. Había una borrosa fotocopia de su cédula de nacimiento. Hijo de Alberto Delgado y Enriqueta Ponce. Era la única referencia a sus padres. Ni una más. No decía si estaban vivos o muertos de lo que se deducía que probablemente seguían vivos y Delgado me había mentido. Pero para obtener información extra tendría que investigar yo mismo. *In situ*.

Cuatro nombres. Cuatro personas con las que se relacionaba habitualmente. Las cuatro figuraban en la agenda de teléfonos que me había legado. Tres en Madrid y una en Barcelona. No se mencionaban datos dignos de reseña con respecto a ninguno.

Sus referencias bancarias eran intachables. Ni un número rojo. Nunca había tenido problemas de dinero. Si realmente no había vivido con sus padres, ¿quién le habría mantenido? ¿A qué se había dedicado aquellos años oscuros de los que no quedaba huella oficial en el mundo?

Había sido detenido una vez. En Barcelona. Consumo de estupefacientes. En compañía de una mujer. Ana Camino. La Bruja. Era la segunda vez que su nombre aparecía en el informe. Aunque no se aseguraba que hubiese convivido con ella. Se limitaban a insinuarlo. Les habían soltado a las pocas horas. A los dos. Libres de cargos.

«Actualmente —concluía el informe— goza de *status*

diplomático debido a su cargo en la embajada española en Beirut. Durante su estancia en la mencionada ciudad no se han presentado novedades de ningún tipo».

Ninguna novedad. Cierto. De ningún tipo. Exceptuando que le habían pegado un tiro y estaba muerto.

Costaba irse. Porque en Beirut yo ahora estaba bien. Si exceptuamos los disparos. Y las bombas. Pero por otra parte el ajetreo ayudaba a no pensar. A valorar cosas simples. Como la supervivencia. En los países civilizados y en paz se da por hecha. Como respirar. Algo de lo que no se es consciente hasta que alguien te pone una pinza en la nariz y con la otra mano te retuerce las pelotas.

Pero no hay bien que cien años dure. Llegaba la hora de ponerse en marcha. Once meses de reposo habían sido más que suficientes. La convalecencia tocaba a su fin. Estaba recuperado. Física y psíquicamente. Listo para cumplir mi promesa.

¡Mi promesa! A veces dudaba de si sería capaz de mantenerla. La violencia ya no era un ejercicio tan satisfactorio como antes. De hecho apenas la practicaba. Solo en pequeñeces. Para que no estuviese dormida del todo. Pero cometer un asesinato era algo distinto. Muy distinto. Aunque no solo era eso. Era España. Volver al país al que escapé antes de regresar a Londres para formar mi propio grupo. ¿Había sido algo más que una coincidencia que Delgado fuese español? ¿Hay un dios travieso que prepara ese tipo de bromas para los que nos pasamos de listos? Quizá. Quizá si ese dios existe sea un cabrón atravesado y travieso.

Estaba listo pero seguí demorando el viaje. La nueva fuga. Hasta que una señal inequívoca llegó vía télex. Habían nombrado un nuevo embajador. Llegaría en breve. Decidí que yo también me iría en breve. No tenía ganas de ver cómo le ponían la pezuña encima a Delgado. Cómo le daban órdenes. Al menos no en Beirut. No en la ciudad en la que nos habíamos encontrado y fundido.

Mi primera idea fue enterrarle definitivamente. Llegar a España amparado bajo otra personalidad. Los pasaportes estaban preparados en el doble fondo de mi maleta. Me tentaba sobre todo hacerme pasar por norteamericano. Mi inglés es sobradamente bueno. Las cosas suelen ser fáciles para ellos en Europa. Más fáciles. Por otra parte ya conocía el papel. He sido americano otras veces. Sin embargo…

Sin embargo me había acostumbrado a ser Delgado. Su piel era suave y reconfortante. Me gustaba. Dejar el personaje habría equivalido a matarle definitivamente y yo no quería eso. No. No lo quería. Al menos todavía no. Aparte del sentimentalismo estaba el lado práctico. Era una buena cobertura. Excelente. Aún quedaba mucho jugo que sacar de esa naranja.

La segunda posibilidad era mantener la identidad pero cambiar de profesión. No me entusiasmaba jugar indefinidamente al funcionario perfecto. Intenté pedir la excedencia. Una excedencia para el señor Delgado. Desconocía las normas de la Administración española. Evidentemente. Delgado había solicitado ya una excedencia. Eran necesarios un mínimo de dos años en activo antes de poder acceder a la siguiente. Solo me quedaba una solución. Pedir destino en España. O abandonar a Delgado.

En Exteriores estaban contentos conmigo. Satisfechos con mi trabajo. Había hablado en dos ocasiones con el nuevo embajador. Por teléfono. En ambas me reiteró la satisfacción de *la superioridad* por el modo en que había manejado la embajada durante los meses que estuve al frente. En la segunda conversación aproveché para expresarle mi deseo de regresar. Alegué estrés. Miedo. Soledad. Se hizo cargo. Un hombre comprensivo. Más educado que inteligente. Aseguró que haría lo posible aunque aún no había transcurrido el período mínimo. Una semana después telefoneó su secretaria. Para entonces mis pertenencias ya estaban embaladas. Dos maletas y media docena de cajas. Poca cosa. El embajador me suplicaba que permaneciese en mi puesto hasta su llegada. Me lo suplicaba. No pude sino imaginármelo postrado en hinojos. Implorante.

—Por supuesto. Me quedaré unos días —aseguré. Entonces la secretaria abrió para mí su cajita de Pandora. Las plazas disponibles.

—Podemos conseguirle un buen sitio en Madrid. Jefe de sección. Aquí, en el Palacio de Santa Cruz.

Lo del palacio sonaba bien. Lo de Madrid no tanto. Allí conocían a Delgado. Y me conocían a mí. La farsa se derrumbaría en un instante.

—Preferiría no volver a Madrid. Y tampoco a Barcelona —puntualicé, antes de que ella me lo ofreciese.

—Hay algunas plazas disponibles en provincias. El sueldo no es

muy alto, pero se disfruta de mucha más calidad de vida que en la capital —me sugirió la secretaria del futuro embajador. Su voz era amable. Paciente. Empeñada en complacerme. Le pedí que me enumerara las plazas.

—Vigo. Ciudad Real. Murcia.

Elegí Murcia. Estaba cerca de Barcelona. Al menos más cerca que Vigo o Ciudad Real. Además, que yo supiese, Delgado nunca había estado allí. Ni yo tampoco.

Con el embajador vino el nombramiento. Convenientemente publicado en el *Boletín Oficial del Estado*. Muy oficial e impresionante. El embajador era un hombre joven. No debía de llevar más de diez años en la carrera diplomática. Podía verse en su rostro que no las tenía todas consigo. Me preguntó por las bombas media docena de veces en la primera hora. Le tranquilicé. Me cayó bien. Moderadamente bien. Le habría gustado que permaneciese junto a él. Para hacerle de niñera. Era mucho pedir. Demasiado pedir. Solo necesité tres días para ponerle al corriente. No era complicado. Le advertí de que vigilase a De Miguel. Aunque sin especificar el motivo. Vagamente. Que lo averiguase él mismo si estaba interesado.

Había llegado el momento de partir.

Organizaron una fiesta en la residencia del embajador. De despedida. Me gustó por Delgado. Alguien me hizo entrega de una billetera. Con las iniciales

A.

y

D.

impresas en oro. Mi avión salía esa misma tarde. Muyajid, el chófer, se encargó de cuantos preparativos fueron necesarios. Listo y eficiente. Le entregué un sobre con toda la moneda local que me quedaba. Algo más de cien mil liras libanesas. Cuando abandoné el salón de honor camino del reactor aún agitaba su oscura mano. Miré por última vez sus dientes cariados y rotos. Una imagen que se me había hecho familiar. Entrañable. Me estaba volviendo sentimental. Un blandito como Delgado porque pensé que añoraría a Muyajid. A él y a los otros. A la ciudad. Fue solo un momento. En cuanto despegó el avión me sentí renacer. El Líbano no existía. Quedaba atrás. Era pasado.

II

Llegué a Murcia del mismo modo que lo habría hecho Delgado. Sin avisar a nadie. Me alojé en un hotel discreto y céntrico. Murcia era una ciudad pequeña y aburrida. No necesité de muchos días para comprenderlo. No iba a encontrarme cadáveres en la calle. Nadie bombardearía mi hotel. No se vendían dólares y francos en las plazas. El único color lo ponía la población universitaria. Relativo color. No había un mercado de las Pulgas como en París. Ni un barrio chino como en Ámsterdam o Barcelona. No había nada. Una catedral centenaria rodeada de edificios en su mayor parte espantosos. Buena comida. Un río apestoso. Poco más. Estaban las playas. Mazarrón y la Manga. Cabo de Palos y Altea. Todas a menos de una hora de coche. Pero Delgado no tenía coche. Tendría que comprarse uno. Sin prisa. Murcia era el lugar perfecto para Delgado. No para mí. Pero yo ya no contaba. Estaba muerto. ¿Estoy muerto? No. No del todo. No estoy del todo muerto. A medida que domino la máscara vuelvo a ser yo. Más preciso: a desear ser yo. El terrible. El chico malo. El hombre sin alma. Me añoraba a mí mismo y en momentos de debilidad recordaba Londres cuando el nombre de mi grupo —La Pesadilla— hacía estremecerse a las almas bien pensantes de la ciudad. Pasado. Sueños y pesadillas. Pasado.

A la semana me presenté en la oficina. Traje gris. Corbata amarilla. Camisa de seda cruda. Zapatos italianos que ahora Delgado utilizaba de una talla mayor que cuando le nombraron canciller en Beirut. Le habían crecido los pies en el Líbano.

Le recibieron bien. Alberto Delgado era un señor. Un hombre de mundo que aún tenía un pasaporte diplomático en el bolsillo. Basta un poco de brillo cosmopolita para dejar deslumbrados a los paletos. No a todos los paletos. La oficina tenía un jefe y ese jefe no era Delgado. Tendría que haber estudiado más. No haberse conformado con el cuerpo de gestión. Nada podía hacerse al

respecto ahora. No iba yo a ponerme a estudiar para que Delgado ascendiese en la escala laboral. Así pues había un jefe. Un tipo amable y algo neurótico. Manuel López. Manolo. Lolo para los amigos. Había conocido a Delgado en Madrid. Al verdadero Alberto Delgado.

—Estás muy cambiado.

—Los años. Y Beirut era muy duro. En cambio tú estás igual.

Bastó con eso. *Tú estás igual*. La vanidad ajena es siempre fácil de manipular. Era la primera vez que me enfrentaba a alguien que había conocido a Alberto y pasado la prueba sin ninguna dificultad. Ya me había crecido el pelo y recortaba cada semana mis cejas para que se pareciesen lo más posible a las de mi suplantado. Mi jefe se apresuró a invitarme a desayunar. Mis subordinados me ofrecieron un aperitivo dos horas después. En Murcia el mayor entretenimiento era comer. No estaba mal. Es bueno comer. Muy bueno si has llegado a conocer el hambre.

El trabajo en Murcia era tan escaso como en Beirut. Más si cabe. Permisos de trabajo y de residencia para extranjeros. Una hermosa memez para mantener a media docena de aburridos funcionarios vegetando. En la época aún no había comenzado la emigración. España no era Europa y Murcia mucho menos. Mareábamos papeles. Papeles que mi jefe o yo firmábamos. Él lo hacía mejor. Pompa y boato. Capaz de aguantar cinco horas firmando diez papelitos. Yo me los quitaba de encima lo antes posible y salía a desayunar por tercera cuarta o quinta vez en la mañana. Engordaría sin remedio si me quedaba allí demasiado tiempo.

Tampoco era mi propósito. Quedarme allí demasiado tiempo. Me estaba recuperando. Cuando cumpliese la promesa que había hecho a Delgado podría colgar el disfraz y elegir otro. O no elegir ninguno. Pero ¿iba a ser capaz de cumplir mi promesa?, ¿deseaba cumplirla? Un asesinato. Otro asesinato. A veces pensaba que sí. Lo haría y borrón y cara nueva. Otras me inclinaba por olvidarla. Me sentía cómodo en mi nuevo traje y Delgado no iba a volver de ultratumba para exigirme cuentas. ¿O sí? Existen fuerzas y poderes que la razón no comprende. Ya he dicho que creo en la magia negra. Que creo y que la practico.

En la oficina no había ningún vendedor de pasaportes a lo Aurelio de Miguel. Casi por desgracia. Habría sido entretenido

volver a jugar al hombre íntegro que lucha contra la corrupción del mundo sin importarle el precio. Los funcionarios admitían pequeños regalos. Se dejaban invitar a desayunar: todos ellos estaban gordos ya. Se cobraban pequeñas cantidades por rellenar los impresos que no pasaban por ninguna caja oficial. Debí quedarme quieto. Pero no soy de los que saben quedarse quietos. Ni disfrazado ni sin disfraz. Me fijo objetivos y los cumplo. Soy así. Peor para Delgado, porque eso hizo que mi personaje se encarase con su superior jerárquico por primera vez.

Alberto Delgado se levantó de su sillón. Su confortable sillón de cuero sintético y no genuino como el de Beirut. Con pasos largos atravesó el pasillo. Golpeó con los nudillos la puerta del despacho de su jefe.

—Adelante.

Entró.

—Toma asiento.

Se sentó.

—Tengo algo que decirte. Me parece que es importante.

Hizo una pausa antes de proseguir. Esperando que su superior le diera pie. Lo hizo enseguida.

—Pues tú dirás, a ver que es eso tan importante.

Sonrisa hipócrita y desconfiada.

—Me he enterado de que los auxiliares cobran al público por rellenar los impresos. Es obligación nuestra ayudar a la gente. Gratis. Así como denegar los permisos de residencia a los extranjeros originarios de países con los que no tenemos convenio de reciprocidad; me he estado leyendo el reglamento. También se cobra por eso.

Disfruté del espectáculo. Orgulloso de mi representación. Creyendo que estaba siendo más Delgado que Delgado. Fascinado por la expresión del señor López. Manolo López. Lolo para mí. Para su buen amigo Alberto. Abrió y cerró la boca varias veces antes de contestar.

—Bueno verás, yo ya he tratado de atajar el asunto varias veces. De hecho he ido convocando al personal, uno a uno, en mi despacho, para llamarles la atención y pedirles que no siguiesen con ese tipo de prácticas. Aunque en realidad no se trata de nada demasiado serio.

—Se trata de algo muy serio, desde mi punto de vista —le atajó el ingenuo y entusiasta Alberto Delgado.

Manolo López —Lolo para Alberto— se levantó con brusquedad. Claramente inquieto. Su rostro había adquirido un hermoso tono purpúreo. Caminó hacia la ventana. Observé los enormes flotadores que le desbordaban la cintura del pantalón a pesar de que el resto de su cuerpo continuaba siendo espigado y más bien flaco. Tenía curiosidad por averiguar cómo iba a reaccionar. No quería que estallase. Solo deseaba presionarle un poco. Su silueta recortada contra la ventana del viejo edificio no me inspiraba ninguna simpatía. Pero tampoco antipatía. Me importaba un plátano.

No decía nada. Me relajé en la butaca y disfruté del silencio. Dejé que mi vista revolotease por su despacho. Destartalado. Como todo el edificio que sin duda conoció tiempos mejores.

—Sí, claro, tienes cierta razón, es un asunto serio. Sobre todo porque si sucede algo a quien se le va a caer el pelo es a mí, y no a ellos.

—Creo que yo sabría cómo solucionarlo, señor López…

—Lolo, por favor, llámame Lolo —me interrumpió. Llevaba muy mal el estar a punto de cumplir los cincuenta. Necesitaba probar su juventud a toda costa. Le sucede con frecuencia a los hombres divorciados sin hijos. Era su caso.

—Lolo —rectifiqué. Rectificó Delgado—. Pienso que lo mejor sería poner un cartel a la entrada aclarando que la ayuda que prestan los funcionarios es gratuita, y también se podría…

—Bueno, bueno. Déjalo de mi cuenta. Ya pensaré algo, pero tu propuesta resulta excesiva. Llamaría la atención. Ya conoces el dicho jurídico: *excusatio non petita accusatio manifesta*. Y tampoco queremos que nadie piense que esto es Sodoma y Gomorra y que nosotros mismos admitimos que se realizan actividades poco claras. Más vale que me dejes meditar sobre ello y ya encontraré alguna solución. Esto es asunto mío. No olvides que soy yo quien está al mando de esta delegación.

Había recobrado el aplomo. La boca llena de la palabra «delegación». El refrendo de su importancia en el mundo. El jefe era él. Cuerpo a tierra y adoremos al señor. Y entonces me sentí muy Delgado y supe que él habría odiado a ese tipo. Hasta ese momento pensaba que el destino me había regalado el mejor personaje o

máscara posible: buen sueldo, poco trabajo y hasta inclinaciones artísticas. No era para tanto. Alberto Delgado era un pobre diablo y ahora yo era ese pobre diablo cuyo odio podía ser encendido por Lolo López con tanta facilidad como se prende una bombilla. Su jefe circunstancial no era mucho mejor. Otro pobre diablo. Un tipo ridículo que se tomaba aún más ridículo cuando pretendía parecer alguien importante. Si la vida fuese una película y yo el director habría colocado sobre la afilada nariz de Lolo una pelota roja y otra —verde— sobre la mía para transformar la vieja oficina en lo que esencialmente era: un circo.

El payaso López ya no sonreía. Encaraba al payaso Delgado con gesto grave. Más bien adusto. Desde la cima de su autoridad. Conseguí relajarme. Mi papel tampoco era el peor de la farsa. Debía sentirme tranquilo. Satisfecho. Confiado por haber dejado el asunto en manos de su superior. Para lograrlo jugué a imaginarme a mí mismo sin papel. Enfrentado a una situación así. *Mister Dream*. Traum. Sueño. Reve. En la época cambiaba el idioma pero no el significado de mi apellido. El nombre del líder del grupo punk que dejó el Camden literalmente en llamas después de su primera y única actuación. Me imaginé sacándome un moco. Pegándolo sobre la mesa de Lolo López. Ignorándole mientras hablaba. Pasado de polvos y pastillas. Cayéndome sobre él. Manchándole la camisa con mis babas de *destroyer* dopado. El ejercicio mental resultó. Sirvió para enfriarme. Ser solo el actor que representaba a Delgado y no Delgado. López al permitir las pequeñas corruptelas de sus subordinados los mantenía a todos contentos y con la boca callada. Todo un estratega del funcionariado. Sonreí para mí mismo.

—¿De qué te ríes?

—Nada. Es magnífico tener un jefe como tú. Seguro que voy a aprender mucho.

Lolo buscó un tinte de ironía en mis palabras. No lo encontró. Me invitó a desayunar. Acepté. Era la cuarta vez aquella mañana.

Al cabo de un mes dejé el hotelito céntrico y discreto y alquilé una bonita casa. Un pequeño chalet con jardín y garaje de dos plazas aunque yo seguía sin tener coche. En la zona residencial. El sueldo de Delgado podía pagarlo. Y además estaban sus ahorros. Tenía varios millones ahorrados antes de ser destinado a Beirut y mientras estaba allí siguieron creciendo sus cuentas porque yo apenas

gastaba lo estrictamente necesario. El hecho es que había bastante dinero a mi disposición y podía utilizarlo del modo que más me complaciese. Una delicia.

Antes de mudarme contacté con la empresa de guardamuebles que custodiaba las posesiones de Delgado. Desde Barcelona llegó un camión con una docena de cajas. Una mesita. Dos sillas. Librerías de pino. Muebles baratos entre los que no había ninguna cama. En las cajas que no guardaban mobiliario había de todo. Ropa. Libros. Discos y casetes. Muñecos de plástico con la efigie de Tintín. Cuadros. Hasta piedras y conchas recogidas en la playa. Pistas para conocer los gustos de Delgado. La mejor de las cuales fue una colección de vídeos y fotos. Las cámaras con las que presumiblemente habían sido realizadas no aparecieron. Quizá Delgado las había dejado en custodia en casa de algún amigo. O las había vendido. Apunté «cámaras» debajo de la palabra «cama» en la lista de compras pendientes. Nunca he tenido cámara porque tiendo a ser el objeto de los objetivos y no su manipulador. Pero si Delgado sabía utilizarlas yo también lograría hacerlo. Estaba dispuesto a esmerarme y aprender.

En la siguiente caja un videotelevisor. Escogí al azar una de las cintas de Delgado y la introduje en la casetera. Un paisaje urbano comentado por una voz de fondo. La voz de Delgado. Un escalofrío me barrió por dentro. Era la primera vez que le escuchaba desde que nos despedimos o unimos para siempre en Beirut. Aquello era exactamente lo que andaba buscando, lo que necesitaba para acabar de perfilar el personaje. Siempre me ha gustado interpretar. Disfrazarme. El mundo como escenario. Un teatro sin fin en el que el público no sabe que es público. Disfruto fingiendo que soy otro. De niño me expulsaron de un colegio porque me empeñé en decir que mi nombre era Ramsés Otiri, y mis padres no eran mis verdaderos padres porque yo era un adulto al que un mago había embrujado dejándole encerrado para siempre en un cuerpo infantil. Al principio los profesores y mis padres se lo tomaron a broma y celebraron mi fértil imaginación. Al final me expulsaron del colegio y conocí mi primer internado. Un buen sitio el internado. Contra los excesos de imaginación hostias y gritos. Excelente remedio. Más tarde, en mi único año de universidad, me hice pasar por otro alumno durante dos semanas completas. Hasta que el alumno

apareció y fue necesario deshacer el equívoco. Pero nunca en mi vida se me había presentado una oportunidad como la que me proporcionó Delgado en Beirut. Antes únicamente había dado carne a personajes ficticios. Inventados. Mis personajes solían acabar por parecerse demasiado a mí. Con Delgado era diferente. Delgado era casi mi antítesis. Y a pesar de ello no me había costado gran esfuerzo identificarme con él. Tal vez el ritual efectuado en el momento de su muerte tuviera algo que ver con esa facilidad con la que me estaba apoderando de su alma. Algunas tribus caníbales de África se comen a sus grandes hombres para que no se pierda su espíritu. Yo hasta la fecha nunca he llegado tan lejos. La magia carece de reglas fijas. No es un código penal o un manual para aprender chino. Cada cual la realiza según su capacidad y circunstancia. Yo había recibido su último aliento y en verdad sentía que Delgado seguía viviendo conmigo. Dentro de mí. Eso era lo que me contaba a mí mismo y había decidido creer.

Una de las cintas me resultó especialmente útil. En ella aparecía Delgado recitando sus poemas. Solo en un cuarto ante una cámara fija. Memorizaría todos sus gestos. Los repetiría hasta la saciedad para hacerlos míos. Su forma acelerada de hablar. La caída de ojos cuando se cansaba o aburría. Su respiración profunda y agitada… Mi meta era alta. Casi el cielo. Tenía la pretensión de que hasta sus antiguos amigos pudieran reconocerle en mí. Sus amigos de verdad, no tipos como Lolo que apenas le habían visto durante una cena o se habían cruzado con él en un pasillo. Antes o después me daría de bruces con el pasado de Delgado en algún pliegue del pañuelo. Y más valía que estuviese preparado.

En los otros vídeos no solo aparecía Delgado. Había más gente. Mucha gente. Fiestas y más fiestas. Fiestas en las que el anfitrión solía ser Alberto. Y el escenario la enorme terraza que tenía su ático de Pedralbes. En esas grabaciones Delgado salía poco. Las veces que aparecía se le veía tenso. Desasosegado. Deduje que en tales ocasiones quien estaba detrás del objetivo era mi presunta víctima. Ana Camino. La Bruja.

Ella sí que aparecía con frecuencia en los vídeos. Vestida. Desnuda. Sola. Acompañada. Adoptando posiciones inverosímiles en grabaciones que solo podían calificarse como pornográficas: doble consolador penetrando su culo y su sexo. Delgado quizá sufrió

mucho con Ana Camino pero estaba ante la evidencia de que también se divertían juntos. Números lésbicos. Un travestí. Ana Camino bajando de un coche absolutamente desnuda en plena calle y luego realizándole una felación. Una mujer simpática. No muy atractiva pero complaciente. Al ver los vídeos pensé que Delgado era un blando y su deseo de acabar con la vida de Ana Camino un delirio paranoico que habría terminado por superar si una bala no hubiese elegido su estómago como punto final de destino. No merecía la pena que cumpliese mi promesa. Esa noche estuve viendo aquellas películas guarras hasta que yo también necesité desahogarme. Lo antes posible. Y por primera vez desde que llegué a Murcia salí de caza nocturna. Sin preocuparme ni mucho ni poco de que mis modos y maneras fuesen los de Alberto Delgado.

Bebí. Fumé. Compré cocaína. Me emborraché. Y acabé con una dama cuyo nombre no recuerdo en el vestíbulo de un edificio en el que —mentí— estaba mi apartamento donde no podíamos entrar porque en el interior dormían apaciblemente mi esposa e hijos. Un pequeño error. Divertido pero error. En cuanto descargué dentro de la dama comprendí que me había excedido. Comprometido la imagen de Delgado que con tanto cuidado estaba construyendo. Para ese tipo de desahogos tendría que elegir en lo sucesivo lugares más alejados. Volví a casa en un taxi, esnifé lo que quedaba en la bolsa de plástico que me había vendido el portero de la discoteca donde había conocido a —ahora recuerdo su nombre— María José, y continué abriendo cajas.

Encontré un segundo cuaderno de tapas azules. Completo. Más de un centenar de páginas desbordadas por ambas caras. Anterior al que obraba en mi poder. Repleto de anotaciones referidas a su larga estancia en Barcelona. A su relación con la mujer a quien llamaba la Bruja. El dolor que le había infligido. Desplantes. Humillaciones. Insultos. Lo leí por encima. Marcando algunos pasajes que me parecieron significativos. Aparte del sexo la relación entre Delgado y Camino parecía haber sido un auténtico infierno. Volví a cambiar de opinión: lo justo era cumplir mi promesa y matar a Ana Camino. Acaricié el trozo de metal que acabó con Delgado. Lo llevaba siempre conmigo. A modo de amuleto y recordatorio. Eran las siete de la mañana cuando conseguí separarme del legado de *Albert Thin*. Estaba cansado pero no podía permitirme el lujo de irme a

dormir. Mi principal trabajo en aquel momento era mantener la imagen de Delgado y ya había cometido un desliz horas antes. Una ducha seguida de un afeitado y dos tazas de café bien cargado. Aún no tenía comida en casa pero en cuanto llegase a la oficina seguro que aparecería alguien deseoso de invitarme a desayunar. Buena gente. Hospitalaria. Los murcianos.

La vida de Delgado en Murcia era simple. Fácil de llevar. Personaje abierto y sociable aunque de fondo solitario. Tal vez el verdadero Delgado no lo fuese tanto. En mi caso resultaba imprescindible. Mi juego requería soledad.

Busqué algunos amigos para Delgado. Aparentar la máxima normalidad. Por sus cuadernos había sabido que le gustaba jugar al ajedrez. Y entre sus pertenencias había una Novag. Una de esas máquinas con las que los ajedrecistas se entrenan rivalizando contra programas informáticos. Le inscribí en un club. Un club de hermoso nombre: El Caballo Loco. Y pasé largas tardes estudiando. Batallando contra la computadora. A pesar de mis esfuerzos nunca llegué a ser un gran maestro. Pero a veces lograba alguna maniobra hábil que dejaba boquiabiertos a mis rivales. Sin duda el espíritu de Delgado. Mi oculta inspiración.

También continué con sus versos. A veces se los leía a mis compañeros ocasionales. Al principio los auténticos. Los extraídos de los Cuadernos de Delgado. Pasados a limpio primorosamente por mi propia mano. Para practicar la grafía apretada y leve de Delgado. Luego vinieron nuevos poemas. Poemas que ya no copiaba de ningún sitio. Pero que también escribía Delgado. Valiéndose de mi cerebro. De mi cerebro y mis manos.

En cuanto a las mujeres preferí mantenerlas a cierta distancia. Nunca me ha interesado en exceso el sexo. Cuando era adolescente y me sentía demasiado cargado optaba por la violencia. Una violencia sin límites que acabó marcando mi primera juventud. El movimiento punk tuvo en mí un alumno ejemplar y aventajado. Fingir que estaba casado —como le había contado en mi única noche de juerga a mi ocasional compañera de reparto— habría resultado excesivo; pero me inventé una novia. La novia de Delgado. La de toda la vida. Eloísa. Granadina para más señas. Universitaria. Bonita. De familia acomodada. Residente en Madrid.

El fin era doble. En primer lugar me serviría de escudo contra

las féminas del lugar. Delgado era soltero. Y un partido moderadamente bueno. Doble delito en una ciudad de provincias rebosante de muchachas casaderas. Los intentos de hacer pasar a Delgado por la vicaría o el juzgado eran moneda frecuente. Cortos y largos asedios. Pero siempre aparecía Eloísa.

—Disculpa, guapísima, pero tengo que ir a llamar a mi novia.

Mi querida y dulce Eloísa.

Cuatro o cinco llamadas ficticias eran suficientes. Desanimaban a la más emprendedora.

El segundo motivo por el que inventé a Eloísa fue para justificar mis ausencias. Futuras ausencias. Pronto tendría que comenzar a viajar a Barcelona. Y qué mejor coartada que tener una novia lejos. A cuatrocientos kilómetros. En Madrid.

Aún no llevaba dos meses instalado en mi nueva casa cuando anuncié que el siguiente fin de semana iría a verla. A ver a Eloísa pues mi princesa ya no soportaba la ausencia. Lo dije en la oficina. Como quien no quiere la cosa. Y en el club de ajedrez. Para ir sembrando la semilla. Con el tiempo seguro que mis compañeros hablarían de ella como si la conocieran y hubiesen visto.

El fin de semana anunciado salí de la ciudad. Desde luego no con destino Madrid. Se acercaba la hora de poner mi oxidada maquinaria en acción. Valencia. Ese sería el primer paso. Empezaría por Valencia.

Relacionar dos personas es difícil. Dos personas con diferentes nombres. De aspecto más o menos diferente. En diferentes ciudades. Difícil pero no imposible. Por eso Valencia. Como camerino. Como antesala para dejar de ser Delgado.

Era viernes. Una calurosa tarde de primavera cuando tras casi tres horas de viaje me bajé del tren en la estación del centro de Valencia. Durante el trayecto ya había cambiado mi aspecto: ropa y peinado. Y llevaba otro pasaporte. Otra identidad. Anthony Marín. Trabajo de mi viejo amigo Mark Hefferman. El mejor falsificador que nunca he conocido. Un maestro. Nada que ver con las chapuzas que se suelen encontrar en el mercado negro. Mark era de origen australiano. Aunque cuando yo le conocí carecía de nacionalidad definida. Hablaba una docena de idiomas. Había rodado por la práctica totalidad del globo. Utilizado centenares de nombres. Tal vez el que yo conocía —Hefferman— también fuese falso como lo

era el nombre con el que Mark me conoció a mí. Partía de personas reales para hacer sus trabajos. Gentes que ofrecían un perfil sin apenas riesgo. Paralíticos. Pacientes en coma. Desaparecidos. Ese era el principio. La base sobre la que luego edificaba un mundo con documentos de todo tipo. Pasaportes. Carnés de identidad. Tarjetas de crédito. Permisos de conducir. Pases de clubs privados muy concretos. El propio Marín había sido un marinero muerto durante una reyerta de burdel en el puerto de Alejandría. Las falsificaciones de Hefferman eran tan indetectables como él mismo. Hefferman poseía ese extraño don: se volvía invisible en cuanto estaba reunido con más de dos personas. No se trataba de que hablase poco. Yo también hablo poco y difícilmente se me olvida. No era eso. Mark Hefferman *desaparecía*. Se fundía en el asiento. Lo comprobé en repetidas ocasiones. Y hasta organicé una cena en el elegante restaurante del hotel donde pasé todos mis meses como Delgado en Beirut. El resto de los invitados sabía que Mark había sido uno de los comensales, pero nadie —al preguntarles días después— era capaz de recordarle en un momento o un gesto concreto.

Antes de abandonar la ciudad encargué a Hefferman en total seis trabajos. Diferentes nombres. Diferentes edades. Diferentes profesiones y nacionalidades. Entre otros el que probablemente utilizase como cobertura en Barcelona. Federico Bueno. Elegí ese nombre porque era muy parecido a la traducción en español del que me había hecho célebre en Londres. Bastaba cambiar un par de rayitas para convertir Bueno en Sueño. De hecho la foto que figuraba en el pasaporte era mi propio retrato. Apenas modificado. Las mejillas más redondeadas con la ayuda de almohadillas interiores. Finas gafitas metálicas de diseño infantil. Y una pizca de maquillaje en el mentón para restarle dureza.

Anthony Marín era otro de los trabajos de Hefferman. Tan bueno como cualquiera. Con un defecto. Una sola carencia. Tarjetas de crédito. Y necesitaría una pues mi intención era alquilar un coche a nombre de Marín. Para que lo utilizase Federico Bueno.

Pasé mi primera tarde en Valencia rastreando la ciudad. Buscando algo muy concreto. Un edificio en el que hubiese alguno o muchos apartamentos deshabitados. Un cajetín de correos donde colocar impunemente el nombre del marinero inglés de origen español. Ahí se perdería cualquier pista. En el caso de que

cometiese algún error en el camino y la perezosa policía española fuese capaz de llegar tan lejos.

No fue difícil. Tras apenas unas horas de búsqueda encontré uno *ad hoc* en la avenida del Turia. Muchos vecinos. Varios pisos que se alquilaban por semanas o días. Incluso por horas. Movimiento. Gente de paso. Exactamente lo que andaba buscando. La cerradura era una antigualla. Sería fácil de forzar. El apartamento de mi elección pertenecía a una viuda que vivía en la playa. La información fue cortesía del propietario de un bar cercano al edificio. La señora nunca aparecía por allí. Pensé que el portero del inmueble podía ser un problema. Pero no. Llevaba años de baja por depresión y no había sido sustituido, me dijeron en el bar. Una mujer de la limpieza acudía dos veces por semana para ocuparse del mantenimiento de la escalera. El juego empezaba con buen pie.

Al día siguiente regresé para instalarme en el apartamento. Tras una noche tranquila en un cómodo hotel. Tras una breve visita a un banco donde abrí la cuenta que me facilitaría el acceso a la tarjeta de crédito. Les enseñé un contrato a nombre de Marín burdamente falsificado. Soy torpe en tales menesteres. Por eso tuve que *velar* el documento con un fuerte ingreso en efectivo. No hay bancario que se resista a la vista de un buen fajo de billetes.

El apartamento no tenía luz. Tampoco yo la necesitaba. Me gustó sentarme a oscuras en el suelo. Al poco empezaron a dejarse oír las ratas. No me asustan las ratas. Las conozco bien. Hemos convivido en muchos lugares del mundo. Me gusta escucharlas. Sentirlas desplazándose. Primero temerosas. Enseguida osadas. Royendo basura a menos de un metro de mis zapatos.

El apartamento de la viuda era un buen sitio. Para pensar. O para no pensar. Oscuro como la tumba donde jamás llegó a yacer mi amigo Delgado.

Allí estaba yo. Sentado entre ratas en el interior de una casa cuya cerradura había forzado. Encantado. *À l'aise*. Tanto como en el mejor hotel del globo. Impertinente y seguro de mí mismo. Otra vez seguro de mí mismo. Pero era evidente que yo ya no era el líder de un grupo punk. Ni siquiera el mercenario que contaba el número de sus víctimas cada vez que acertaba en el centro de un corazón o una cabeza con una bala. Algo se había

transformado en mi interior. Para empezar conocía mejor a Delgado que a mí mismo. Tendría que volver a diseñarme. Reconstruirme. Me daba pereza pensar en ello. Una responsabilidad abrumadora. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si me equivocaba otra vez? Porque ya me había sucedido. Me había equivocado… siempre.

Demasiados pensamientos. Mejor levantarme ya del suelo. Acercarme silencioso hasta una rata. Acertarla con la puntera. Escuchar el estallido de su fofo cuerpo reventado contra la pared. Acabé con tres y todas desaparecieron. Las ratas son así. Pura inteligencia.

No me quedaba mucho por hacer en Valencia. La tarjeta de crédito tardaría más de una semana en estar lista. Aproveché para encargar un peluquín en la posticería que tenía el anuncio más feo en la guía. Al empleado le extrañó que quisiera un postizo exacto a mi cabello.

—Voy a sufrir una operación. En breve —expliqué con expresión de fragilidad y sufrimiento.

Mis palabras tuvieron el efecto esperado. Nada estimula tanto al prójimo como la desgracia ajena. Trabajó con el máximo esmero tomando medidas y muestras de mi cabello durante casi una hora. Necesitaría al menos otra peluca. Convencional. Para Federico Bueno. Pero no había prisa. Podría adquirirla en Barcelona sobre la marcha en cualquier establecimiento.

Al regresar a Murcia comencé a acondicionar uno de los cuartos de la casa. El teóricamente destinado a ser dormitorio para invitados. Eso había dicho la mujer que me enseñó la casa por primera vez. *Y este es el cuarto de los invitados*. Muy bien. Pero mi único invitado sería un fantasma. Un hombre que no estaba allí. Un espíritu. *El cuarto no*. Su nombre se debía a la inspiración de Delgado. A mí jamás se me habría ocurrido bautizar una habitación. Aunque en realidad era un nombre perfecto. En el resto de la vivienda yo era Delgado. Veinticuatro horas al día. Hasta cuando perdía la conciencia para caer en el alivio del sueño. Pero en *mi cuarto* era diferente. Ya *no* era Delgado. Bastaba con traspasar el umbral. Y Delgado se quedaba fuera. Suspendido. Esperando como una chaqueta el retorno de mi cuerpo para volver a la vida. Mi cuerpo. De nuevo mío.

A primera vista continuaba pareciendo un cuarto normal. Pero en realidad no era tan normal. En el colchón de la cama había

escondida una automática y mi colección de pasaportes. En el armario se fue acumulando ropa tan diversa —camisas horteras junto a discretos y elegantes pantalones de pinzas— que nadie hubiera creído que pudiese pertenecer a una sola persona. El instrumental de maquillaje tenía su lugar en los cajones de un escritorio que podía cerrarse con llave y que había adquirido junto al resto de las cosas que había ido apuntando en mi larga lista.

Disfrutaba encerrándome en esa habitación. Dejando pasar las horas muertas. Mirándome en los espejos. Meditando. Urdiendo tramas e intrigas de todo tipo. Reales e imaginarias.

Bastaban segundos para que mi anatomía recuperase su envergadura. No es exacto. Mis músculos no crecían. Ni mi espalda se ensanchaba. Era una actitud mental. Optaba por creer que mis bíceps eran más poderosos. Que crecía la distancia entre los hombros y mi cabeza estaba irnos centímetros extra separada del suelo.

Hacía ejercicio en aquel cuarto. Gimnasia y pesas. Me gustaba ver el sudor lavando mi rostro cuando al terminar me sentaba ante el espejo. Las gotitas exudadas me parecían la prueba de que el animal sin nombre que soy seguía vivo.

Las horas pasadas en *el cuarto no* siempre resultaban fructíferas. Allí comencé a perfilar mi plan de ataque y camuflaje. Para Barcelona. Empecé a siluetear a Federico Bueno. Una suerte de gemelo. Pero más torpe. Más cándido. Aparentemente fácil de engañar y utilizar. Aparentemente. De eso se trataba. De apariencias.

Comencé con sus gestos. Lento de movimientos al modo de la gente que se siente demasiado grande y le cuesta moverse. Tendencia a abrir mucho los ojos como lo hacen los niños. Enorme capacidad de autosorpresa. Violento. Violento cuando se enfadaba. Cuando se sentía burlado y era necesario reaccionar. Ese rasgo me daría ocasión de divertirme. De desahogarme si la tensión era mucha o si —simplemente— estaba aburrido.

Era encantador ver en el espejo su cara de angelote desangelado. El labio inferior colgando un poco. Su modo de hablar: *pues… eeeee… yo… eeeee… creo que… eeeee… todo iría mejor sí… eeee*. Pasaba horas haciéndolo. Hablando como un idiota. Me gustó. Eso del *eee*… Confería un aspecto de indefensión pasmoso. No

habría ave carroñera capaz de resistirse a semejante presa. Pensaba en la Bruja, por supuesto. Delgado la había definido así. Carroñera. Pero de momento no me preocupaba ninguna bruja. Ni tenía demasiado presentes las palabras de Delgado. Solo me divertía. Puliendo el personaje. Ensayando sus desconcertantes cambios de estado de ánimo.

En cuanto a su profesión opté por no complicarme demasiado. Se ganaría la vida mercadeando con obras de arte. Y de vez en cuando también pintaría sus propios cuadros o realizaría alguna escultura. Para irme haciendo con el papel pasé algunas tardes ensuciando cartulinas. Deformando compactos bloques de arcilla. Abstracto. Muy abstracto. Malísimo. El arte no es lo mío. Acabaría comprando algo de producción sin firma a alguna joven promesa para poder marcarlo con las iniciales

F. B.

Eso sería lo más sencillo.

También tendría que adquirir algunas obras legítimas. En anticuarios y galerías. Para autentificar su profesión. Nada muy bueno. Mediocridades. No deseaba que nadie tomase a Bueno por un lince. Manejaría dinero. Eso sí. Cuanto le hiciera falta. Pero sin que estuviese muy claro de dónde lo sacaba. Nada claro.

Dos semanas después regresé a Valencia y en el buzón me aguardaba la carta esperada. La notificación de que mi tarjeta de crédito ya estaba lista. Aguardando que yo acudiese a retirarla. Mantuve el nombre de Anthony Marín en el casillero. Por si las ratas. No quería que los sucios animales se olvidaran de mí. Que llegasen a sentirse libres de la mortífera amenaza de las punteras de mis zapatos.

Con la tarjeta de crédito en la mano acudí a Avis Rent-a-car. La encargada era un clásico. La típica mula con cara de muñeca bien maquillada. Por alguna razón quiso ver algo extraño en mi carné de conducir. La ignoré. Sabía que los trabajos de Hefferman eran tan buenos como sus originales. Incluso mejores. Me pidió el pasaporte. Quizá le chocaba el nombre inglés precediendo al apellido español. Estuve tentado de darle una explicación. Breve charla sobre la hermosa relación que habían mantenido mis padres. Me contuve. Ya tendría tiempo de inventar historias cuando estuviese en Barcelona. Le tendí el pasaporte. Miró la foto y luego a mí. Correcto. Todo

correcto.
Esa misma tarde realicé algunas compras aprovechando que estaba en una ciudad auténtica y no en la minúscula Murcia. Lienzos de diversos tamaños. Pinceles. Espátulas. Una pequeña talla de madera firmada. Y ropa. Mucha ropa. Para Federico Bueno compré media docena de camisas coloristas. Le gustarían. Para mí dos camisetas negras. Y unos pantalones de cuero. Del mismo color. Los pantalones se los prestaría a Bueno siempre que los quisiera aunque lo suyo eran los acampanados. Pero siendo marchante de arte tampoco desentonarían. Le quedarían tan bien como a mí. Seguro. Temamos la misma talla.
Acababa de abonar el importe de los pantalones de cuero cuando me crucé con una cartera. Una hermosa cartera de piel de cerdo. Con algo de dinero. Y fotografías. Muchas fotografías. Todas de una chica. Una muchacha morena de aspecto intelectual. Levemente intelectual. ¿Eloísa?

Claro que la cartera viajaba en un bolsillo. Y solo salía al exterior cuando su propietario necesitaba pagar algo. Como así sucedió. Ante mis ojos. ¡El muy imprudente! No me fijé en su rostro. Solo en su vibración. Confiado. Muy confiado. Sería un juego de niños. Eso pensé.

Le pegué un empujón cuando salíamos del gran almacén. Al principio de una larga escalera mecánica. Estaba desentrenado. No lo digo para justificarme. Lo estaba. La idea era que trastabillase un poco. Que tuviese que luchar para no perder el equilibrio. Para que no advirtiese que su cartera se quedaba pegada a mis dedos. Y no lo advirtió. Pero me pasé. Con el empujón. Hacía demasiada gimnasia en *el cuarto no*. El chico salió rodando escaleras abajo. Y yo tras él. Casi. Conseguí pararme en el tercer escalón. El resto lo bajé al trote. La cartera ya en el refugio de mi propio bolsillo. Se había roto un brazo. No me entretuve en pedirle disculpas. Enseguida llegó gente. Mucha gente. Rodeándole. Me escabullí antes de que a nadie se le ocurriera comenzar a hacerme preguntas estúpidas.

Había cinco fotos. Eloísa leyendo. Eloísa en bañador. Eloísa posando con cara de boba. Eloísa arrugando su linda naricita. Y Eloísa besando a su novio. Esa última la hice pedazos antes de arrojarla a una papelera. ¡Ay, Eloísa, mi adorada Eloísa! ¿Cómo puedes ser tan traidora como para dejarte hacer una foto besando a

otro?

El lunes siguiente Delgado apareció por la oficina con los retratos. Exhibiéndolos a diestro y siniestro.

—¿Has visto a mi novia? Mira qué buen tipo tiene. Se llama Eloísa.

—¿Te has fijado en su mirada?

El perfecto novio. Perfectamente atontado por los encantos de su amada. Despertando miradas de conmiseración. *¡Ya verás cuando te cases, hijo mío!*, decían las miradas de sus compañeros de trabajo. Si pudiesen imaginar la verdad siquiera.

III

Aproveché la primera oportunidad para ponerme en marcha. El primer puente. Una de las maravillas del funcionariado son los puentes. Existen unos días llamados de libre disposición que pueden unirse a los festivos. Logré un total de cinco días. Cinco hermosos días. Me sentía feliz. Libre. Como un niño. Recogí el coche en el estacionamiento del híper donde lo había aparcado tras alquilarlo. El coche del señor Marín. El señor Marín que ya había retirado sus fondos del banco. Excepto lo imprescindible para los pagos mensuales del alquiler. El señor Marín que parecía haber desaparecido del mapa. Liquidado. Finito. Como si jamás hubiera existido. Lo cual simplemente era cierto.

El coche era un Alfa 33 de color rojo. Pequeño y ronroneante. Diablo compacto y obediente pilotado por nadie. Pues así me sentía yo. Nadie. ¡Y qué descanso! No tener que interpretar ningún papel. Ni siquiera el de mí mismo. Responsabilidad cero. Atento solo al presente. A la inclinación de una curva. A la incisión sobre el cristal de un rayo de sol. Al hambre. Al calor. A estar vivo.

Me gustaba ser nadie. No tener edad ni nombre. En paz con el mundo. Parte de su engranaje más primario. Conectado con la tierra. Con los árboles. Con el asfalto que devoraban a toda velocidad mis ruedas.

Los primeros kilómetros cayeron sin sentir. Pero no tardó en llegar el cansancio. La falta de costumbre. Ignoré la fatiga. Seguiría sin detenerme hasta el punto que me había fijado. El lugar en el que se acabaría ser nadie para volver a mi papel más difícil. También el más fácil. Ser otra vez *Mister Hyde*.

La tensión crecía a medida que el área de descanso previa a Tarragona se iba haciendo más cercana. Ese sería el punto. Aunque mi memoria ya llevaba cien kilómetros esforzándose en arrancarme del presente.

Recordaba Beirut. Una y otra vez. Mucho antes de conocer a Delgado. Corriendo para salvar la vida. ¡Como si a mí me importase mi vida! Y aun así corriendo. Como un conejo.

Mis pequeños éxitos me habían hecho caer en un error común. Un error en el que tiende a caer *todo el mundo*. Ese *todo el mundo* que yo siempre he despreciado.

¿El error? Creerme importante. Sentirme importante. Igual que les sucede a ellos. Sin serlo. También como ellos. Porque nadie es importante. Nada es importante. Eso lo aprendí en el desierto disparando sobre sombras que luego gritaban y caían convertidas en muertos. Y disfruté la reválida de mi aprendizaje en el hospital de Beirut. Allí apenas me atrevía a moverme. Paralizado por el miedo. Mi proverbial audacia se esfumó de la mañana a la noche. Solo aspiraba a ser borrado. Una mancha que se limpia. Una pista en la arena que se desvanece. Para siempre. En el olvido.

Ser Delgado me había devuelto el valor. ¿Todo? Tal vez sí. Tal vez no. Eso ya lo iría viendo. Por eso iba a pasar aquella primera prueba. Faltaban veinte kilómetros hasta el área de descanso marcada con una cruz en mi mapa de carreteras. El punto previsto para el cambio. De nadie a Federico Sueño. El frío y despectivo Fred Dream. El *punkie* indomable. *No te mueras, no te mueras por favor, deja que sea yo quien lo haga, quien te saque de este mundo, tras comerte el corazón*. Así eran nuestras canciones. Si alguno de nosotros hubiese sabido música quizá en vez de punk habríamos hecho popmusic y yo ahora sería tan famoso como Madonna o Sting.

Detuve el coche bajo un techado de uralita. Mi nuca transpiraba copiosamente. A pesar del rapado. Del hermoso afeitado a cráneo completo realizado por un peluquero en Alicante esa misma mañana.

Hice girar la llave en la puerta del Alfa. Bajaron con un clic seco los seguros de todas las puertas. Respiré hondo. Los ojos cerrados. Concentrándome. Un minuto más antes de salir al escenario. *Dejadme un minuto más antes de que suba el telón*. Cuando abrí los ojos ya estaba. La transformación había sucedido. No importaba lo que veía. Era el modo en que lo veía. Yo era el amo y podía disponer de todo. Todo era para mí y mío.

Avancé hacia la cafetería. Empujé sin prisa la puerta giratoria.

—*Whisky* —pedí al camarero.

Noté la dureza de mi voz. No solo en mi garganta. También en la presura del camarero al servirme. Ni siquiera me preguntó la marca pero sirvió un largo chorro. Añadió dos hielos. Sin mirarme. Sin levantar la cabeza siquiera.

Varios minutos después dejó frente a mí un papelito con la cuenta. De pasada. Como quien no quiere la cosa. Pensaba lo mismo que yo. Que no iba a pagársela. Un camarero inteligente. Hombre de mundo.

Le olvidé. El local era grande. Con poco público. Mi mirada fue rebotando sobre la colección de cabezas disponibles. Cabezas vulgares. Anónimas. Sentí que alguien me observaba. El inconfundible cosquilleo en la nuca. Miré de reojo. Paladeando el alcohol antes de mandarlo a incendiarme el estómago. Allí estaba. Mi hombre. Estaba y comía pollo. Él mismo se había elegido.

Giré sobre mis talones. Ya presionándole. Poniéndole nervioso. No podía evitar mirarme. Ni tampoco seguir masticando pollo. El pollo tenía una pinta repugnante. Acorde por otra parte con la de quien lo masticaba. Tampoco era mejor el aspecto de su mujer. Ni el de sus gordos hijos.

Comencé a caminar. Recto hacia mi hombre. Desvió la mirada. Por fin lo había conseguido. Dejar de mirar al calvo raro que avanzaba con aire rejileto hacia él. Dudó entre el suelo y el rostro de su mujer. Eligió el segundo. Entonces fue ella quien me buscó y encontró con sus ojos grasientos. La intuición femenina. ¡Qué lista! Qué capacidad deductiva. Una simple mueca de su marido y la buena mujer había comprendido que algo extraño sucedía. Me retó con un pestañeo altanero. La ignoré. Como a los niños. Como al camarero. Como al resto de los parroquianos diseminados por el bar-restaurante plastificado.

Me detuve junto a mi hombre. El vaso de *whisky* giraba lentamente en mi mano. Él tenía un muslo del pollo repugnante entre los dedos y seguía mordiéndolo con la codicia de un hámster o un conejo. La mujer y los niños estaban pendientes de hasta el menor de mis movimientos. Él no. Debía de pensar que si me ignoraba conseguiría que yo desapareciese. Que realmente no estuviese. Optimista, el chico.

Observé su elegante polo color hueso. Con un cocodrilo verde

cosido en la pechera. Lindo. Derramé un poco de *whisky* sobre el cocodrilo. Seguro que estaba sediento. De tanto ver comer pollo se le debían de haber resecado las fauces. Sus grandes mandíbulas de saurio dibujado.

El hombre dio un respingo. No podía seguir ignorándome. A riesgo de acabar nadando en *whisky*. Así que se encaró conmigo. Fingí impresionarme. Ladeé el rostro. Un instante. Al siguiente mi cabeza bajaba con la velocidad de una flecha hacia el muslo de pollo. Hacia el reseco muslo de pollo sostenido por los dedos ya temblorosos de mi hombre. Mi amigo. Mordí. Ojos contra ojos. Los suyos asustados. Los míos tan fríos como los de un muerto.

Mastiqué despacio. Entretenido. Llevando mi cabeza hacia su posición normal. Sobre los hombros. No sabía bien aquel pollo. Ya lo había imaginado. Se notaba desde lejos que estaba pasado y reseco. Cogí el plato. El pegajoso plato de mi amigo. Escupí la carne blanca. Poco a poco. Sin apresuramientos.

Se acercaba la hora de los discursos. Estaba seguro. ¿Empezaría él o lo haría ella?

—¡Oiga!

¡Qué compenetración! Ambos, marido y mujer, graznando a un tiempo.

Me senté entre los dos.

—Pero ¿qué hace?

¿No querían que oyese? ¿De qué se extrañaban entonces? ¿De que les acercase el oído? La tierra está llena de humanos incoherentes y desagradecidos.

Mi amigo se levantó.

—Le advierto que si no se marcha de aquí ahora mismo voy a…

Le senté. Un simple tirón en la muñeca. Mientras mi mano izquierda se iba de exploración. Bajo la breve falda de su mujer. *Tactando* pierna.

—Demasiado seco. El muslo —musité contrariado.

—Oiga, esto ya pasa de castaño oscuro.

La mujer había puesto su mano sobre la mía. Tratando de expulsarla. Inútilmente. Mis dedos ya habían llegado a las ingles. La ingle a pesar del sudor era más suave que los muslos. Me adentré bajo las bragas. Estimulado por la presión en contra de los dedos femeninos.

—Le suplico que nos deje en paz —instó ella. Dulce. Sumisa. Aterrada.

Uno de los niños había vuelto al pollo. El otro no lo había dejado en ningún momento. Ambos masticaban sin dejar de observarnos.

Mi hombre volvió a levantarse. O al menos lo intentó. Bastó un golpe. En los testículos. Cayó en su silla. El rostro congestionado. Nadie sabía lo que hacer. Quizá yo tampoco. Había alcanzado los labios secretos de la dama. Húmedos. Como si estuviera disfrutando. ¡Qué asco!

—Vamos niños, no os distraigáis y terminaos el pollo que nos tenemos que marchar.

Me sorprendió la frase. Dicha con tanta naturalidad. Con tanta presencia de ánimo. A lo mejor la vieja se había pensado que yo estaba allí únicamente para darle gusto. Saqué la mano para subirla hasta las fosas nasales de mi amigo. La mujer se sonrojó. Mucho. Muchísimo. Pensé que con un poco de suerte tal vez podríamos disfrutar de un espectacular infarto. Fallecida mientras comía pollo en compañía de su marido y sus alegres retoños. Algo así pondrían como titular en la prensa sensacionalista. De haber sucedido. No sucedió.

Eché en mi boca un poco más de *whisky*. Mi amigo se estaba recuperando. Con cierto esfuerzo.

—Por favor, díganos qué quiere de nosotros y déjenos en paz. ¿Necesita dinero? Llevo encima unas diez mil, se las daré…

Le interrumpí. Alzando la mano. Ofendido. Dinero. ¡Diez mil pesetas! ¿Cómo se atrevía?

—Quiero las bragas de su mujer.

Se quedó mudo.

—Y sus calzoncillos. Y los de sus hijos.

Comprendió que le tomaba el pelo.

—¡Como no se vaya de aquí ahora mismo le… le parto la cabeza! —se creció mi amigo.

—Bien dicho, cariño —jaleó su esposa.

Como premio volví a colocar mi mano bajo su falda. Tironeó con fuerza de mi muñeca.

Le dediqué una media sonrisa y cogí un muslo con mi mano libre. Un muslo de pollo.

La mujer aún tenía agarrada mi muñeca. Extendí mi sonrisa. Fingiendo sorpresa. Me soltó. Enseguida. Envejeciendo.

—¡Mamá! —llamó uno de los niños.

—¡Cállate! —ordenó su padre. Valiente con él. Histérico.

Mandé más alcohol a la caldera del estómago. Mordí el pollo. Tan seco como al principio. Lo escupí de nuevo. Sobre los pantalones del padre que acababa de llamar al orden a su hijo. Mi amigo. Se puso en pie. Indignado. Olvidado ya del leve golpe recibido. Parecía que iba a arremeter contra mí. Romperme la vinagrera en la cabeza. Pero le podía el miedo. Se sabía más débil. Mucho más débil.

—Siéntese —ordené.

Él dudó.

—Siéntate Ramón —me apoyó su mujer.

Mi amigo contempló a su esposa. Su falda levantada hasta la cintura. Por culpa de mi mano. Luego miró su plato de pollo en cuyo centro estaban los trocitos que yo había escupido. Y estalló.

—La culpa la tienes tú, so zorra, por ir vestida como una cualquiera. No me extraña que vayas atrayendo la atención de gente así…

Uno de los niños rompió a llorar.

—Silencio —ordenó el padre largándole un manotazo.

—¡No pegues a los niños! ¡Eres un calzonazos incapaz de defender a tu familia! Ya me lo dijo mi madre cuando…

—¡No hables de tu madre! Yo me basto y me sobro para proteger a mi familia, pero no voy a arriesgarme a que un macarra me parta la cara por salirle al quite a una puta como tú.

—¿A mí me llamas tú puta? Mira que…

Me acabé el *whisky* de un trago. Esta vez directo a la caldera sin entretenerme dándole vueltas en la boca. Mejor hacer mutis. La escena se estaba tomando aburrida. Hasta el llanto de los niños era monótono. Me levanté. Curiosamente nadie advirtió cómo mi mano se deslizaba tras la espalda de mi hombre. Mi amigo. Retirando su silla.

—¡Siéntate, Ramón! —ladré. Autoritario. Seco. Breve.

—¡Siéntate! —aulló su esposa. Desquiciada. ¿Echando quizá de menos mi mano? ¿El delicioso escarbar de mis dedos?

El local entero estalló en una carcajada cuando el culo de mi

amigo fue a estrellarse contra el suelo. Hasta su mujer. Hasta los niños. Yo no. Yo no me reí. Porque yo soy serio. Un hombre muy serio.

Había traspasado ya la puerta giratoria cuando escuché cómo se alzaba su voz. Insultándome y desafiándome. Desde lejos.

Pensaba. La edad me había transformado en un filósofo. Pensaba mientras ponía en marcha el coche. En la razón. En el porqué de mi satisfacción. Pues lo estaba. Satisfecho. No por haber conseguido inspirar miedo y odio en un desconocido. No por la diversión. Ni siquiera por la sensación de poder. No. El motivo de mi satisfacción era otro. Personal. Nada que ver con el resto del universo. Estaba contento porque me había atrevido. Porque había tenido valor. Cojones. Huevos. Valor para entrar en el bar con la cabeza alta. Cojones para invadir la intimidad del prójimo. Huevos para dejar en ridículo a un hombre —un hombre cualquiera— ante su mujer y sus hijos. Sin pasión ni compasión. Sin inmutarme. Ese era el motivo de mi contento. Mi pequeño orgullo.

Desde la granada que casi acaba conmigo no había vuelto a ser el mismo. Antes era capaz de comerme un estofado sobre el estómago abierto de un moribundo. Hasta que fue mi propio estómago el que vi abierto. Y a otros comiendo picadillo encima mientras se deleitaban contemplando el agujero. Entonces me asusté. Tuve miedo. Y desde aquel día: miedo al miedo. La antesala del terror.

Así había vivido largos meses. Muchos meses. Pero había logrado superarlo. Hoy. Por fin. Hay que ser capaz de matar para atreverse a vivir. Esa era mi filosofía. Antes de la granada. Ser capaz de hacer cualquier cosa. Absolutamente cualquier cosa. No se trataba de: *Yo soy el más fuerte y os lo voy a demostrar haciéndoos besar el suelo, chicos*. Lo que contaba era atreverse. Atreverse a saltar al vacío.

Y yo de nuevo había saltado. Por encima de mi miedo. De mi miedo a que el mundo me pusiera otra granada lista para estallar entre las manos. Por eso había atacado y humillado a un hombre inocente. Sin odiarle ni sufrir por él. Con desapego. Aunque ahora me temblaban un poco los dedos. Apoyados sobre el volante del automóvil. El sumiso volante. Negro.

IV

Cuando llegué a Barcelona aún era de día. Veinte grados. Dejé el coche en un aparcamiento público. Busqué un bar. Una terraza al aire libre. Zurich Café. Fauna variada y multirracial. Pedí agua mineral. No iba a montar ningún escándalo ni comerme el pollo de nadie ni meter los dedos bajo ninguna falda. Estaba relajado y con ganas de leer. A Delgado en sus cuadernos azules. Delgado que ahora era otro traje colgado en mi armario que no volvería a tener vida propia hasta que yo no regresara a descolgarlo.

Abrí el cuaderno. Pasando páginas hasta encontrar lo que buscaba. Su primera impresión cuando llegó a Barcelona. Justo tres días después de aterrizar.

Me gusta la cruz que forman las Ramblas y el paseo de Gracia con la plaza de Cataluña. Es un placer tomar un «tallat» en el Zurich y luego dejarse caer por las Ramblas, surfeando entre vendedores de flores, animales exóticos encerrados en jaulas, viejos respetables con anillos en la nariz, extranjeros boquiabiertos, edificios mohosos de mirada carcomida y vientre suelto, ladrones enloquecidos por la droga, árboles mutantes y aun así saludables, mujeres con una palabra grabada a fuego en la frente: prostitución… mujeres sosteniendo una pared que fingía sostenerlas a ellas, la Pared de las Mujeres, la pared de la vergüenza. Sigo hasta el puerto: agua de mar putrefacta y estancada, pero agua de mar al fin y al cabo, en la que pueden nadar los peces y navegar los barcos. Mirar el puerto alienta el sueño de viajar, subirme a cualquier carguero como polizón y aparecer en una isla de los mares del sur. Pero quizá no sea necesario ir a los mares del sur para encontrar historias como las que narraba Stevenson, o para bailar con las nativas que inspiraban los cuadros de Gauguin, porque presiento que las historias están aquí, y las nativas también, llegadas en cualquiera de los barcos que se mecen, quizá contentos, quizá solo cansados, en las aguas opacas del puerto. Deseo amar esta ciudad natural y hermosa, rodeada de

colinas, como la milenaria Roma. ¡Aquí estoy Barcelona, con la mano extendida! Seguro que conseguiremos ser muy felices juntos.
Semanas después Delgado aún mantenía su buena disposición. Superándola si cabe. Había alquilado una casa.

Ya tengo un lugar donde vivir, una casa, una pajarera con la pista de aterrizaje en forma de terraza. Ojalá pudiera entrar y salir volando, en vez de tener que hacerlo por la puerta y atravesar el estrecho portal guardado por una mujer flaca y malencarada a quien, en cualquier caso, yo siempre sonrío forzando al límite la flexibilidad de mis músculos faciales. Y no solo a ella, también a los hombres que viajan en el camión de la basura, al camarero monocejo que me sirve por la mañana un café con leche, a cuantos encuentro en mi camino. Las sonrisas no son de ida y vuelta —casi nadie me sonríe y algunos hasta miran hacia otro lado como respuesta—. No me importa, tiempo al tiempo. Mientras tanto bailo con la ciudad, la exploro, descubro y seduzco. Para mí las ciudades son como mujeres, todas las ciudades, y esta, Barcelona, es una mujer hermosa. Podría ser que la más hermosa.
Muy bonito. Poético y entusiasta. Típico de Delgado. Hay que ser un ingenuo para llegar a una ciudad desconocida a pecho descubierto. Así le fue. A mí nunca se me habría ocurrido. Yo veo las cosas de un modo muy distinto. De otra manera. Para mí las grandes ciudades son como rameras y no como muchachas en flor a las que seducir con bombones y sonrisas. Tanto tienes tanto vales. Las ciudades parecen fascinantes desde lejos pero una vez que las conoces bien y te las has tirado acabas por despreciarlas. Barcelona no era ninguna excepción. Puta vieja en permanente visita al dentista para camuflar sus dientes cariados. Experta en el arte de maquillarse. Adicta al bisturí de las clínicas de estética. No me extrañaba que hubiese engañado a Delgado. Al menos al principio. Luego él también se dio cuenta de la verdad. Nada de amor, cariño. Tendrás que pagar. Pagar y pagar. Pagar si quieres un beso. Pagar si quieres ante ti a la ciudad abierta de piernas. Con su pútrido coño más trillado que un campo. Un campo enfermo de tricomonas y administrado por vampiros de todas las especies y tipos y tamaños. Locos por chupar *sangre de incauto*. Eso había acabado por saberlo muy bien Delgado.
En el Tibidabo había un castillo. También un parque de atracciones. Y cientos de cretinos paseando. Más que árboles. La luz no era *perro*

ni lobo. Ni día ni noche. Rosa. Malva. Azul. Violeta. Los colores cambiando el tono de mi piel de camaleón sin nombre. Había llegado el momento de poner en práctica viejas sabidurías. Tan viejas que ya casi las tenía olvidadas. Anteriores a Londres y al punk y a la violencia física. Había que *palpar* la ciudad desde arriba. Extender mi espíritu sobre el suyo buscando coincidencias. Lugares que me fueran favorables. Lugares en los que el terreno fuese propicio para la lucha. Donde poder matar sin sufrir el repudio de la ciudad. No encontré muchos. Por una razón muy simple. No los había. Nunca hay muchos. Ni en Nueva York. Ni en Delhi. Ni en el
DF
mexicano. En ningún sitio. Tres zonas llamaron mi atención tras el primer rastreo. El Chino, el monte Putxet y el rompeolas. Volví a concentrarme. Tenía que elegir uno. El ritual tiene sus normas. Las normas que yo mismo he inventado. Salí de nuevo de mi cuerpo para abrazar la ciudad. Como una nube de polvo que se alía con la brisa y alcanza hasta el último rincón imaginable. Me quedé con el rompeolas. Casi no ciudad. Casi mar. Serpiente de piedra. Sin casas. Sin humanos. Sin electricidad. Oscuro. Como yo mismo. Como mis propósitos en la ciudad. Oscuro como mi alma oscura.

Ese sería el lugar. Si la suerte me era propicia lograría llevar hasta allí a Ana Camino para que ejecutase su último baile.
Alquilaría un apartamento. En la falda del Putxet si era posible. Había decidido actuar con calma. «Tomarme mi tiempo», como siempre aconsejaba Muyajid a Delgado. *Prende votre temps, mesié Delgado*. Un pensador, el chófer de Delgado en Beirut. Me tomaría, pues, mi tiempo. Podría haber solucionado mi compromiso metiendo a Ana Camino de un empellón en un coche y luego machacando su cabeza contra las rocas. Pero no iba a hacerlo así. Ya apenas me interesaba vengar a Delgado ni cumplir la promesa que le hice. Lo que en verdad me motivaba de la situación era probarme a mí mismo. Saber dónde estaba y hasta dónde era capaz de llegar. Asustar a un infeliz en un bar es sencillo. Matar nunca lo es tanto.

Buscaba, en suma, averiguar si me había vuelto un cobarde o si aún era capaz de ganar el pulso al miedo.
Me dirigí hacia el coche. Aullando bajito. Al brujo que hay en mí le

gusta pensar que lleva dentro un lobo o un coyote. Estaba excitado y apenas me había dado cuenta mientras *exploraba* la ciudad de que había comenzado a aullar. *Auuu. Auuu*. Alguna persona apresuró el paso al cruzarse en mi camino. *Mantengámonos a distancia de la bestia*. Subí al coche. Poseído. Creyéndome a pies juntillas mi propio juego que ahora exigía llegar lo antes posible hasta el rompeolas. En el camino estuve a punto de atropellar a una pareja. Les esquivé por instinto y el hacerlo casi me cuesta un accidente. A punto de estrellarme contra un árbol. Un error de idiota. La vida propia siempre vale más que la ajena. Una ley tan clara que cuando alguien la viola le cuelgan de por vida la etiqueta de héroe.

Aparqué a pocos metros de la entrada del autoservicio que bloqueaba el camino. A partir de allí solo se podía avanzar a pie. *Porta Coeli. Puerta del Cielo*. Excelente denominación para un autoservicio impersonal y absolutamente anodino. Pensé en quemarlo si conseguía mi objetivo. El cielo denotado una vez más por la furia burlona del infierno. En realidad el nombre era correcto. Si se le había ocurrido a un idiota habría sido en su día inspirado. La mole cumplía su función. Barrera iniciática imprescindible para proteger la superficie que se extendía detrás.

Ya era noche cenada cuando salí del pequeño Alfa rojo. Desnudo. Excepto por la bala que mató a Delgado y que ahora colgaba siempre de mi cuello. Convencido de mi invisibilidad. Dispuesto a fundirme con la noche. Las olas. Las rocas. Con el mar amoral y eterno.

Nadie se fijó en mí. Ningunos ojos me siguieron. A pesar de que llegué a poner un pie sobre el cabello de un adolescente fundido con otro en un amasijo de piernas y brazos. A pesar de que me crucé con varias personas que avanzaban en sentido contrario. Y no me veían porque yo era —así me sentía— invisible. El aullido me hacía invisible. El aullido que era interno. *Sodilluado*. Nadie podía escucharlo. Quizá el mar y el aire y las piedras. Tal vez tampoco ellos.

Avancé sobre los extraños bloques de hormigón cuadrados e inhumanos durante unos treinta minutos. El mar tardaría siglos en pulir y borrar su excesiva perfección geométrica. Pero el mar no tiene prisa. El agua —salada o dulce— nunca la tiene.

Aullé. Aullé al mar al término del camino. Ya no para mí mismo. A pleno pulmón. Con todas mis fuerzas. Y el mar me respondió. Demostrándome que era capaz de ahogar mi voz por muy fuerte que yo gritara. Entonces me dejé caer humildemente de rodillas ante él. Sus rugidos fueron apagándose. Estaba dispuesto a escucharme. Y comencé a hablar.

Lo expliqué todo. Qué hacía allí. Cómo había conocido a Delgado. El modo en que Delgado vivía aún dentro de mí. Quién había sido yo. Quién soñaba ser. Mis más secretos planes y propósitos.

Cuando terminé de hablar el mar rugió. Me volví hacia la ciudad. La ciudad que sería mi terreno de caza. Y la desafié. *Baladré* durante horas. Mi grito de guerra. Hasta el final de la noche. Hasta el total agotamiento físico. Entonces le propuse el trato a la ciudad. Un pacto negro. Mutua no injerencia. No era a ella a quien buscaba. No era ella mi enemigo. Lancé mi propuesta y esperé.

Había amanecido cuando abrí los ojos. Me había quedado dormido. Rendido por el cansancio. Pero recordaba bien una imagen del sueño. La ciudad se había acercado hasta mí. Olisqueado mi espíritu. Y aceptado el pacto. El terreno no me sería hostil. Acaricié la bala. ¿Qué pensaría Delgado de mí? ¿Mercenario? ¿Loco? ¿Brujo? ¡Asesino! Eso pensaría probablemente. Y con razón. O no. Porque ahora era yo quien mandaba. El amo y señor de sus nuevos pensamientos.

Un hotel de cinco estrellas. Tocaba volver a utilizar una máscara. Federico Bueno. Y después de la noche anterior lo inteligente era comenzar con suavidad. Relajadamente. Que moviesen su culo para mí las camareras y los camareros.

Dormí unas horas y luego bajé a nadar a la piscina cubierta. Mil metros después me sentía como un bebé después del baño. Llamé a una empleada para que me trajese un albornoz. Me atendió enseguida y yo le pasé una mano por las nalgas. Ella sonrió. Era su problema si le apetecía hacer gimnasia con los labios. Yo no sonreí. Me limité a exhalar un largo *eeee* antes de pedirle que me trajese, *frío pero sin hielo, por favor*, un zumo natural de pomelo. El momento de que entrase en escena el aristocrático y pretendido intelectual señor Federico Bueno había llegado.

Ya había sido su nombre el que utilicé para registrarme en el hotel. Y fue su mano la que firmó la ficha de entrada.

Hacía sol. Subí a mi cuarto a por el Cuaderno de Tapas Azules y regresé enseguida. Busqué una tumbona en el jardín y llamé a la misma camarera. Otro zumo. El anterior no estaba lo bastante frío. Esta vez no le pasé la mano por ningún sitio. Federico Bueno estaba ocupado: pensaba. O al menos eso parecía.

Quien pensaba era yo. En Delgado. Ana Camino. Los principales comparsas de mi actual juego. A Camino, Delgado le llamaba *Bruja. La Bruja*. Los apodos nunca son del todo gratuitos. Algún poder tenía que poseer Ana Camino. ¿Un pacto con la ciudad similar al mío? Me estaba poniendo paranoico. No creo en la magia negra ni en pactos diabólicos ni milagros ni en nada. No creo si la magia o el pacto o el milagro no lo hago yo. *my way*

That's

. Repasé un párrafo del cuaderno azul. Un párrafo menos largo que inquietante.

Cuando llegué a la ciudad me sentí seguro en ella, parte integrante de la misma. Cierto que era consciente de que el peligro acechaba en sus calles enmarañadas, de que sus habitantes se movían en círculos cerrados en los que probablemente jamás se me permitiría penetrar. Sin embargo yo no sentía miedo ni me desanimaba lo complicado que resultaba hacer amigos. Me hallaba sobrado de ánimos para vencer cualquier inconveniente, y caminaba sobre la piel de Barcelona sin apenas rozarla, como si tuviese alas pegadas a los tobillos. Eso se acabó a los pocos días de iniciarse mi relación con Ana. Barcelona se volvió hostil. Se me cayeron las alas de los tobillos. «Tú tal vez en tu ciudad seas alguien, pero aquí eres menos que nada, un cero a la izquierda. Esta ciudad es muy profunda, con mucho mar de fondo, y tú no tienes raíces». Para alguien nacido en tierra de nadie, así es Madrid: tierra de nadie, la palabra «raíces» carecía de sentido. Traté de explicarle que yo en Madrid tampoco era nadie y que como no tenía ninguna pretensión al respecto estaba seguro de que me movería por Barcelona con la misma facilidad que lo había hecho en mi ciudad natal durante toda mi vida. Mis explicaciones siempre se estrellaban contra su mirada. Sus oscuros y enormes ojos verdes rebosando escepticismo. Hasta que perdí el deseo de seguir discutiendo, y cuando ella volvía a sacar el tema de mi falta de raíces, uno de sus predilectos, yo le permitía disertar sin interrupciones,

tratando de escucharla con la indiferencia de quien oye llover. Pero la letanía iba calando en mi interior, haciendo mella en mi alma. Aunque no escuches la lluvia si no estás a cubierto acabas por empaparte. Y así me sucedió a mí, empapado de dudas, débil e inseguro, un extraño para siempre, en la ciudad de La Bruja.

Puse en marcha a Bueno esa misma noche. Antros y garitos. Los locales que solía frecuentar Ana Camino. Delgado mencionaba varios en sus cuadernos. Los fui recorriendo uno a uno. El Fin, Zeleste, Varsovia, Can Café… Una copa por bar. Así probaría la resistencia al alcohol del señor Bueno.

Reconocí a Raquel nada más verla. Morena. Atractiva. Unos veinticinco. Solo el tono grisáceo de su piel deterioraba el conjunto. La fortuna estaba de mi lado. Raquel era la amiga íntima de Ana Camino y también la chica del numerito lésbico en aquellas cintas guarras que habían conseguido ponerme a tono mi primera noche en la casa de Murcia.

Por si había duda alguien la llamó desde el fondo del bar.

—¡Raquel!

Se volvió. Poniendo en movimiento su espléndida melena rizada y negra. Sonreí. Empujé con el pulgar las gafitas de Federico Bueno en un gesto aprendido de Steven Spielberg y largamente ensayado. Subirse las gafas con el índice tiene algo de grosero. Hacerlo con el pulgar indica educación y respeto.

Raquel podría ser una buena forma de acercarme hasta Ana Camino sin despertar sospechas. Tendría que hacer que se fijara en mí. Pero eso no debería entrañar ninguna dificultad. Un juego de niños.

Me puse a estudiar —con ojos de artista genial— la luz del bar. El dramatismo de las sombras. La niebla que nace del humo de los cigarrillos. La intensidad de los focos naranja. Los pliegues del guante blanco que Raquel utilizaba como vestido. En una servilleta realicé unos trazos rápidos. La velocidad disimularía mi torpeza. Mi infinita torpeza. Porque no solo dibujaba mal. Tampoco era capaz de controlar bien el movimiento de mis brazos: di un golpe con el codo a la copa de Raquel haciéndola rodar por la barra antes de ir a estrellarse contra las baldosas marrones del suelo.

—Perdón, eeee… lo siento, eeee… lo siento mucho.

Ella me miró. Miró a Federico Bueno. Entre escéptica y

divertida. A causa del arrastrar de las «es». Quizá excesivo. Tendría que moderarlo un poco.

—¿Soy yo?

Chica lista. Y vanidosa. Apuntando con el dedo índice hacia mi servilleta de papel. El dibujo era pura basura. Imposible que nadie se reconociese en él. Excepto por la pista escrita. La palabra *blanco* al principio de una flecha que se clavaba en un trapecio con mangas que se pretendía vestido.

—Eeee… no. Bueno, sí. Que, eee, ya quisiera yo que fueses tú. Permíteme que te pague otra copa. He tirado la que estabas bebiendo.

—No importa, estaba casi vacía.

—Ee… insisto.

Se rio. Había un cierto deje de auténtica alegría en su risa. No me lo esperaba. Me quedé mirando con aire embobado primero sus piernas grises y desnudas y luego sus tetas. Debía de estar más borracho de lo que suponía. Federico Bueno no aguantaba tan bien el *whisky* como yo había pensado en un principio. Pero daba igual. A partir de ciertas horas de la noche todo está permitido. Hablar como un tartaja. Tirar vasos. Mirarle a las mujeres las piernas y las tetas.

Al ir a pagar las copas abrí ostentosamente la cartera. Rebosante de billetes españoles y americanos. A las chicas que llevan vestidos blancos tan ajustados a su cuerpo como un guante y se sientan solas en las barras de los bares suelen simpatizarles los hombres con dinero.

—Es fantástico el juego de sombras de tu cara —solté de sopetón. Sin respirar para que no se escapase ninguna «e».

Ella se volvió hacia mí. Obligando a su taburete a girar con ella. Presionado por la incontestable redondez de sus nalgas. Ya me había fijado antes en su culo desbordando el taburete. Cruzó las piernas para que mi mirada regresase a ellas.

—¿Qué pasa, eres fotógrafo, pintor, o algo así? —me preguntó.

Se acercó a mí hasta que pude sentir sus tetas en mi antebrazo. Bonitas tetas. Aprisionadas por la fina tela del vestido. Antigravitatorias. Los pezones claramente marcados. Me eché hacia atrás antes de responder. Su sonrisa había crecido enormemente. Un genuino buzón de correos con dientes. Con muchos dientes.

—Pues eee… tanto como fotógrafo o pintor… eee no. Más bien soy «algo así». Pinto un poco, eee… y estoy estudiando para mejorar.

Era mi turno de sonreír. De que mi boca pequeña insinuase un gesto conejil. Volví a empujar con el pulgar mis gafitas de metal dorado. Un buen chico levemente excéntrico. Eso debió de pensar ella. Eso quería yo que pensase ella.

—Pues lo poco que pintes lo debes de vender muy bien. ¿O es que se te ha muerto una tía abuela millonaria y te ha dejado su fortuna?

No se andaba por las ramas. Mejor. Más simple todo. Le expliqué que era marchante de arte. Internacional. Estaba en Barcelona buscando nuevos valores.

—¿Te vas a quedar?

—Eeee… sí, sí, al menos durante un tiempo. Eeeee… tendré que seguir viajando pero eee… quiero alquilar un piso aquí.

—¿Aún no tienes piso?

Estaba definitivamente volcada hacia mí. Atenta a cada una de mis palabras. Las piernas descruzadas y un poquito separadas. Hice lo que ella deseaba. Lo que necesitaba que hiciese para sentirse segura conmigo. Mirarle las bragas. Fingí azorarme. Que me había sorprendido el color. Evidente todo el tiempo bajo el blanco de su vestido.

—Eeee… el rojo es mi color favorito —aseguré balbuciente. Acentuando mi natural torpeza.

Su risa restalló en el aire. Franca. Segura. Pero también gastada. Demasiadas noches y copas y hombres desfilando entre sus piernas.

Pero eso eran sutilezas. Federico Bueno era un simple y se rio con ella aunque no supiera de qué cojones se estaba riendo. A partir de ahí Raquel tomó el timón. Le interesaba el tema del piso. Si había mirado algo ya. Zona que buscaba. Qué precio estaba dispuesto a pagar. Todos los detalles prácticos.

La invité a una segunda copa. Aceptó con un mohín de chiva perversa. Yo solicité otra de lo mismo.

—Para que… ee no bebas sola.

Fui otra vez desmesuradamente generoso con la propina. Aunque ya no hacía falta. Noté que los billetes me patinaban en los dedos. ¿Me estaba emborrachando de verdad? Quizá fuese mejor no

tentar a la suerte. No prolongar aquel absurdo parloteo durante demasiado tiempo.

—Eeeee… en cuanto acabe esta, me ee voy. Tengo una cita con Savorit, le ee conocerás, supongo. Eee… es un pintor valenciano que vive aquí cerca. Pero eeee… me gustaría volver a verte, pronto. Incluso creo que podría eee… pintarte un retrato. Te pagaría si accedes a posar para mí, desde luego.

Tuvo la clase de no preguntar cuánto iba a pagarle. Mezclar números con arte es poco elegante. Al menos sabía eso. Me dio su teléfono y yo acabé mi copa de dos tragos. Prometiendo contactarla en cuanto estuviese instalado. Pronto. Muy pronto.

—Bueno eee… adiós.

—Adiós. Y si te cuesta encontrar el piso de tus sueños llámame y te ayudo a buscarlo —respondió ella, algo triste porque el abultado fajo de billetes se comenzaba a alejar, al menos por aquella noche, de sus hábiles dedos.

—¿No me vas a dar un beso de despedida?

Una chica maravillosa. Desanduve los torpes pasos de Bueno para apoyarme sobre ella y besarla en los labios. Con intensidad. Sin prisa. Sus labios eran calientes. Ascuas acolchadas. Aunque no tanto como sus redondos senos.

—Te ee llamo.

Ella asintió distraídamente con la cabeza que ya regresaba en busca de la compañía de su copa. En el fondo del vaso está siempre nuestro futuro.

Cerré los ojos al llegar a la calle y aspiré una larga bocanada de aire fresco. Ya no era necesario seguir manteniendo la farsa. Ni arrastrar las «es», ni aguantar sobre la nariz las gafas, ni comportarme como si fuese un idiota demasiado bebido. Entonces —al abrir los ojos— la vi a ella. *¡Guau!* Una potencia de la naturaleza. El apodo de Delgado le cuadraba como un marco: *La Bruja*.

Venía derecha hacia mí. No hacia mí. Solo en mi dirección. Se dirigía hacia el bar. Tal vez estuviese buscando a mi amiga Raquel. Le corté el paso con un trastabilleo torpe que interrumpió su camino. Alargó un brazo para apartarme. No me moví. Entonces tuvo que enfrentar mis ojos. Estaba completamente borracha. Un prodigio que fuese capaz de mantenerse en pie y con la espalda recta. Me miró dudando si sonreírme o montar un escándalo.

Voy a matarte. Estás avisada.

Y ella lo entendió. Nunca me ha resultado difícil conseguir que los demás *oigan* mi pensamiento. Abrió y cerró la boca. Sorprendida. Cuando quiso reaccionar yo ya era otra vez Federico Bueno. Poniéndome las gafas. Disculpándome *ee eee eee*. Vacilando entre apartarme hacia un lado o hacia otro para dejarla pasar. Sabía que ella trataba de volver a encontrar mis ojos. Quería una confirmación. No se la di. Esquivé su mirada hasta que estuve completamente seguro de que mis ojos eran los de un joven alegre y algo bobo. Un muchacho *bueno*. Entonces sí. Entonces subí la barbilla en su dirección y hasta le sostuve la puerta de cristal y madera para que entrase en el bar. No se molestó en agradecérmelo. El subidón de adrenalina había sido digno de un concierto con La Pesadilla. Me sentía inquieto. Enjaulado. Hiperrevolucionado. Sobrecargado de energía. Necesitaba abrir la válvula de escape. Soltar vapor. Una buena bronca es el mejor modo que conozco para drenar el exceso de energía. No era conveniente. Si dejaba que se me fuesen los puños contra la cabeza de alguien podía acabar en comisaría y yo no quería eso. Además mi mirada era demasiado violenta y desasosegada para que nadie se atreviera a enfrentarse conmigo. Pero tampoco podía irme al hotel. Meterme en la cama. Buscar el imposible sueño. Quizá bastase con una sesión de sexo.

Encaminé mis pasos hacia el coño de la ciudad. La calle Unión. En el Barrio Chino. La imagen de *La Bruja* volvía a mi cabeza una y otra vez. Como en un kinetoscopio. Y yo la rechazaba. Sería yo quien decidiese el momento oportuno para pensar en ella. Aún no lo era.

Avancé por las calles ruinosas del Chino. Vieja carne de cotolengo. Cascadas señoras dispuestas por quinientas pesetas a hacer el pino sobre mis pelotas. *La parada de los monstruos*. Deformes. Dignas de ser apiladas en un almacén y luego clasificadas y numeradas. No parecían seres humanos y quizá ya hacía mucho tiempo que habían dejado de serlo. Sin embargo me sentía a gusto paseando entre ellas. Porque allí estaba la clave. La quintaesencia de la humanidad. En ese fango hediondo. Putrefacto. Viscoso. Allí se tocaba fondo. No más profundidad. No más buscar. Debajo del fondo no hay nada. Prostitutas de sesenta o setenta o más años. Yonquis. Desesperación e indiferencia. Elegí una cualquiera. Gallina

vieja sabe hacer brotar el caldo. Me masturbó con habilidad y eficacia bajo el cobijo de un portal que apestaba a orines. Le pagué y regresé a la calle. El sexo mercenario no es tan efectivo como la violencia. Necesitaría más.

Atravesé el callejón de los Ladrones. *Carrer des Robadors*. Había oído a los marineros en Beirut que allí paraban las hembras más hermosas de la tierra. Un burdel tras otro. Pared con pared. Puerta con puerta. Todos cerrados. Las buenas zorras se van a casa a las diez. A dar de comer al maridito. A limpiarle el trasero al bebé. O a escribir poesías que ningún editor se dignará jamás a publicar. Un gitano joven me ofreció hachís. Le ignoré. Pretendió darme la mano. Era evidente que llevaba una navaja en el bolsillo. Controlé la tentación de permitir que la sacase y liarme a hostias con él. Le esquivé y seguí calle adelante hasta desembocar en las Ramblas. Me acercaba a la Pared de las Mujeres que tanto había impresionado a Delgado. Estaba harto de andar por la calle. Entré en un burdel situado enfrente. Big Ben. Pedí agua sin gas en la barra y el camarero me miró con soma. Yo le miré con desprecio. Quedamos en paz.

Me dejé caer en un sofá para disfrutar del desfile. A los pocos minutos comenzaron a pasar ante mí las mujeres. Ninguna me llamó la atención en especial. Una chica se sentó a mi lado. Negué con la cabeza. Protestó. No la escuché. Se levantó. Vino otra. *Por diez mil hasta me baño en tus sobacos, guapo*. Una frase ingeniosa. Esa chica no permanecería en el oficio demasiado tiempo. Prosperaría. Montaría su propio negocio y educaría a sus hijos en un colegio burgués. Y no habría nadie excepto su marido que pudiese tocarle el culo. En el futuro. De momento iba a chuparme la polla un rato. *¿No te gusta hacerlo por detrás? Dame en el culo. Con la mano abierta. Más fuerte. Ahora un poco menos fuerte. No. Noo. No tan fuerte. Noo*. La función tocaba a su fin. Caía la bandera. Deposite más monedas si desea seguir jugando. Embestí con renovada energía. Dos o tres golpes contundentes. Su arte rotatorio hizo el resto. La chica me había pillado el punto. Conseguido dejarme tranquilo. Le di las diez mil y un billete rojo de propina. Delgado no lo habría aprobado. Él era una hormiguita y desaprobaba las propinas excesivas así como cualquier forma de derroche.

—Vuelve cuando quieras, cariño. Acuérdate de que me llamo Vicky y que aún no me he bañado en tus sobacos.

Se rio de su propia broma y yo torcí la boca hacia la derecha. Aprobador. Esa chica —ya lo he dicho pero me apetece repetirlo— no permanecería en el oficio demasiado tiempo. Prosperaría. Montaría su propio negocio y educaría a sus hijos en un colegio burgués. Y no habría nadie excepto su marido que pudiera ponerle la mano en el culo. En el futuro. De momento era una actriz notable. Quizás ya fuese una ama de casa ejemplar y seria. Quizás hasta fuese frígida. Pero en el trabajo era tan buena como la Callas interpretando *Carmen*.

Amanecía cuando abandoné el lupanar con nombre de reloj inglés. Subí por las Ramblas sin prisa. Intercambiando mis modos de andar. Primero como Alberto Delgado. Con delicadeza. Casi como pidiendo perdón por rozar el suelo con las plantas de los pies. Luego como Federico Bueno. Pasos largos y torpones. Levemente desequilibrados. Por último como Federico Sueño. Movimientos firmes. Seguros. Precisos. Semirrobóticos.

¿Quién era yo en realidad? ¿Uno de ellos? ¿Dos? ¿Los tres? ¿Ninguno? El sol empezaba a despuntar cuando paré un taxi.

V

Alicante era un sitio seguro. Suficientemente seguro. Dejar el coche en Valencia había sido excederme. Darle ventaja al miedo en el pulso que andábamos echando. Porque ahí estaba el miedo. Sonriéndome burlón. *too much old for rockandroll, Mister Dream You're*
. Mi miedo pensaba que yo no iba a acabar con Ana Camino. Que no iba a matar a nadie y solo estaba perdiendo el tiempo y el dinero alquilando apartamentos de lujo e invitando a copas a mujeres que me importaban un bledo. En realidad yo pensaba lo mismo. Que estaba perdiendo el tiempo y el dinero. Porque yo era mi miedo. Había pasado un día entero encerrado en el hotel dejándome mimar por el confort y las comodidades del mundo moderno. Ablandándome. Hasta el sábado no contacté con un agente inmobiliario. Nada de lo que me ofreció era lo que yo buscaba. *Hay que tener paciencia, señor Bueno, encontraremos el apartamento de sus sueños, pero con paciencia*. Tendría paciencia. Lo que yo entiendo por paciencia. *¡Consiga lo que le he pedido antes de que vuelva de París la semana próxima o acudiré a otra agencia!* Allí es donde se iba oficialmente el señor Bueno: a París. Suena coherente que un marchante de arte se vaya a París. Nadie se imagina que en realidad se va a Murcia, aparca su coche en Alicante, se quita las gafas, cubre su cráneo desnudo con una peluca, se cambia de ropa y se convierte en otra persona antes de subirse al tren. Casi cien minutos de viaje para cubrir setenta y cinco kilómetros. La proverbial lentitud de los ferrocarriles del sur. No me importó porque ya era otra vez Delgado. Y estaba encantado de volver a serlo. Una vida fácil. Sin riesgos. ¿Aburrida? Hay cosas mucho peores que el aburrimiento. Que los médicos te utilicen como conejillo de Indias en un hospital libanés. Que tu mejor amigo

se hunda en el Támesis y tú no hagas nada para impedirlo. ¿Y si me olvidaba de la promesa y el coche alquilado y hasta del apartamento en Barcelona y me quedaba tranquilamente en la pequeña Murcia? Siempre Delgado y solo Delgado hasta hacerme viejo.

Al arrancar el tren saqué el cuaderno. El estropeado cuaderno de tapas azules de Alberto Delgado. Era el momento de valorar al enemigo. De permitir que la imagen de *La Bruja* se instalase en mi cabeza. ¿Tan terrible y perjudicial para Delgado había sido esa mujer con aspecto de batracio ebrio como para que yo ahora tuviese que matarla?

Cuando conocí a Ana pasaba por una de las mejores épocas de mi vida, me sentía capaz de cualquier cosa, por complicada o difícil que pudiera parecer. Mis poemas rebosaban amor hasta lindar la cursilería. Amor tanto hacia el mundo como hacia mí mismo. Así que cuando conocí a Ana —esa noche había estado escuchando la novena de Beethoven en el Palau y me sentía de un humor efervescente, que me empujó a entrar en un bar cualquiera para tomar una o dos copas y compartir mi alegría con el mundo, y allí la vi, sola, acodada sobre la barra con la mirada perdida— pensé que también podría amarla a ella si me lo proponía. Muchas veces me he preguntado por qué lo hice. Supongo que se trataba de un reto, un desafío, pues Ana Camino no era en absoluto el tipo de mujer que suele atraerme: me gustan rubias, ni guapas ni feas, inteligentes y poco o nada amigas del alcohol. Me dio igual que fuese mucho mayor que yo, y poco agraciada, por no decir nada. Cuando comenzó a contarme la historia de su vida saltó la primera alarma pero decidí ignorarla: me sobraba fuerza para ignorar su pasado tortuoso, los infortunios que le habían llevado a pasarse las noches bebiendo hasta perder el sentido. Abandonó a su marido, un ejecutivo convencional pero encantador a quien conocí meses más tarde, para correr tras un espejismo, un palurdo recién llegado a la ciudad, procedente del sur, dispuesto a comerse el mundo y que cuando la hubo exprimido y dejó de serle útil, comenzó a plantarla en las fiestas, para irse con sus amigas, precisamente con sus amigas; lo que más daño podía hacerle: la princesa Camino humillada en su pequeño reino. Y comenzó a rodar pendiente abajo. Rodar y rodar. Pero allí estaba Alberto Delgado, caballero «desfacedor de entuertos» y absolutamente inexperto en el arte de la vida, dispuesto a salvarla de las garras de la

desdicha y el whisky. *Ana se instaló en mi casa el mismo día que nos conocimos y a mí me pareció bien. No advertí nada. No me di cuenta de cómo abusaba de mi generosidad y hospitalidad, hasta que decidió, unilateralmente, dejar su piso para venirse a vivir al mío. Ahí quise reaccionar. La alarma volvía a sonar con fuerza y estaba claro que aquello no iba a funcionar. Pero ya era tarde. Mi energía, en apariencia ilimitada, se había extinguido. Ana Camino me había quitado el aire a base de golpes en la cintura, al modo de los boxeadores viejos y expertos; y ahora le bastaba tocarme con el guante para verme besando el suelo.*

Una de sus muchas argucias consistía en hablar muy deprisa, con gran seguridad, pero sin decir nada concreto; no ya al modo de los políticos, sino incluso formando frases carentes por completo de sentido. El objetivo, lógicamente, era hacer sentir estúpido a su interlocutor, confundirle para así manejarle con mayor facilidad.

—Si fueran inconvenientes las incursiones entonces sería necesario paliar de un modo más o menos subrepticio el efecto sutil de las mismas.

—Pero Ana, ¿por qué hablas sin decir nada?

Lo pregunté sinceramente preocupado, temeroso de que tanto alcohol hubiese acabado por afectarle al cerebro. No era el caso. Sus células grises continuaban funcionando a pleno rendimiento. Abrió mucho los ojos, la boca, enrojeció… y bajó la mano hasta mi entrepierna: el recurso supremo. Retiré su mano.

—¿Así que hay trucos que conoces y no utilizas? Ay, mi Alberto, me parece que tú te pasas de bueno. A los tontos…

Me asqueó. Odio a las personas que hacen distingos entre tontos y listos, entre fuertes y débiles. Además, no era muy halagador que me hubiese tomado por uno de ellos, por un imbécil que escucha a otra persona hablar y no es capaz de advertir que no está diciendo nada concreto.

En ese preciso instante comprendí que mi vanidad me había jugado una mala pasada, que para mí era imposible amar, apreciar siquiera, a alguien así. Pero a pesar de haberme dado cuenta, a pesar del asco que ya me inspiraba, seguí a su lado. Ejercía sobre mí algún tipo de magnetismo diabólico del que era incapaz de sustraerme. Me doy cuenta de que suena estúpido al escribirlo, pero lo cierto es que parecía que estaba hechizado, que una voluntad distinta de la mía decidía mis acciones y actos.

Llevábamos ya cuatro meses viviendo juntos cuando comencé a desesperar, e incluso a tener miedo. ¿Cómo era posible que no pudiese escapar de una mujer a quien no solo no amaba sino incluso detestaba? ¿Por qué no era capaz de librarme de ella, volver a quedarme feliz y solo? En aquellos primeros ciento veinte días perdí seis kilos de peso, y mi inspiración, y mi alegría, y mucho dinero. Ella, en cambio, recuperó peso, el deseo de vivir y su aspecto comenzó a ser el de una persona feliz y saludable. Mejoraron sus negocios y volvieron a frecuentarla aquellos que durante meses habían vuelto la cara hacia otro lado cuando se la cruzaban por la calle. Al menos eso sí lo había conseguido, la había devuelto al mundo, pero ¿a qué precio? Cada sonrisa que salía de su boca primero había sido robada de la mía.

Como un maestro aleccionando a un niño me repetía cada noche, antes de dejarme entrar entre sus piernas, lo que se había convertido en el mayor de mis vicios, casi único vicio, que yo no era nadie y que por mí mismo jamás lograría nada en la vida, pero que con ella al lado acabarían por abrírseme todas las puertas. A mí me traían al fresco las puertas de las que me hablaba. Solo pensaba que se abriese otra cosa: sus piernas, mientras me contaba qué amiga o prostituta traería la próxima vez que montásemos un trío, si lo haría con un travestí y me pediría que yo filmase el polvo. Sexo y solo sexo; que me proporcionaba los únicos momentos del día en los que no vivía desesperado y enfermo. Incluso en el trabajo, en mi fácil y rutinario trabajo de funcionario, las cosas habían comenzado a torcerse. Ya no era el ojito derecho del jefe, el chico favorito de las secretarias. Llegaba tarde. Culpable. Sin brillo. Sabía que la solución era separarme de Ana Camino, alquilar otro lugar para vivir o echarla, librarme de ella. Pero carecía de fuerzas para hacerlo. Carecía de fuerzas.

Una noche, después de una orgía en la que también participó Raquel Ana se enfadó porque me había dejado ir dentro de su amiga. Entonces le conté que no podía más. Estaba desesperado: todos los días coqueteaba con la lenitiva posibilidad del suicidio, y deseaba y necesitaba volver a quedarme solo.

—Mira, Ana, no te deseo nada malo, pero no te quiero. No estoy enamorado de ti, no me gustas, no me atraes físicamente. Es más, me sienta mal estar contigo, cada día me encuentro más débil y soy más desgraciado…

No me dejó acabar.

—¡No me gusta que me digas eso!

El grito rompiendo mis oídos. Su mirada de loca arañando la mía.

Y le pedí perdón. Cobarde, débil e imbécil. Le pedí perdón y la abracé. Pasé toda la noche desvelado, sin pensamientos, mientras ella roncaba plácidamente abrazada a mí, el olor de sus dientes podridos inundando mis fosas nasales. Pero si debo ser sincero era yo quien esa noche se agarraba más fuerte, pues no comprendía por qué seguía con ella, y esa incomprensión me hacía sumergirme en el terror más negro.

Cada vez estoy más convencido, porque en otro caso nada de lo que me pasó tendría el menor sentido, de que me las estoy viendo con un demonio, una verdadera bruja. Así llamo a Ana en mi fuero interno cuando pienso en ella, o cuando escribo sobre ella: La Bruja. No solo por su aspecto externo, las dos enormes verrugas negras que hacen imposible ver su verdadera cara, sino sobre todo por el modo con el que se comporta cuando no se cree observada y comienza a hablar como para sí misma, largas letanías que a mis oídos suenan como si recitase conjuros terribles y milenarios. ¿Y si me está haciendo algún tipo de magia? Ganas me dan de ir a una iglesia y pedirle al dios en quien creía de niño que me ayude a escapar, aunque sea muerto. Apenas soy capaz de reconocer mi propio rostro cuando me afeito por las mañanas ante el espejo.

Cerré el cuaderno. Era suficiente. No necesitaba seguir leyendo. Extrañamente yo no me había fijado en las verrugas. Ni siquiera las había visto. Era su mirada la que me perseguía, la que aún estaba conmigo. Una mirada que, cierto, coincidía con la que retrataba Delgado en sus cuadernos. Pero no me creía que fuese una *bruja* con poderes, con un recetario de encantamientos en el bolso y demás zarandajas. No quería creérmelo. La imaginación de Delgado era demasiado fértil y unida a su creciente debilidad le había provocado alucinaciones. En su historial médico había una hepatitis. Probablemente pasada en la época: las orgías y demás vicios sexuales. He visto a tipos durísimos desmoronarse sicológicamente y llorar como ratones a causa de una hepatitis.

Para mí Camino solo era una mujer. Nada más. Mi imaginación no es la de Delgado. No quiero que sea como la de Delgado. No quiero ser blando y sí controlar siempre el rumbo de mis pensamientos. Aceptar que Ana Camino no era una mujer corriente habría sido dejarla jugar con ventaja. Y con ventaja únicamente

jugaría yo. Es derecho del solitario dictar todas las normas de su juego.

¿Matar a Ana Camino? Quizá sí. *To be or not to be*. Parecía fácil. Tan sencillo que ya podría, ¿debería?, haberlo hecho.

Me recosté en el asiento del tren que me llevaba de vuelta a Murcia. Dejándome mecer por el traqueteo. Imaginándome cómo hacerlo. Ensayo mental de crimen perfecto.

Barcelona. Noche. La oscuridad es un cómplice agradecido. Ni siquiera sería necesario que hubiésemos sido presentados. Podría hasta obviar apoyarme en Raquel. Seguir a Ana Camino de antro en antro. Garito a garito. Hasta que decidiese entrar en una discoteca. En cualquier discoteca. Sabía por los cuadernos de Delgado que le gustaba bailar. Pensé en una noche de sábado. La ciudad entera saliendo a exorcizar el aburrimiento.

La seguiría hasta la barra. *La sigo*. Esperaría a que pidiese una copa. Yo pediría otra. De lo mismo. *Otra de lo mismo*. Para sentirme sicológicamente cerca. Luego aguardaría a que saliese a la pista. A agitar en la coctelera de su estómago el alcohol para que hiciese más efecto. ¡Que bailase! *Baila, Ana Camino, baila*. Yo también bailaría. Acercándome ya con la mano oculta bajo la cazadora de cuero. *Me acerco con la mano derecha oculta bajo mi chaqueta o mi cazadora de cuero*. Acariciando con las yemas de los dedos la culata de un revólver. *Acaricio la pistola*. No demasiado grande. Con silenciador. Un silenciador en el lugar adecuado convierte en champán cualquier disparo. Me colocaría a su espalda. *Me coloco a su espalda*. Sin rozarla. *No la rozo*. No quiero que Camino se alarme, que Camino sospeche ni un instante que hay una bala con su nombre muy cerca y esperando el momento. El parpadeo de las luces de *flash*. *Blanco. Negro. Blanco. Negro. Ahora. Ahora es el momento*. El dedo en el gatillo. *Mi dedo engarfiado en el gatillo*. Mientras el resto del cuerpo sigue bailando. *Sigo bailando*. Se oiría un taponazo amortiguado. Champán. *Sí, champán. Champán y alegría*. El trozo de plomo ya ha salido disparado. Está caliente el cañón de la pistola cuando vuelvo a ocultarlo contra mi cuerpo. *Me quema la piel del estómago*. Camino ni siquiera llegaría a gritar. *No ha gritado*. Yo me habría alejado varios metros antes de que cayese al suelo. *Ya estoy lejos*. Y

aun en ese momento serían pocos los que advirtiesen que se había caído. Derrumbado. La pisarían una y mil veces antes de que nadie supiese lo que había sucedido. *La pisan y la pisan*.

¿Y la sangre? Tardaría en ser visible. Difícil de identificar su origen. Tal vez producida por los afilados tacones de aguja de unos zapatos femeninos al pisar el cuerpo caído. Cuando alguien lograse comprender que le habían disparado yo estaría lejos. *Estoy lejos*. Tan lejos que tendría otra cara. *Tengo otra cara*. Otro nombre. *Otro nombre*. Sería un hombre nuevo. *Soy Alberto Delgado. Soy inocente y me siento bien. Un hombre recién estrenado. Nuevo*.

Cuando abrí los ojos me encontré con otros. Azules. De mujer. Observándome. Curiosos. Aún reverberaba en mi cerebro la imagen de Camino tendida en el suelo. Pisoteada por todos. Así que aquellos ojos me cogieron desprevenido. Tuve que bajar la mirada. Entonces fui consciente de que se había dibujado una distendida sonrisa en mi cara. Y también de que era el hombre nuevo de mi sueño de despierto. Llevaba mi peluca. La peluca de Delgado. Del sonriente Delgado que ahora miró con franqueza a la chica. Incluso con descaro.

—Hola.

—Hola.

Se habían azorado los ojos azules al ser descubiertos. Ahora me esquivaban. No dije nada. Supuse que sería ella quien querría seguir charlando.

—Perdona que te estuviese mirando de esa manera, pero es que tenías una cara de felicidad tan grande que me he quedado como… como atrapada por tu expresión.

Acentué mi mueca de felicidad para ver qué derroteros tomaba la conversación. El *drugo* Alex de *La naranja mecánica* dejándose alimentar por un ministro asustado.

—Debías de estar soñando con algo muy bonito.

Según ella yo estaba durmiendo. Delgado estaba durmiendo. Y quizá lo estaba. Yo soñaba y él estaba durmiendo. Sonaba interesante.

—Supongo que era un buen sueño, sí, pero la verdad es que no me acuerdo. Así que no puedo compartirlo contigo, lo siento.

La chica de los ojos azules hizo brillar sus pupilas a la vez que se entreabrían sus labios rosas y delgados en una bonita sonrisa. Yo

moderé la intensidad de la mía.

—¿Quieres tomar algo? Podemos ir al coche bar. Te invito a beber alguna cosa.

Te invito era una de las expresiones favoritas del nuevo Delgado. Excelentes resultados.

—Te lo agradezco, pero estamos a punto de llegar a Murcia y además creo que en este tren no hay coche bar. Es un cercanías.

—Entonces podemos tomar algo en la estación.

—No sé. Mi padre ha dicho que iba a venir a buscarme. Pero si quieres quedamos otro día. Por cierto, me llamo Alicia. ¿Y tú?

—Delgado. Alberto Delgado.

Días después de conocer a Alicia compré un nuevo cuaderno de guardas azules. Similar a los que utilizaba Delgado. Casi exacto. Practiqué unos instantes sobre un periódico la letra de Delgado antes de empezar. Había pasado muchas horas, desde que me convertí en él en Beirut, ensayando pero siempre era necesario volver a dar *el salto*. Anoté la fecha en la esquina superior derecha de la primera página del cuaderno. Dejé un espacio en blanco. Y comencé a escribir.

He conocido a una mujer. De manera casual; estaba sentada frente a mí en el vagón de un tren que me conducía a Murcia tras un relajante fin de semana en Madrid. Enseguida me gustó, o mejor dicho, enseguida advertí que yo le gustaba a ella, lo cual siempre resulta halagador. Me gustó la atención que parecía prestar a todas y cada una de mis palabras, como si yo hablase ex cátedra y fuese un delito perderse ni una coma. También me sedujo su modo de hablar, preciso y elegante, y la devoción que aseguró sentir hacia la poesía, especialmente hacia la poesía contemporánea. Como es natural no le confesé que yo mismo soy poeta; no escribo versos para ganarme el aplauso de nadie. Aunque es posible que alguna vez le permita leer algo. No sé mucho acerca de ella, aparte de su nombre y número de teléfono; pero su existencia abre una puerta a la esperanza. No he conseguido volverme a enamorar después de que La Bruja me rompiese en pedazos, me robase el alma y el corazón. Eloísa solo ha sido una cortina de humo, pero no voy a rendirme, no está en mi carácter, y estoy dispuesto, con Alicia, a intentar descubrir si aún me queda algo de afecto que dar. No soy optimista al respecto, sigo fragmentado y roto, pero sí puedo intentarlo. Intentarlo al menos. ¿Por qué no?

Tomé aire. Esas palabras no las había escrito yo. Era Alberto. Al principio sí. La primera frase era mía. Pero a partir de la segunda perdí las riendas en beneficio del verdadero Delgado que seguía viviendo dentro de mí y no se conformaba con ser un traje que yo dejaba colgado a conveniencia en el armario. ¿Quería intentar volver a enamorarse? Bien. Como había quedado escrito en su cuaderno: *¿Por qué no?*

Delgado estaba pletórico. Se había transformado en un hombre vital y optimista. Una alegría desbordante acompañaba todos y cada uno de sus actos. Le dejé fluir como nunca. Como nunca desde que había adoptado su personalidad. Desde que me había refugiado bajo su piel. Delgado era totalmente Delgado. Yo me limitaba a observar.

Alberto cedía el paso en las puertas a señoras y caballeros. Era capaz de llevarle a un desconocido la cesta de la compra hasta su misma casa. Aunque esa casa estuviese situada a dos kilómetros de distancia. Y sonreía. Sonreía sin parar. Alentando a cuantos trataba con sus palabras generosas y amables. Su pequeña magia era hacer un poco más fácil y feliz la vida de los demás. A mí —francamente— el espectáculo me pasmaba. El espectáculo de verme a mí mismo de tal guisa. Tocado con peluquín. Cargando con garrafas de agua de cinco litros para ayudar a viejas cacatúas putrefactas. Soltando lindeces a cualquier necio que se cruzase en mi camino. Me pasmaba. Pero también lo disfrutaba. Casi tanto como Delgado. Porque en aquellos momentos verdaderamente era más Alberto Delgado que yo mismo.

Alicia me presentó gente. Sus amigos. Me llevó a bares y restaurantes. Todo era poco para mí. Era ella quien se estaba enamorando. Del alegre Delgado. Y él quizá habría correspondido —como era su intención y había escrito en el cuaderno— si no hubiese sido yo quien manejaba los hilos. Quien hacía aparecer a la dulce Eloísa en los momentos precisos.

—Disculpa querida, pero tengo que ir a llamar a mi novia por teléfono un momento.

Y Alicia se hacía pequeña como un bolindre. Bastaba cogerlo entre los dedos y empujarlo con el pulgar para mandarlo adonde me diese la gana.

Alicia me convenía. No atosigaba y daba a mi vida un plus de normalidad. Sus días se repartían entre Murcia y Alicante. Era

profesora de idiomas. En ambas ciudades. Dos días en una. Tres en la otra.

Gracias a eso no la tenía todo el día encima y me quedaba tiempo para mí. El suficiente. Para encerrarme en *el cuarto no* y hacer gimnasia o pensar en *La Bruja* o pasarme horas tumbado en el suelo con el cuerpo sudoroso y el cerebro hueco.

Días después de conocernos Alicia me presentó a Sebastián Tizón. Recuerdo bien el momento. Era miércoles. Lo recuerdo porque esa misma mañana había hablado con la agencia inmobiliaria de Barcelona. Habían encontrado lo que yo estaba buscando. Un ático de amplia terraza. *Aunque es una «miqueta» caro, señor Bueno*. Me pareció bien y pedí que me lo reservasen. Si no me gustaba pagaría por los días que hubiese estado desalquilado. Prometí que iría ese fin de semana o el siguiente.

Había quedado con Alicia para comer en Casa Pepe. El mejor restaurante de Murcia pero mucho menos conocido que otro que está a su espalda: El Rincón. Me sentía burbujeante. Antinaturalmente comunicativo. Hasta tuve que esforzarme para no hablar más de la cuenta y explicarle a Alicia que yo en realidad era un mercenario que había estado a punto de morir en el Líbano y que antes era Fred Traum: el cantante de un grupo punk llamado Nightmare o también Alftraum y que ahora estaba preparando el asesinato de una mujer a quien apenas conocía. Supe contenerme. Afortunadamente. Habría salido corriendo. O pensado que me reía de ella y era un mentiroso. Nunca se sabe. En cualquier caso mi humor era más que expansivo. Por eso cuando Alicia saludó a una pareja que entraba en el restaurante la insté para que los invitase a sentarse en nuestra mesa. Accedieron encantados. Ella se llamaba… Un nombre cualquiera. No me fijé. Pertenecía a la categoría de los invisibles. Él en cambio brillaba. Se le veía a cien leguas. Dijo ser músico. Luego confesó que en realidad era pintor. Más tarde escultor. Y un rato después videoartista. Sebastián Tizón. El primer amigo que Alberto Delgado tuvo en Murcia.

Entre Delgado y Tizón los puntos de contacto eran infinitos. Y en realidad eso fue lo que me animó a cultivar su amistad. Aprendía de Delgado a través de Sebastián Tizón.

Desde el día en que fuimos presentados rara era la noche que no nos reuníamos. Con uno u otro pretexto. Solíamos vemos en la plaza

de las Flores después de cenar. A eso de las diez o las once. Tizón acostumbraba a llegar antes con su saxo y se ponía a soplar por la boquilla. El sonido de su música anunciaba su presencia a través de las callejuelas. Hasta que no me sentaba junto a él no paraba de tocar. Entonces se desperezaba con un aleteo de pájaro. Emitiendo una nota estridente antes de dejar el saxo sobre la fuente en cuyo poyete estaba sentado para venir a mi encuentro.

—¡Alberto!

Como si llevase un año sin verme. Bebíamos. Hablábamos. Yo sacaba mis poemas.

—Léemelos.

Yo negaba con la cabeza. El tímido Delgado.

—Vamos, te acompaño con el saxo.

Con frecuencia se acababa formando un corro a nuestro alrededor. Y en una ocasión la policía municipal nos ordenó «dispersamos» como sospechosos de mendicidad pues el público había llenado de monedas la funda del saxo de Sebas. A Tizón no se le escapó que en aquella ocasión yo estuve a punto de enfrentarme con los maderos. De liarme a golpes. Algo nada compatible con el *way of life*
Delgado's
.

Todo el mundo conocía a Sebas y rara era la noche que no acabábamos ligando. Aunque en general las chicas se escurrían como agua entre nuestros dedos. Pero no importaba. No importaba demasiado. Lo importante era la conquista. En eso yo estaba de acuerdo con él. En frase suya: *los polvos te obligan a lavarte la polla cuando has acabado*.

Aunque a veces tampoco nos importaba la posibilidad de tener que darle un poco de jabón al *cíclope*. La última noche en la que me sentí verdaderamente relajado en su compañía ambos parecíamos dispuestos a gastar cuantas pastillas de jabón fuesen necesarias. Eran las cuatro de la mañana. Estábamos bebidos y fumados. En realidad yo no. En realidad yo casi nunca bebía. Casi nunca fumaba. Vaciaba las copas en el suelo. No me tragaba el humo. Solo actuaba. Pensaba que Tizón no lo advertía. Supongo que en cierto sentido yo tampoco era consciente de mi impostura pues le seguía el ritmo sin perder jamás el compás. En cualquier caso —lo pareciese o lo

estuviésemos de verdad— andábamos dopados. Montados en globo. Tizón comenzó a vacilar con dos bonitas quinceañeras. En menos de diez minutos ya estaba besando a una de ellas.

—Fijaos bien en mi amigo. Parece un tipo normal, pero es un espía ruso que ha conseguido infiltrarse en el ministerio de Asuntos Exteriores para averiguar si Murcia es susceptible de ser conquistada para integrarla en la unión de repúblicas socialistas de mierda.

Ellas se rieron. Yo me reí. Pero Tizón continuó.

—Observadlo bien: lleva una peluca. En realidad tiene un agujero en la nuca por el que pueden verse un montón de cables. Más que un hombre es un robot.

Las chicas volvieron a reírse. Yo también. Pero advertí cómo me miraba Tizón. Cómo miraba Sebastián Tizón a Alberto Delgado. A su pelo siempre demasiado bien peinado. Sin duda se había dado cuenta tiempo atrás. De la existencia de la peluca. Tendría que contarle un cuento. Inventarme alguna operación. Algún tratamiento o terapia. En cualquier caso esa noche mientras follábamos en plena calle con las jóvenes universitarias tuve buen cuidado de que no se moviese mi peluca y en cuanto me quedé solo —me fui el primero de los cuatro a casa— me invadió la ansiedad. ¿Y si me descubrían? ¿Y si alguien averiguaba que yo era un impostor? No solo me achacarían el delito de suplantar a otra persona y apoderarme de sus bienes. Querrían ver en mí al culpable de su desaparición. A su presunto asesino.

La situación comenzó a írseme de las manos. Ya la nueva vida bohemia de Delgado había provocado algunas interferencias con su imagen de probo funcionario. Algún retraso. Desinterés creciente. Excesiva alegría. Eso sacaba de quicio a su jefe. Todo jefe tiene derecho a ser más feliz que ninguno de sus subordinados. Además Delgado le había rechazado repetidas invitaciones —sin duda un error por mi parte— para comer y cenar.

El problema no era la vida bohemia aunque a ello le achacó Lolo López mis irregularidades. Apenas bebía y dormía lo suficiente para mis necesidades. El problema era otro. El aburrimiento. El papel de Delgado en aquella absurda oficina me enervaba. Estaba más que harto de pasar mañanas enteras jugando con dos o tres papelitos que de nada servían. La solución habría sido marcharse. Pero

¿adónde?

Así que como me aburría comencé a incordiar. Investigando. Reuniendo pruebas. Contra la práctica totalidad de mis compañeros. Poco a poco fui descubriendo que no solo se cobraba por ayudar a los más infelices a rellenar los impresos. Quien no cojeaba de la derecha lo hacía de la izquierda. Ninguno se salvaba. Uno robaba papel y bolígrafos y los revendía en la librería de su mujer. Me lo contó otro quien a su vez falsificaba facturas con el sello del ministerio; nunca llegué a averiguar con qué propósito concreto. Y también se entregaban permisos de residencia y trabajo a extranjeros que no reunían las condiciones necesarias. Y lo más bonito de aquellos permisos era la rúbrica. La hermosa rúbrica que los coronaba. Que les daba la última pátina de oficialidad. Esa oficialidad que de ningún modo deberían tener pues eran ilegales. La rúbrica de Manolo López. Lolo. El jefe de Delgado. Mi jefe.

Al principio pensé que él estaba también implicado. Que era tan corrupto como los demás. Pero no hubo suerte. Lolo no estaba corrompido. Era idiota. Simplemente.

Firmaba cuanto le ponían ante las narices. Imagino que el hecho de estampar su nombre en un documento le hacía sentirse importante y bien. Habría firmado su sentencia de muerte sin enterarse.

En sus frecuentes ausencias tocaba a Delgado como jefe en funciones realizar las rúbricas. Pero Delgado se negaba. *Cuando regrese Lolo, yo no lo veo claro*. Eso sacaba de quicio a sus compañeros. Y también a Lolo. Pero a mí me importaba poco y seguía jugando al espía ruso inventado por Sebastián Tizón. Sacando fotocopias de todos los documentos concedidos indebidamente. Fotocopias que luego autenticaba ante un notario. Un tipo retorcido —en el fondo quizá hasta malo— el señor Alberto Delgado. Llegué a tener pruebas suficientes para mandar a la cárcel a la mayoría del personal. O cuanto menos para hacerles perder el empleo.

Y aunque no llegué a utilizarlas sí que hice correr la voz de que existían. De que el señor López podía dejar de ser delegado del ministerio en cuanto yo hiciese llegar determinados documentos a las personas adecuadas.

Mi jueguecito no acarreó muchas simpatías a Delgado. No se

puede reprochar a sus compañeros que le detestasen y trataran de ponerle la zancadilla a la menor oportunidad. Delgado era un hijoputa que se metía donde nadie le llamaba y se lo merecía. Pero él nunca perdía su buen carácter. Cuanto más desagradables eran sus compañeros más simpático era él. Más amable. Atento. Solícito y encantador. Solo le faltaba comprar bombones a sus compañeros. Para endulzarles la vida. Y lo hacía. Al menor pretexto. Aprovechando que era el santo de la secretaria. Que se había celebrado la comunión del hijo de un auxiliar. No era extraño que le odiasen. Aunque en realidad a quien odiaban era a mí. Pero habría sido muy complicado explicárselo.

Entonces *eché un borrón*. Por pretender ser el mejor escribano.

Después de que Tizón me hiciese dudar de la seguridad de mi disfraz, acompañé una tarde a Alicia hasta Alicante y tras dejarla en el colegio donde daba sus clases me monté en el Alfa. Conduje de un tirón hasta Barcelona para ir a echarle un vistazo al futuro ático de Federico Bueno. Quería cerrar el trato con la agencia lo antes posible. Tal vez hubieran ya telefoneado al número de París que les había dejado como referencia y comprobado que nadie respondía. Cuando llegué a Barcelona la agencia ya estaba cerrada. Tuve que esperar al día siguiente. A las ocho en punto llamé a la oficina de Murcia para decir que estaba enfermo. A las nueve abrían la agencia. Vi el ático del Putxet. No perfecto pero suficiente. Pagué la fianza y tres meses de alquiler adelantado. En efectivo. El único problema es que aún no tenían el contrato preparado. Tenía que firmarlo también el propietario del inmueble. No importaba. Acabaríamos de formalizar los trámites a mi regreso. Esta vez de Roma. Federico Bueno viajaba sin parar. Casi le envidiaba. Yo atrapado en Murcia y él saltando de ciudad en ciudad por la vieja Europa. Aproveché que ya estaba allí para hacer unas compras pero al final de la mañana emprendí el camino de regreso. Al final de la tarde el Alfa estaba en un *parking* de Alicante y una hora y media después Alberto Delgado entraba en su casa de Murcia. Todo iba bien. ¿Todo iba bien?

Nada iba bien.

A la mañana siguiente cuando traspasé el marco desencajado donde se apoyaba la puerta de la oficina la tribu en pleno me estaba esperando. Con el hacha desenterrada y en alto. Murmullos y

sonrisas cómplices se sucedían a mi paso. La secretaria me comunicó la buena nueva.

—Señor Delgado el jefe quiere verle. Le está aguardando en su despacho.

Habían mandado al ordenanza a buscarme a mi casa el día anterior. Nadie me lo dijo. Lógico. Yo era el enemigo. Ver rodar mi cabeza habría sido un placer para todos ellos. Por fortuna me funcionaron los reflejos. Intuí que sucedía algo extraño y no entré a ver a Lolo. Aseguré que me encontraba mal y tenía hambre. Le vería cuando regresase de desayunar. Me tomó media hora llegar a mi restaurante predilecto. Y otra media regresar. Amén del tiempo que pasé comiendo y la inevitable lentitud de los camareros al servirme.

A mi regreso la expectación había subido de tono. No hice caso. Solo sonreí. Delgado sonrió. Preparado y buscando algún indicio que me permitiese adivinar lo sucedido. El ordenanza. Mirándome con aire entre cómplice y culpable. Era un buen hombre y también odiaba al jefe. Cuanto más pequeño es el salario más derecho tiene un subordinado de odiar a su jefe. Su mirada se hizo más clara y comprendí. Agradecí su claridad con un gesto. Ya estaba alertado.
El puño de Delgado golpeó la puerta del despacho del director.

—¡Pase!

Delgado entró y se sentó ante Lolo López con una alegre sonrisa iluminándole la cara.

—Se te va a quitar la sonrisa de la cara enseguida. No pienso consentir cierto tipo de actuaciones en esta oficina, no pienso consentirlas porque se empieza así y se acaba en Sodoma y Gomorra.

—¿Qué actuaciones?

—Sabes muy bien a qué me refiero. Ayer no estabas en casa. Mandé al ordenanza a buscarte, necesitábamos tu firma.

—No oiría la puerta.

—La secretaria acudió dos horas después y tampoco abrió nadie. Y la verdad es que no tienes cara de enfermo. Cosa que me extraña, porque con la vida que llevas deberías parecer un muerto viviente. Esto es un sitio pequeño y las noticias corren rápido. Te estás juntando con lo peor de la ciudad y entregándote a todo tipo de excesos.

—Eso es mi problema. Y sí que estaba enfermo. Pero ayer por la

mañana salí dos veces. Primero al médico y luego a comprar medicinas. Francamente no entiendo, señor López…

—¡Llámame Lolo! ¡Lolo! Creo que te lo he pedido suficientes veces como para no tener que recordártelo cada vez que hablamos.

—Claro: Lolo. Quería decir que no entiendo dónde quieres ir a parar. ¿Insinúas que no estaba malo? O lo que te preocupa es mi vida bohemia porque piensas que pueda afectar a mi estómago que, eso sí lo admito, desde que cogí amebas en Beirut se ha vuelto delicado.

—Alberto, me importa un rábano tu estómago. Y tu vida fuera del trabajo. Pero te estás equivocando. Tus compañeros están hartos de que metas las narices donde no te importa. Ya sé que en Beirut estuviste de encargado de negocios varios meses pero aquí mando yo y lo hago del modo que me parece más conveniente. ¿Está claro?

—Claro como el agua cristalina de un arroyo en las mañanas de verano, señor López.

Me sentía rabioso. Con ganas de darle un puñetazo o empujarle por la ventana. Conseguí dominarme. No podía permitirme el lujo de dejar de ser Delgado. *Delgado* —lo había escrito en clave la noche anterior en el nuevo cuaderno de tapas azules— *era lo único que en aquel momento yo tenía en el mundo*.

De repente y sin que en absoluto viniese a cuento Lolo le pegó una patada a su sillón. A su aerodinámico sillón con ruedas que salió despedido contra el armario. Un caro aunque feo armario de madera. La puerta del armario se desencajó y cayó al suelo. Me sorprendió. No era quien parecía ser. El hombre tímido y tranquilo. Durante un instante barajé la posibilidad de que también él fuese un farsante sustituyendo al auténtico Manuel López.

Lolo rescató el sillón del suelo mirándome con ojos furibundos.

—He decidido quitarte el complemento de productividad este mes, las perras se las repartirán tus compañeros. Así aprenderás a observar las reglas y quizá te sirva como motivo de reflexión sobre tu vida en general. Me caes bien, Alberto, pero no voy a permitir que te me subas a las barbas.

Fue humillante. Después de su inesperado arranque de furia no supe cómo reaccionar. Me temblaban las piernas como en mis peores tiempos en Beirut cuando regresé a la relativa seguridad de mi despacho.

VI

Tenía que regresar a Barcelona. Zanjar ya mi deuda con Alberto Delgado o decidir no zanjarla jamás. Era absurdo seguir demorándolo.

—Este fin de semana tengo que irme a Madrid.

Porque en Murcia ya existía alguien a quien Delgado debía dar explicaciones: Alicia.

—¿A Madrid? ¿Quieres que vaya contigo?

No quería. Desde luego que no quería. Pero no hacía falta explicárselo con tanta dureza a Alicia. Porque para eso estaba Eloísa. La querida Eloísa que vivía lejos de Barcelona y también de Murcia: en Madrid. Para eso la había inventado. Para que Alberto Delgado pudiese volver a ser solo un traje en mi armario cada vez que a mí me fuese necesario cambiar de vestuario.

—Voy a ver a mi novia, Ali. Ya sabes que salimos juntos hace años y jamás se ha portado mal conmigo. No quiero hacerle daño: es una buena chica. Mírala, es un ángel.

Saqué —y no era la primera vez que lo hacía con ella— una de las fotografías que llevaba en la cartera y se la mostré a Alicia. Seguro que el tipo a quien le había robado las fotos jamás había enseñado a nadie los retratos de su novia o esposa con tanto arrobo.

Alicia se conformó con un leve mohín de disgusto seguido de una sonrisa comprensiva. Sonrisa de amiga. Guardaba la artillería pesada para posibles futuros asaltos al fuerte en el que —pensaba— ahora Eloísa era reina. Alicia era una mujer lo bastante inteligente como para comprender que un prematuro exceso de presión solo conseguiría eliminarla del universo de Delgado. Y a ella le gustaba de verdad Delgado. Se empeñó en que al menos fuéramos juntos a la estación: ella salía hacia Alicante casi a la misma hora. Fingí acceder para en el último momento comunicarle que me llevaba un amigo en su coche. Aún quiso saber qué amigo.

—Un compañero de trabajo que va a ver a su madre.

En el futuro no dejaría el coche en Alicante para evitar la posibilidad de encontrarme allí con Alicia. Ya no me gustaba tanto que pasase su tiempo entre ambas ciudades. De hecho tampoco me gustaba ella tanto como el día que la conocí en el tren. La idea de buscar novias y amigos para Alberto Delgado había sido precipitada. Prematura. Mejor tomármelo con calma hasta que hubiese solucionado mi asunto en Barcelona. No me despedí de Tizón. Y tampoco me molesté en dar explicaciones en la oficina. Me limité a pedir un día por asuntos personales para solucionar un tema burocrático respecto a mi mudanza desde el Líbano. Mi querido jefe volvió a exhibir su vena paternal y junto al permiso firmado me puso una notita en la que me deseaba —¿sin segundas?— buen viaje.

Pasé la noche del miércoles ultimando detalles. Complementos para el personaje de Federico Bueno. Unos cuantos lienzos. Embalando la talla de madera. Planchando sus camisas llamativas y los pantalones acampanados. Me sentía pletórico de energía. Al terminar los preparativos cogí mi último cuaderno de tapas azules con intención de seguir la farsa del párrafo anterior y escribir algo lírico y romántico sobre Alicia. Al estilo de Delgado. Abrí el cuaderno y desencapuché la pluma. Inútilmente. No se me ocurría ni una palabra. No tenía nada que decir. La inspiración me había abandonado. Iba a cerrar la pluma cuando cambié de opinión.

Alicia está dejando de interesarme.

Eso estaba bien. Al cabo Delgado tampoco era ninguna hermanita de la caridad aunque por algún estúpido mecanismo de agradecimiento yo tendía a verlo así. O quizá era solo que intentaba convencerme de que éramos opuestos —antónimos— cuando lo más probable es que tuviésemos más de un punto en común. Cerré el cuaderno y entré en el cuarto donde no era Delgado. *El cuarto no*. Estuve haciendo gimnasia y levantando pesas hasta que amaneció.

A Alicante fui en taxi. Estaba gastando mucho dinero. De seguir a ese ritmo las cuentas de Delgado pronto estarían a cero. ¿Y qué haría entonces? ¿Robar un banco? Siempre he soñado robar un banco pero es jodidamente difícil. Hay que trabajar en equipo y a mí me gusta moverme solo. Pero la situación aún no era preocupante. Cuando se acabasen los fondos ya pensaría algo. Me

molesté en quitarme la peluca y cambiarme de camisa antes de coger el Alfa rojo. Por si alguien me veía o se había fijado en el coche. No había sido ningún golpe de inspiración alquilar un vehículo de color rojo. En Tarragona me detuve para repostar y realizar un par de llamadas.

La primera fue a la agencia inmobiliaria. Me pasaría por sus oficinas para finalizar los trámites en cuanto llegase a Barcelona. Necesitaba también que me buscasen una asistenta para limpiar el apartamento. Si iba a funcionar como una trampa la quería limpia y bien preparada. *Perfecto señor Bueno, esta misma tarde irá alguien a limpiar* y *le estaremos esperando hasta que llegue*.

Marqué otro número. El que me había dado Raquel —la amiga de Ana Camino— al final de nuestro breve encuentro tres semanas atrás. Saltó un contestador automático en el que se brindaba otro número. Lo marqué.

—Hola, ¿quién es?

Esta vez sí era la voz de Raquel. Somnolienta y difusa. Pero su voz al fin y al cabo y no un contestador automático.

—Hola, eee soy Federico, Federico Bueno.

—¿Quién?

Excelente comienzo.

—Federico Bueno. Nos conocimos en el Berlín hace un par de semanas.

—¿Dónde?

¿Y si la mandaba a paseo? Detesto perder el tiempo y aún me quedaban unos cien kilómetros de viaje. Respiré hondo. Paciencia. Paciencia. Paciencia.

—En el Berlín. En un bar que se llama Berlín. En el barrio de Santa María.

—Sí, conozco el bar, pero no recuerdo haber hablado con ningún… ¿cómo has dicho que te llamabas?

Advertí que se me estaban olvidando las «es». Aún no me había metido en el papel. Solo era un hombre sin nombre que conducía carretera adelante sin pensar en nada. Tenía que esforzarme, ser Bueno, Federico Bueno.

—Bueno, eee me llamo… eee… Federico Bueno. Estuvimos hablando hace quince días… eeee… más o menos. Eeee… soy pintor. Y quería pintar… eeee… tu retrato.

—¿Mi retrato?

Cuando por fin me reuniese con ella tendría que darle unos azotes en el culo. Jugaba conmigo. Y a mí me tocaba dejarla jugar.

—Sí, tu retrato… eeee… Hice un boceto en una ee servilleta. Llevabas un vestido blanco precioso y eee bragas rojas.

Se rio.

—Ah, Federico.

Me entusiasmé ante el alarde de excelente memoria.

—Síí, Feederico. Esta noche eestaré por ahí y había pensado que… eeee… podríamos cenar juntos. En el… eee… NetWork, por ejemplo.

El Network era uno de los restaurantes de moda. Decoración futurista y demás zarandajas. Salía con cierta frecuencia en las revistas de actualidad.

—Esta noche no puedo, tengo un compromiso y no puedo romperlo. Si quieres mañana…

—Vale, ya buscaré a alguien para hoy. Eeeee… ¿quedamos a alguna hora?

—Pues no sé, mejor me llamas. Mañana había quedado en ver a un amigo que acaba de volver de Colombia y a lo mejor me pasa un poco de coca.

—Olvídate de tu amigo. Yo te conseguiré coca. Toda la… eeee… que quieras.

Volvió a reír. Coqueta. La imaginé acariciándose la rizada melena. Rozando el auricular con sus labios acolchados y sangrientos. Tras intercambiar todavía media docena de frases estúpidas quedamos en vernos el día siguiente en el Network a las diez y media.

—Hasta mañana, Raquel.

—Hasta mañana Fe eee derico.

Qué chica tan graciosa. Imitando el defecto al hablar de Federico Bueno. Je.

El ático tenía una vista magnífica. La ciudad entera a mis pies. Pero mi ánimo no era el más adecuado para disfrutar de las vistas. Había aparcado sobre un paso de cebra en el paseo de Gracia cuando fui a firmar el contrato definitivo con la agencia y recibir una segunda copia de las llaves. Al salir me encontré con que un policía estaba a punto de multar el Alfa. Conseguí evitar la multa pero no la

humillación. El planeta entero parecía haberse confabulado para hacerme perder la confianza en mí mismo —cualquiera que fuese mi papel— en los últimos días. Primero Lolo. Ahora el policía. Hice amago de darle dinero pero no lo cogió. Me perdonó sin más. Desde su absoluta autoridad. *Ande, váyase y otra vez fíjese dónde estaciona su vehículo*. Le odié. Por verme obligado a estarle agradecido. Le odié y me sentí viejo. Prematuramente acabado. Sin fuerzas.

Pero había que seguir. Siempre hay que seguir mientras no estás muerto. Intenté animarme inspeccionando el apartamento. Impecable. La asistenta había hecho la cama —sábanas limpias y recién planchadas— y dejado comida en la nevera. Había una nota en la cocina con el importe de la cuenta del supermercado y su teléfono por si necesitaba cualquier cosa. Sin duda acababa de irse. Aún podía sentir su presencia en el aire.

Era demasiado temprano para acostarme. Demasiado temprano pero nada tenía que hacer en la ciudad. Supongo que igual que Delgado en su primera noche en Pedralbes. Solo y sin rumbo. Deshice la maleta y salí. No sé por qué entré en el cine. *The Falcon and the Snowman*. Llevaba años sin entrar en un cine. ¿El mismo dios travieso que hizo que me encontrase a Delgado en Beirut? La película trataba de un funcionario de la CIA que vendía información secreta al mejor postor. Sean Penn se encargaba de dar vida al personaje. Un hombre joven que se perdía y perdía en el abismo del dinero fácil y el incumplimiento de sus obligaciones. Me recordó a Delgado. Me hizo pensar en Delgado que se perdió y perdió tanto en su trabajo como en la vida durante su larga estancia en Barcelona. Al salir fui en taxi hasta el *Drugstore* y compré el disco con la banda sonora. El tema central era una canción del grupo de Pat Metheny interpretada por Bowie: *This is not America*. En mis tiempos había despreciado a Bowie. Un hipócrita. Coqueteaba con el riesgo pero sin implicarse. A diferencia de lo que hacíamos nosotros. Syd Vicious era auténtico. Yo era auténtico. Bowie no. Pero esa noche me reconcilié con él. Como en el ático no había ningún tocadiscos tuve que limitarme a mirar la funda y tararear yo mismo la canción. *This is not America*. Ningún sitio es la América que nos querían vender cuando éramos cachorros. A Delgado le había costado aceptarlo. A mí también.

La noche siguiente llegué tarde a la cita con Raquel. Tarde y con la camisa rasgada. Las espectaculares camisas de Federico Bueno. Conseguir la cocaína prometida resultó más complicado de lo previsto. Bajé al Chino y me encontré con una navaja antes que con el alcaloide blanco. Su hoja no llegó a rozar mi piel pero sí alcanzó a cortar la camisa nueva. Mi disfraz de ingenuo imbécil funcionaba: lo probaba el hecho de que hubiesen intentado robarme la cartera esgrimiendo una navajita. Al final conseguí la coca. Y le rompí la mandíbula al tipo que había pretendido robarme. Lo sentí por la camisa recién estrenada. Seda roja con grandes flores azules. Inolvidable.

Raquel estaba esperándome en la puerta. No parecía de buen humor.

—Ya me iba a ir.

Lucía un vestido corto de lamé color plata muy escotado. Zapatos de aguja plateados. Preciosos.

—Eee estás divina. ¿Por qué no has entrado?

—No tenían ninguna mesa reservada a tu nombre.

Un fallo. Lo solucioné con un billetito. A Raquel le gustó el detalle. Y al sentarse frente a mí me enseñó un poco más los pechos para demostrármelo. Yo se lo agradecí exagerando aún más mis *eeesss* mientras alababa su belleza. Ella sonreía. Federico Bueno también. Formábamos una hermosa pareja. De a tres.

Hasta que llegó el segundo plato dediqué toda mi energía a alimentar su ego. *Ante su belleza irresistible se me quitaba el apetito* —la ensalada estaba aliñada con una salsa repugnante— *y me flaqueaban las piernas*. Pero cuando llegaron el salmón rosa a las finas hierbas y el solomillo al enebro comencé a empujar la conversación hacia mi terreno.

—Pues sí eee… estoy en Barcelona buscando tipos… eeee… peculiares, raros… eee… ¡diferentes! Quiero hacer una *suite satánica* con brujas, hombres chivo y eee elementos de aquelarre. Si conoces a alguien…

Raquel no cayó. No imaginó que yo trataba de referirme a su amiga Ana. Se limitó a sonreír con sus grandes dientes blancos. Yo también sonreí ampliamente. Tan estúpido y confiado como durante mi paseo por el Chino. En el restaurante nadie iba a sacar una navaja para robarme: les bastaba utilizar el papel de la cuenta.

Comí con apetito a pesar de que mi solomillo estaba pasado de punto mientras ella me hablaba de una película de terror —o de amor— que había visto diez veces. Yo movía la cabeza y masticaba. Sin escucharla. Cuando terminé la carne y ella tuvo que concentrarse en su salmón rosa reanudé el ataque.

—Precisamente el otro día… eee… en el bar donde te conocí…

—Berlín.

—Eso, en el Berlín. Eeee… vi contigo a una mujer que me podría eee venir muy bien para la *suite*.

—Pero ¿qué es eso de la *suite*, un cuarto de hotel?

Reí tontamente.

—Una… eeee… serie de cuadros con… eeel mismo motivo.

—Ah. ¿Y dices que una mujer estaba conmigo? No me suelo acordar de los detalles, lo siento.

—Da igual. Eee… una chica alta con el pelo corto. Y… eeee… ojos muy grandes.

Negó con la cabeza.

—Y una verruga aquí, encima del labio.

—Ana, mi amiga Ana. No me digas que quieres pintarla a ella. Pensaba que me ibas a retratar a mí.

El pez había mordido el anzuelo y ahora se balanceaba en el aire. Acérquense *ladies and gentlemen*. Miren el triste espectáculo. La sirena en las redes del pescador moviendo su gran cola.

—También… eee… también quiero pintarte a ti… eee… bueno… eeee… quiero decir que a quien realmente quiero retratar es a ti, pero a ella, a ella… eeee… me parecería interesante utilizarla para mi serie. Neeecesitaré de varias modelos.

—Si no me pierdes de vista esta noche hay muchas posibilidades de que nos la encontremos. Solemos ir por los mismos sitios.

Abrí la boca como un tonto satisfecho.

—Qué magnífico… eeee… estupendo. Brindemos por ello.

Entrechocamos nuestros vasos de vino. Innecesario insistir más. Ahora solo había que devolver el pequeño pez al agua y darle sedal. Hasta que el pez grande que yo buscaba se lo comiese de un bocado y llegase el momento de recoger el carrete entero.

El siguiente paso fue llevar a Raquel a mi casa so pretexto de que me había dejado la nieve en otra camisa. Quería que le echase un vistazo a mi bonita trampa. Y ver si le impresionaba. No puso

objeciones. *Vale, y así podrás cambiarte de camisa. No sé si te has dado cuenta de que esa que llevas está rota*. Una chica observadora. Premio para la señorita. Le preparé una gruesa raya de diez centímetros de largo mientras ella inspeccionaba el apartamento. De vez en cuando me llagaba a los oídos un *aah* o un *ooh* aprobatorios. Mi trampa-red estaba logrando impresionar favorablemente a la pequeña sirena.

—¿Has pintado tú esto?

Llevaba en las manos una marina.

—Claro. Eeee… no es una obra maestra, pero creo que… eee… no está mal. Es del año pasado.

La tela era de un artista aficionado a quien no le había importado venderme unas cuantas obras sin firmar. Era la primera vez que alguien le pagaba por sus cuadros. Y probablemente también sería la última.

—Pero aquí no hay ningún retrato.

—Ya es que… eee… los retratos los suelo vender, o… eee… regalar. Toma.

Le ofrecí un rulo señalando la funda de la banda sonora de *The Falcon and The Snowman* sobre la que había preparado las líneas.

Se olvidó de la pintura al instante.

—¿Cuánto has comprado?

—Suficiente, eee espero.

—¿Salimos o nos quedamos aquí?

—Salgamos. Aquí no hay música.

Nuestro destino final era una disco. Pero primero había que «hacer la ruta». Saludar a amigos e invitarlos a una línea por cortesía del más o menos bien parecido y encantadoramente derrochador Federico Bueno.

Cuando llegamos a la disco me encontré con una sorpresa. Debajo del cartel con el nombre —Bikini— había un gordo con ínfulas de gorila que pretendía le enseñase mi carnet. Porque para entrar hacía falta un carnet. Un clásico en Barcelona. Excelente costumbre para fomentar el turismo y ganar fama de ciudad hospitalaria. Por supuesto yo no tenía ningún carnet. Raquel sí. Un carnet universal llamado *grandes tetas que estoy dispuesto a enseñarte, gordo*. El carnet también servía para el acompañante de las tetas. Sonreí con aire mongólico al eficiente portero y entré

agarrado a los carrillos del culo de Raquel que rio mi gracia moviendo exageradamente las caderas mientras me abría camino.
La discoteca se descomponía en tres salas y un minigolf. Pegado al culo de Raquel pasamos la primera sala sin detenernos y entramos en la segunda. *Salsa*. Música brasileña. Merengue. Etcétera. Las canciones no sonaban a tanto volumen como en la primera sala. Y el público no era de quinceañeros sino de hombres de cincuenta y *chicas de cuarenta*.

Allí estaba Ana. *La Bruja*. Bailaba sola. Moviéndose exageradamente aunque sin gracia alguna. Recordé mi fantasía cuando regresaba en el tren de mi primer viaje a Barcelona. Mi asesinato imaginario. Todo era igual. El ruido y la música. Las luces. La gente. La forma de bailar de mi víctima. Todo. Pero yo no llevaba ningún arma con silenciador bajo la camisa negra con estrellas doradas —también nueva— que me había puesto en casa para sustituir la rasgada.

Raquel se dirigió a la pista de baile. La seguí.

—¡Federico, te presento a Ana, la musa que estabas buscando!

Ambos nos limitamos a saludarnos sin parar de bailar.

Tras un cuarto de hora fingiendo que estábamos interesados en mover los brazos de un lado a otro nos dirigimos a una mesa. Allí me esperaban más amigos y amigas de mi anfitriona. Más manos que chocar. Una de ellas pertenecía al novio de Raquel. Así se presentó. *Soy el novio de Raquel*. Ella le miró con soma y luego me hizo un guiño indicando que al novio le podían devorar los perros si tenían hambre pero que su pequeña nariz gris necesitaba otra pista de esquí para seguir sonriéndome. Hice un gesto de disculpa. Tendría que esperar. Ana Camino acababa de sentarse a mi lado.

—Perdona, pero con el ruido antes no me he enterado de cómo te llamabas.

Una chica educada y amable.

—Feeee… derico. Federico Bueno.

—Encantada. Soy Ana.

Nos rozamos las mejillas. Apenas habíamos intercambiado media docena de frases cuando apareció Raquel y me abrazó por la espalda. Sentí el suave calor de sus senos en mi nuca afeitada.

—¿Qué te parece si invitamos a mi amiga a una rayita de esa coca tan buena que llevas?

—Claro… eeee… claro que sí. Eee… nseguida.

—No, espera aquí no. Vamos al servicio, que es más discreto.

Al servicio se le podía definir con cualquier palabra excepto discreto. Entramos en el de señoras. Animadísimo. Rayas por doquier y hasta una pareja follando sin preocuparse de controlar sus gemidos. Camino y Raquel parecían estar allí como en casa. Mientras la segunda abría la bolsita con la cocaína y buscaba dónde dibujar las autopistas Ana aprovechó para orinar delante de los dos. Dejé que mis ojos repasasen la línea vertical de su sexo depilado. Ella separó un poco más las piernas. No le molestaba mi mirada.

Tras meterme con mi característica torpeza —se fue al suelo más de la mitad— una línea del infecto polvo que me habían vendido como la mejor mercancía de la ciudad llegada directamente desde Colombia les dije que prefería esperarlas fuera.

—Aquí hace demasiado calor para mí.

Quería darles oportunidad de charlar a solas.

Es un primo recién caído del guindo. Maneja en abundancia y le gusta gastárselo. Quiere hacerme un retrato y le he convencido para que te pinte a ti también. Prepara una suite *de no sé qué. Y acaba de alquilar un ático de puta madre en el Putxet.*

Seguro que Raquel le contó eso o algo muy parecido a Camino en cuanto las dejé solas. Mientras las esperaba volví a ocupar una butaca entre sus amigos. Respondiendo a sus preguntas con mi sonrisa de pájaro bobo. El primer paso estaba dado. Federico Bueno ya conocía oficialmente a Ana Camino. Una mujer interesante. Recordé lo que había escrito Delgado en su cuaderno después de conocerla.

Me inspira piedad: es fea y tiene aspecto de haber sufrido. Creo que debe de hacer mucho tiempo que no recibe amor, auténtico amor, de nadie. Me da pena, no puedo evitarlo. Me gustaría demostrarle que hasta el ser más ínfimo de la tierra es digno de amor.

No podía estar más en desacuerdo con Delgado. Ana Camino no era fea. Tampoco una belleza. Pero era pura energía. Una fuerza de la naturaleza. Que quizá resultase peligrosa si se bajaba con ella la guardia demasiado deprisa como lo hizo el ingenuo Delgado. Y parecía que el aún más ingenuo Federico Bueno iba a seguir sus errados pasos.

Las dos amigas reaparecieron —todo sonrisas y creciente baile

de mandíbulas— al cabo de unos minutos. El novio de Raquel me miró angustiado cuando ella se sentó sobre mis rodillas. Ignoré su mirada suplicante. Raquel no era mi objetivo. Si su novio no era capaz de comprenderlo peor para él.

Ana Camino volvió a acomodarse junto a mí y me guiñó un ojo con intención mientras Raquel hacía bailar sus nalgas sobre mi glande dormido. Estaba seguro de que mi plan había funcionado y Raquel le había puesto al corriente de que Federico Bueno podía ser una pequeña mina. Raquel y Ana eran como esas parejas de chico feo y chica guapa que hacen autoestop dejando que el conductor solo vea al chico una vez que ha detenido el coche. Un buen equipo. Era obvio que Raquel era la chica y Ana el fardo escondido. Enseguida se quiso desembarazar de su amiga para quedarse a solas conmigo.

—Deja de mover el culo así sobre el pobre Federico que le vas a poner nervioso y vete a mimar un poco a tu novio, anda.

Raquel obedeció después de plantar sus labios neumáticos y rojísimos sobre los míos. Apenas habían transcurrido diez minutos cuando Ana me propuso que nos fuésemos. Demasiado ruido. Imposible conversar. Acepté. Pero antes le regalé a Raquel la coca que restaba en la bolsita. Era evidente que a Camino también le gustaba empolvarse la nariz y quise ver cómo reaccionaba.

Tras dejar la bolsita entre los dedos de Raquel metí mis manos en el escote y saqué al aire sus dos pechos.

—Qué ganas tengo de pintar estas maravillas.

El novio puso una cara muy graciosa. Como si le fuese a dar un síncope. Camino tampoco parecía feliz.

En cuanto cruzamos la puerta Ana Camino me recriminó mi excesiva generosidad.

—¿Y ahora nosotros, qué?

Le enseñé otra bolsita. Oh, qué fácil es hacer magia. Trocar un rostro furibundo en uno esperanzadamente avaricioso.

—¿Te gustan los cócteles? ¿Conoces Boadas?

Le permití llevarme a Boadas. Desplegaba su tela de araña de gran conocedora de la ciudad. Como había hecho con Delgado años atrás. Naturalmente la dejé hacer. Fingiéndome sorprendido y encantado. Mis pequeños ojos brillando de felicidad tras las gafas de metal no graduadas.

—¿Me pasas la bolsa para que me meta un tirito?

Acabábamos de pedir nuestros cócteles. Yo un destornillador y ella un *bloody*.

—Todavía no me apetece meterme nada.

—A mí sí.

Primer *round*. Si le daba la bolsa quedaría como un blandito fácilmente manejable. Se la di. Me encanta que me tomen por un blandito fácilmente manejable.

Cuando regresó del servicio ya estaban nuestras copas sobre la mesa. Propuso un brindis. *No tan deprisa*. Se olvidaba devolverme el alcaloide de supuesto origen colombiano.

—Ah, sí.

Faltaba más de la mitad del contenido de la bolsita. Su boca se acercó a la mía para que me olvidase de comprobar la cantidad. Era excesivo. No me apetecía besarla. Enseguida comprendió —era rápida— y sustituyó el beso por una caricia que se detuvo un milímetro antes de alcanzar mi polla relajada y tranquila. La noche estaba yendo algo acelerada. Habría que domarla. Aplicar un poco de hielo para que la temperatura bajara.

Me puse a hablar de mis cuadros. Mi pasión por el arte. A ella también le gustaba el arte. De hecho cuando era niña pintaba y hasta había expuesto un par de veces. También había sido modelo. Actriz. Conocía a todo el mundo en la ciudad. Directores de cine, escritores, pintores y hasta payasos profesionales. Pero aún no había llegado el momento de que el tema de nuestra conversación fuese ella y solo ella. Todavía no. Lo primero era sonsacarme. ¿De qué vivía? ¿Por qué estaba ahí? ¿Conocía gente? ¿Dónde estaba mi familia? Mientras desgranaba mis elaboradas mentiras pensé en el imbécil de Delgado. Seguro que pasó por el mismo interrogatorio sin enterarse siquiera.

No quise beber un segundo combinado.

—¿Y ahora?

—¿Has estado ya en el Otto?

No. Federico Bueno nunca había estado en el Otto.

—¿Encontraremos allí a Raquel?

—No te preocupes por Raquel, andará con el calzonazos de su novio. No les necesitamos para nada.

—A mí Raquel me parece genial.

Desaprobó mi comentario con un mohín despectivo. A continuación —aprovechando que la ciudad pasaba por las ventanillas del taxi— decidió que yo necesitaba información turística. Este edificio lo construyó tal en el año cual. El alcalde nosecuantos quitó los árboles pero su sucesor los repuso. Tonterías así. Yo asentía sin escuchar. La mente en blanco. Dejándome llevar.

El exterior de la discoteca era un hormiguero. También allí hacía falta un carnet para entrar. Me pregunté cómo atravesaría Camino la barrera de *armarios* vestidos de negro. Tal vez tuviese un carnet.

No lo tenía. Tampoco el magnífico par de tetas de Raquel. Ella tenía poco que enseñar y los porteros no tenían ningún interés en ver ese poco. La hicieron a un lado sin más. Ella insistió. Era luchadora. *Ciega y valiente, la vida te ha estafado*, como reza una canción. Esfuerzo inútil. La puerta estaba cerrada para ella. Una rubia y su chico pasaron bendecidos por las sonrisas de los porteros. Camino empezó a vociferar amenazante. A los *gorilas-armario* no les impresionaron sus gritos de protesta. Quizá se habrían sentido más sensibles si alguien les hubiera pasado un par de billetes. Cualquiera. Yo mismo. Ana Camino buscó un instante mi ayuda. No hice nada. Tenía encanto ver cómo se estrellaba contra el muro.

—Vámonos. ¡Se van a enterar estos gilipollas!

Estuvo despotricando un buen rato. Aparentemente convencida de que era la hija predilecta de algún dios que destruiría el mundo para vengarla. A todos nos gustaría ser hijos de ese dios. Ninguno lo somos. En general solo podemos contar con lo que hacemos nosotros mismos. ¿Y si le pegaba un empujón y la mandaba debajo de un coche? Así acabaría de una vez y cumpliría mi promesa. O no. Los accidentes urbanos rara vez resultan mortales.

De repente se calmó.

—Oye, ¿te queda algo de coca?

—Eeee… no, no me queda. Me hee metido lo que quedaba antes de salir de ee la coctelería.

—¿Toda?

—Me eee gustan las líneas grandes.

—Pues vayamos a por un poco más, ¿te parece? Una línea, un *whisky* y que le den por culo al mundo.

Esto último lo dijo en plan gracioso. Refugiándose contra mí. Buscando el consuelo de mi cuerpo. La abracé. Soy Federico Bueno.

Soy un buen chico.

—Estás fuerte. No lo parece a primera vista.

La miré como si hubiese conseguido cautivar mi alma con su piropo.

—Eee vayamos a por nuevas pistas.

Otro taxi. Antes de que se pusiera a recitarme la lista de los reyes godos que habían pasado por su bella ciudad saqué el tema de la *suite* que quería pintar.

Tema acertado. Enseguida se interesó. Por la ropa que debía llevar puesta. Algo sofisticado. ¿Transparente? ¿Tendría que ir primero a la peluquería? Sin duda yo querría un peinado especial. La dejé cacarear. Antes de explicarle que no tenía mucha importancia la ropa o el peinado. Lo mío era un figurativismo abstracto.

—Ah, figurativismo abstracto.

Genial que supiese lo que era. En eso me sacaba ventaja. Jamás he sabido lo que es el figurativismo abstracto.

El coche nos dejó en el barrio de Santa María. Entramos en un bar. El mismo en el que yo había encontrado a Raquel y luego a ella misma. Berlín. Ella pidió *whisky*. Cuando fueron a servirle rechazó la botella.

—No, de ese no, quiero del mejor, del de veintiún años.

Me hizo otro guiño. Yo respondí con el mismo gesto. Más torpe. Como si no me diese cuenta de que la exquisitez de su paladar dependía única y exclusivamente de que pagase yo.

—¿Cuánto perico ligamos?

—No sé, tú sabrás… eeee… el que quieras. ¿Tienes dinero? —pregunté. Sin sonreír. Endureciéndome un instante. Apretándola. Haciéndole pasar por el aro. Por la humillación de confesarme que no. Ni un billete pequeño. Menos mal que yo era rico.

—Un gramo aquí son dieciséis.

Lo dijo mirándome con cara de novicia pidiendo a un fiel una propina para reconstruir el maltrecho convento donde está enclaustrada.

Mantuve los labios cerrados. Que hablase ella. No tenía ningún interés en ponérselo fácil.

—Pero como yo conozco a la gente seguro que con ocho me apañaría. El camello siempre me está tirando los tejos, ¿sabes?

Come en mi mano.

Seguro que comía en su mano. Le di diez mil. Para ver cómo se iluminaba su mirada gastada. Un segundo de felicidad para el enemigo.

Volvió al cabo de un rato. Con un macarra a modo de bufanda colgado tras ella.

—Mira.

Abrí la papelina que me tendía. Poco más de un cuarto. Probablemente lo que había cogido de mi bolsa en Boadas. Podría haberse molestado en rascar un poco de yeso de la pared para completar la cantidad.

—¿Invitamos a mi amigo?

Un juego clásico que Ana Camino había practicado con Delgado hasta volverle loco de celos. Restregarse contra otro mientras él le pagaba las copas y los vicios. Había escrito mucho sobre ello en sus cuadernos.

—No.

—¿No?

—No.

El macarra hizo un gesto. Hacia adelante. Gallito peleón. Pero le miré. Le miré sin máscaras ni tonterías. Dejándole bien claro que no iba a perder *mi joie de vivre* si me obligaba a machacarle la cabeza. Era un chico listo y comprendió enseguida.

—Bueno Ana, ya nos veremos luego.

Fui yo quien se encargó esta vez de preparar las rayas. Vacié el contenido de la bolsa y lo dividí en dos. Camino se enchufó la primera. Yo apenas una punta de la segunda y le cedí el resto. Quería ver a la Bruja de Delgado contenta: a ver hasta qué altura era capaz de elevarse sobre su escoba mágica.

Veinte minutos más tarde estábamos en el interior de otro taxi. Camino se había quitado los pantalones al salir del bar. Llevaba una camiseta lo bastante larga como para que pareciese un vestido corto. Nada más sentamos se remangó la camiseta hasta la cintura. Lo hizo con toda naturalidad. Como si estuviese enseñando apenas las rodillas. Y no las bragas. Cualquiera en mi situación se habría empezado a poner nervioso. Yo no. Aunque fingí estarlo. Un poco. Al menos un poco.

—Te voy a enseñar el auténtico Barcelona la *nuit*. ¡Chófer!,

llévenos hacia el Nou Camp y una vez allí ya le indicaré.

El taxi era un modelo antiatracos. El asiento del conductor estaba totalmente separado del nuestro. Aunque podía vemos a través de un grueso acetato más o menos transparente. Pero eso no pareció importar a Camino. En absoluto. Separó las piernas y pasó el dedo índice por el punto medio. Su escoba volaba alto. Que siguiese subiendo.

—¿Me eee prestas tu ee espejo?

Con la gracilidad de un ilusionista saqué otra bolsita del bolsillo con cremallera de la camisa y sin el menor cuidado desparramé su contenido sobre el círculo brillante.

—Ah, qué alucine. ¿Tenías más? Pero ¡qué listo eres!

—Yo siempre tengo más. De todo.

Me miró fascinada. ¿Habría encontrado por fin la dulce princesa al príncipe de sus sueños?

—Dale tú, yo no eee necesito más. Voy bien.

Le dio. Hasta el fondo. Y luego bajó la mano derecha al centro de su depilado universo. Las pequeñas bragas de encaje comenzaron a mojarse ostensiblemente. El taxista había movido el retrovisor para vernos mejor. Pero si la Bruja no le hacía caso el Brujo tampoco.

—Así que quieres pintarme. ¿Cómo estoy ahora? Te pongo, ¿eh? ¿Me encuentras guapa?

Vanidad de vanidad. Todo es vanidad.

—Pues… eeee… exactamente guapa… yo más bien creo que tienes algo especial, una… eee… especie de fuerza magnética. Hay en ti algo de animal, algo… eee… que no me siento capaz de describir con palabras, y por eso mismo quiero pintarte, para… eeee… intentar expresarlo en el lienzo.

—Acaricíame. Haz lo que quieras conmigo.

Cogió mi mano y la colocó sobre su sexo. Su braguita de encaje negro mojada.

No me sentía con ánimos de trabajar.

—Mejor sigue haciéndotelo tú. A mí me gusta verlo.

—Hemos llegado, señores.

La voz del taxista nos llegó desde el otro lado del plástico de seguridad. Cavernosa. Con resonancias extrañas. Camino se rio. Mirándome. Antes de adelantarse para hablar en el interfono.

—Dé vueltas muy despacio, hasta que le digamos que pare. Queremos ver a las putas y a los travestís. Y queremos verles bien. Así que… ¡despacito!

En eso constituía el espectáculo. El Barcelona la *nuit* que Camino me quería mostrar. En un montón de zorras y travestidos puestos en fila. Haciendo su *show*. Verdaderas y falsas mujeres desnudas o semidesnudas en mitad de la calle.

Las prostitutas me parecieron en su mayoría inofensivas. Yonquis que apenas se tenían en pie. Había excepciones. Incluso alguna podría haber pasado por modelo. Muy pocas.

—Elige una.

Era imposible separar más las piernas. Las de Camino ocupaban todo el asiento pasando sobre las mías mientras su mano derecha seguía moviéndose a ritmo constante bajo el triángulo de tela negro mojado. Con la izquierda trataba de buscar mi complicidad. Sin conseguirlo.

Yo no estaba excitado. Sí divertido. Desde luego el juego tenía cierta gracia. Era descarado y sucio. Ya empezaba a comprender cómo había sido capaz de retener a Delgado tanto tiempo. No tenía un cuerpo seductor ni una cara de muñeca. Pero sabía hacer lo necesario para despertar sueños oscuros en un hombre.

—¿Qué te parece aquella?

—¿… Eeee… la rubia?

—Sí, esa jovencita del liguero negro. Tiene un buen par de tetas, ¿no crees?

Intentó besarme. Aparté la cara.

—Las putas nunca besan a sus clientes en la boca.

Me miró raro. Yo solté una carcajada y torcí la boca hacia la izquierda. No pensaba permitir que me manejara. Que manipulara mis sueños. Porque mis sueños ocultos no tenían nada que ver con putas en la calle mientras una chica se masturbaba a mi lado.

No se rindió. Camino la luchadora. *Ciega y valiente*. Se bajó las bragas hasta las rodillas. Mostrando su sexo abierto. Dispuesta a doblar la apuesta.

—¿Y los clientes? ¿Besan a sus putas en el coño?

El taxista se esforzaba en fijar el cuadro. Incluso se atrevió a volver la cabeza. A través del retrovisor. Me daba igual. Por mí podía hacerle una exploración ginecológica completa a Ana

Camino.

—Chúpame. O méteme un dedo. Solo un dedo, por favor.

En ese momento tuve una inspiración. Atravesábamos la zona de los *traves*. Los había a docenas. A algunos era imposible diferenciarlos de una mujer. Otros solo eran —evidentemente— hombres disfrazados. El aspecto de estos últimos era ridículo. Pero los primeros siempre son un enigma. El taxista por iniciativa propia se detuvo ante uno altísimo. Una. Dos angelicales tetas de perfección diabólica. Resaltadas por un sujetador de aros dorados que dejaba al descubierto los pezones marrones y enormes.

—Baja la ventanilla, que entre el fresco.

Camino me miró dubitativa.

—¿Para qué?

—¿No querías que te metiesen un dedo? Esa chica tiene muchos: once.

Camino tuvo un orgasmo. Tuve que pasar el brazo sobre ella para bajar yo mismo la ventanilla y llamar al *trave*.

—Ven aquí, belleza.

Le tendí un billete a través de la ventanilla.

Camino tuvo su segundo orgasmo. El taxista ya se había vuelto por completo. Quizá esperaba que le invitásemos a la fiesta. No por el momento.

—Entra y métele a mi mamá un dedito en el coño. Si es que consigues que aparte la mano.

La *trave* se rio y puso cara de chica muy mala. Seguro que no era la primera vez que le pedían algo así.

—¿Y si le meto la mano entera? ¿Le cabrá a tu mamá?

Camino volvió a correrse. El taxista también parecía estar completamente a tono. No hacía falta ser Nostradamus para saber lo que estaba haciendo al otro lado del parapeto de metacrilato.

Yo por mi parte me mantenía frío. Más *traves* se habían ido acercando hasta el taxi. Decían guarradas. Pedían dinero. Ellos también querían jugar. Me fijé en sus caras fronterizas y extrañas. Hasta que me detuve en una. De hombre. Nada de operaciones ni siliconas. Un hombre con ropa interior y los labios pintados bajo las enormes pestañas postizas. Me recordó a alguien. ¿A quién? ¡¿A quién?!

—¿No quieres darle unas chupaditas?

Ana Camino se empeñaba en seguir siendo la reina de la vanguardia. Más osada que cualquiera. Había cogido al *trave* por las caderas y sacado su polla de la braguita de encaje. La chupaba desafiante. *Soy más valiente y dura que tú*. Ya veríamos. El travestí que me recordaba a alguien se acercó a mi ventanilla y me quedé mirándole boquiabierto. Ya sabía a quién me recordaba. Pero no. Era imposible. Aunque bien pensado: no hay nada imposible. ¿Y si realmente era él? Tenía que actuar sin dilaciones. Comprobarlo y conseguir pruebas. Pero primero era preferible librarme de Ana Camino. Saqué la cartera. Dinero para todos. Fiesta. *Esta noche gran orgía*. Paga el Brujo. Paga Federico Bueno.

—Bájate del coche. Y dame la camiseta.

—¿Cómo?

—Quiero verte desnuda y cómo te follan en la calle. A ver cuántas tetas y cuántas pollas eres capaz de comerte y meterte dentro.

Se asustó la pequeña Ana Camino. Habíamos traspasado sus límites. Todos los tienen. Los tenemos. Yo antes no. Antes de dejar ahogarse a mi mejor amigo en el Támesis no. Y aquella noche tampoco. Ya nada puede asustarte después de muerto.

—Bájate.

—No.

La empujé fuera del coche tras morderle con pretendido deseo un pezón mientras le arrancaba la camiseta. Se habría caído al suelo si no la hubiesen sujetado nuestros compañeros en la verbena del sexo.

—Por delante y por detrás. Y por la boca. En el suelo.

Se había formado una caravana impresionante detrás de nosotros. Todo el mundo quería mirar. Quizá algún conductor hasta se bajase del coche.

—Arranque, nos vamos.

—Pero la señora…

—Luego volveremos a por ella.

Si el *trave* era quien yo pensaba era urgente que consiguiese una cámara.

—Vamos al *drugstore*.

—Oiga, yo…

—No, soy yo quien decide. Yo quien corre con todos los gastos.

Al *Drugstore*. Y sin respetar los semáforos. Si le ponen una multa le daré el doble del importe de la infracción.

El *drugstore* del paseo de Gracia. Multitud de tiendecitas en su interior. La mayor parte exhibían el cartel de cerrado. No la que yo buscaba. La que yo buscaba estaba abierta y bien abierta. Atendida por un joven con aspecto más bien lerdo.

—Quiero una cámara de fotos.

Empezó con las preguntas. Normal o réflex. Autofocus o manual. Con *winder* o sin *winder*. Señalé una.

—¡Esa!

—¿Esa? Buena elección, es un excelente modelo de la casa Olympus que se lleva mucha gente y…

—¿Le funciona el *flash*?

—Pues claro que funciona, ¿por quién nos ha tomado? Somos una casa muy seria que…

—Dame dos carretes.

—¿Cómo?

—Que me des dos carretes. De color. Tengo prisa.

—El caballero tiene prisa, el caballero tiene prisa. Muy bien ¿y de qué marca quiere los carretes?

—De cualquiera.

—¿Kodak?

—Bien.

Se los quité de las manos. Ya tenía la cámara abierta sobre el mostrador. Coloqué un carrete. La cerré. Disparé una foto.

—Eh, ¿qué hace?

—No funciona el *flash*.

—Pues claro que no funciona el *flash*, hay que ponerle una pila primero. Aguarde una «mica».

Abrió un cajón. Y se tomó su tiempo. Al fin salieron sus manos a la luz. Con una pila entre los dedos.

—Ya está. Pruebe ahora, caballero, ya verá cómo la calidad de…

Los destellos contra sus ojos no le dejaron acabar. Disparé media docena de veces. Apuntándole a él. Quería saber qué tiempo necesitaba el *flash* para recargarse entre disparo y disparo. Poco más de un segundo. Satisfactorio.

—Me la llevo.

Para su tranquilidad di orden al taxista de regresar en busca de la

señora. Debió de pensar que era a ella a quien quería fotografiar. Y que si me hacía una rebaja en el precio de la carrera le mandaría copias por correo de la fiesta.

Pero ya no había fiesta cuando llegamos. Quizá habíamos tardado demasiado. Camino estaba sola. Medio escondida entre los árboles. Tapándose las pequeñas tetas y el coño con las manos. Su rostro era el de un animal acorralado: dispuesto a morder a cualquiera que se acercase demasiado. ¿Se habría escapado ella o los *traves* habrían pensado que no tenía derecho a más diversión por lo que les habíamos pagado? Camino corrió hacia el taxi en cuanto lo identificó. Menos furiosa que agradecida.

—¿Ha ido bien?

—Eres un hijo de puta.

—No, eee soy Bueno. Eeee Feederico Bueno.

Reí con falsa simpatía.

—Peensé que era eee eso lo que eee querías. Siento haberte asustado.

No respondió.

—Deberías eeee irte a casa.

Saqué más dinero para que pagase al taxista. La cartera se quedó completamente vacía.

—¿Y tú?

—Yo eeee me quedo. Para mí aún eee, je je, no ha comenzado la «*nuit*».

Me bajé sin más historias. Ahora tenía que encontrar a la chica que en realidad era un chico. No estaba. Ni rastro. ¿Y si se había ido? Maldije en voz alta. Cabreado. Ni siquiera me quedaba bastante pasta para regresar a casa. Pero no iba a volver a casa. Seguiría buscando. Quizá estuviese trabajando. Siempre hay un roto para un travestido. No era imposible que estuviese sentado en el asiento del copiloto de cualquier coche dándole a la lengua. Me mantuve en movimiento. Los *traves* me guiñaban. Ofrecían rebajas. Servicios extraordinarios. Yo buscaba a otro. A otra.

—Busco a otro. A otra.

De vez en cuando tocaba la cámara. Para cerciorarme de que aún no me la habían quitado. El bulto tenía que ser una tentación para las poco escrupulosas reinas de la noche.

Por fin se abrió la puerta de un

blanco y apareció él. ¡Mi *principutesa*!

Me acerqué con la mirada baja. Si yo le había reconocido no era imposible que él pudiese hacer lo mismo conmigo.

—Oye, ven, por favor.

—¿Es a mí?

Era su voz. Estaba prácticamente seguro de que era su voz. Aunque hablase en falsete. Prolongué mi placer y su agonía.

—¿Cuánto?

—Mil por un francés.

Cobraba barato. Una miseria comparado con el sueldo que cada mes le pagaba el ministerio. Porque era él. Tenía que ser él. Lolo. Lolo López. El jefe de Delgado. Mi jefe. Qué maravilloso regalo del cielo. Qué deliciosa e insuperable coincidencia.

Abrí la cámara en el bolsillo mientras le observaba aún con la mirada baja. Llevaba un sujetador azul celeste relleno de algodón o cualquier otra cosa. Bragas a juego. Y liguero. Tiré hacia abajo de su braguita tanga. Una polla de pigmeo.

—¿Vamos detrás de los árboles?

Qué dulce resonaba en mis oídos su voz.

Saqué la cámara. Disparé dos veces. Antes de que comprendiese que pasaba algo.

—¡Fotos no, fotos no, por favor!

—Pero si estás precioso, Lolo.

Abrió los ojos aterrorizado. Le arranqué la peluca y seguí disparando. Y disparando. Hasta agotar el carrete.

Alguien gritó a mi espalda. No hice caso. Lolo se había abalanzado sobre mí. Quería arañarme. Quitarme la cámara. Sobre todo quitarme la cámara.

—¿Qué pasa ahí?

Mandé a Lolo al suelo de un empellón. Había llegado la hora de correr. Si eres negro no te metas con un blanco rodeado de otros blancos, hermano. Si eres un pobre hetero no ataques a un *trave* rodeado de *traves*. Me habría gustado disparar el segundo carrete pero no habría sido prudente. Una piedra me pasó a pocos centímetros de la cabeza.

—¡Adiós Lolo!

—Yo no me llamo Lolo, cabrón.

—Te quiero, Lolo.

Se merecía esa última muestra de mi afecto. Ya corriendo. Tanto como me daban las piernas. No iban a cogerme aquellas encantadoras criaturas con sus tacones de diez centímetros. Corrí y corrí. Hasta alcanzar la Diagonal. Me esperaba un buen paseo. Pero no me importaba: iba a disfrutarlo. A veces me acordaba del culo blanco y fofo de Lolo con la gomita del tanga perdida en la profundidad del desfiladero y soltaba una carcajada salvaje. Debía de parecer un loco. Riendo como un simio y caminando por el medio de la calle a las cinco de la noche yo solo.

VII

Malos sueños. Inquietud y pesadillas. Lolo López era el cirujano que me operaba en Beirut. Llevaba una peluca rubia y ligueros bajo su bata verde. Ana Camino era su enfermera. Le daba con una gran sonrisa la granada que Lolo colocaba en mi estómago antes de coserlo. Yo chillaba o quería chillar. No podía. Estaba dormido. Los ojos cerrados pero a la vez lo veía todo. Cuando me desperté no sabía dónde estaba ni quién era. Sobre todo no sabía quién era. Tardé varios minutos en recordar. Barcelona. El ático del Putxet. Federico Bueno. Hice café y freí dos huevos. Luego estuve limpiando la casa. Limpiando sobre limpio. La asistenta había hecho un excelente trabajo pero limpiar el exterior era el único modo que se me ocurría para limpiar y ordenar mi interior. ¿Y si me había reconocido Lolo López? Guerra. Sería la guerra. Otra vez la guerra. ¿Qué iba a hacer con Ana Camino? No lo sabía. Añoraba Murcia y ser Delgado. Realizar un trabajo rutinario y llevar una vida aburrida. Nada de emociones fuertes nunca más. El clásico estado de ánimo después de una buena fiesta.

Sonó el timbre de la puerta. ¿Sería alguien de la agencia? Pegué un ojo a la mirilla. Nadie de la agencia. Mis musas. Las supuestas musas del supuesto pintor Federico Bueno. Raquel y Ana. Tal vez para pedirme cuentas por haber abandonado a la segunda durante casi una hora en la calle y desnuda el día anterior. El timbre volvió a sonar. No iba a abrir. Me acurruqué en el suelo con la espalda pegada a la puerta, esperando que se fueran.

—Tiene que estar, aún es temprano.

—A lo mejor está dormido y no nos oye.

Volvieron a pulsar el timbre. Me dolía la cabeza. Si me hubiese sentido mejor las habría dejado entrar. Para ignorar a Ana Camino y caer rendido a los pies de Raquel. Según Delgado ese era el mejor método para irritar a la Bruja.

Si había algo que no podía soportar Ana era que alguien le prestase más atención, le hiciera más caso a Raquel que a ella, sobre todo si ese alguien era un hombre. Se ponía enferma, al borde de la histeria, intentando atraer la atención de quien fuera con esfuerzos que oscilaban entre lo patético y lo ridículo. Y si fracasaba, que era lo más frecuente, bebía hasta perder el sentido de la realidad, obligando a Raquel a ocuparse de ella y entonces recriminándola por ser una puta, una mala amiga y hasta intentaba pegarla o morderla. La escena solía finalizar con Raquel llevándola a su casa mientras el admirador de turno era abandonado a su suerte en cualquier bar. Sabedor de esa rivalidad enfermiza jamás hice más caso a Raquel del imprescindible cuando estábamos los tres juntos, ni aun aquellos días en los que algo se sublevaba en mi interior y solo deseaba vengarme de la Bruja, de las crueldades y vejaciones que continuamente me infligía. Y controlarme no era fácil, porque a Raquel le encantaba ser el centro de atención y sabía cómo utilizar su belleza para conseguirlo. En realidad Raquel me gustaba bastante, pero no estaba dispuesto a permitirme nada —a pesar de que me estaba destrozando— que hiciera más daño a Ana; su vida era tal rosario de calamidades que me parecía indigno e injusto llegar a ser otra cuenta de tan doloroso calvario.

—Yuju, Federico ¡te hemos traído el desayuno!

—¿Te imaginas que estuviese observando por la mirilla, viéndonos hacer el ridículo como dos tontas?

—Es capaz de eso y de mucho más. No es tan toli como tú te crees, ¿sabes?

—¿Ah, no? Aún no me has contado qué hicisteis ayer cuando os fuisteis juntos del Bikini.

—Fuimos a Boadas, y luego… No me acuerdo. Ya sabes que cuando mezclo coca y alcohol se me borra la memoria.

Parecía que estuviese hablando para mí. Para que yo la escuchase. Mandándome un mensaje. *No te reprocharé nada de lo sucedido anoche porque nada recuerdo*. Generoso por su parte.

Volvieron a hacer repiquetear el timbre. Ring, ring, ring. ¿No iban a irse nunca?

—¿Y si le enseño una teta por si nos estuviese observando por la mirilla?

—No te pases, que esta es una casa de vecinos.

Locura por la noche. Cordura y formalidad por el día. Barcelona.

—Federico.

—¡Federicoooo!

Ahora estaban aporreando la puerta. Me levanté para colocarme tras la mirilla. Me habría encantado sentirme bien y tener energía para convertirme en *una cuenta más del rosario de calamidades que era la vida de Ana Camino*. Quizá en otra ocasión. Ahora solo deseaba que se largaran. Salir de aquella casa. Conducir hasta cualquier playa y sentarme en la orilla a mirar el mar. A ver si el mar era capaz de ayudarme a ordenar mis ideas. Mis malditas ideas.

—Dejémosle una nota.

—¿Llevas papel?

—Sí, pero me parece que no tengo bolígrafo.

—Yo tengo uno en el bolso.

Deslizaron el mensaje por debajo de la puerta y desaparecieron. *Aljandulilá*, como se decía en Beirut. Esperé unos minutos antes de recoger la nota. Rezaba así: *Federico, la semana que viene un amigo que tiene un restaurante dará una gran fiesta y nos gustaría mucho que vinieses con nosotras. Te dejamos los teléfonos por si quieres llamarnos para venir. O antes…* Firmaban Raquel y Ana. Y los dos números de teléfono.

Primera. Segunda. Tercera. Cuarta. Quinta. Mi coche volaba sobre el asfalto. Dejando atrás Mercedes, Jaguars y hasta algún Porsche. Conducía al límite por el placer de hacerlo. Para que el riesgo me hiciera sentir vivo y despierto. Mi propósito era detenerme en una playa. Lejos de Barcelona. Había llenado el depósito antes de salir a la autopista. Tarragona, Castellón, Valencia… En menos de cuatro horas había alcanzado la provincia de Alicante. La reserva se encendió poco antes de que un cartel azul indicase que me acercaba a San Juan. Había estado una vez allí. En mi primera visita a España. En otra vida.

Quinta. Cuarta. Tercera. Segunda. Punto muerto. Detuve el coche en una estación de servicio. ¿Conocían algún buen hotel? Me indicaron uno que quedaba cerca.

Era domingo y siempre se puede encontrar una habitación libre en domingo. Pasaría la noche allí. Y tal vez también el día siguiente.

El sol se estaba poniendo cuando bajé a la playa. Los edificios proyectaban sus gigantescas sombras monolíticas sobre la arena.

Aún había gente. Jugando a la pala. O bañándose. Parecían felices y relajados. Les envidié. Vidas *fáciles* y tranquilas. Nadie me prestó atención. Recorrí la playa entera caminando por la orilla. El agua mordisqueando mis tobillos como un cachorro travieso. ¿Qué habría hecho Delgado si hubiese llegado a sus manos una colección de imágenes de su superior con el culo al aire y el cipote tras un tanga? Algún partido habría sabido sacar de esas fotos. Las fotos eran poder. Poder en bruto. Habrían bastado para acabar con la carrera de López. Definitivo hundimiento social. Si López hubiese sido un tipo encantador quizá Delgado le habría perdonado la vida. Destruido sin más los negativos que yo aún ni siquiera había llevado a revelar. Pero López no era encantador. Más bien cretino y bocazas. Rastrero y cobarde. Pero tampoco malísimo. Tampoco el diablo.

Podría cambiarle mis fotos por algo de dinero y quedar como buenos amigos. Sería el modo de elevar el nivel de las cuentas que mi continua sangría había hecho descender de modo alarmante.

El cielo se había teñido de violeta. Entré en el agua. Ni fría ni caliente. Nadé mar adentro hasta que comenzaron a pesarme los brazos. Estaba agotado cuando alcancé la orilla. Me dormí sobre la arena.

Cuando esa noche bajé a cenar a un restaurante cercano al hotel ya había decidido lo que haría con la principal pieza del puzle. Continuaría acercándome a Ana Camino. Dejándola creer que era un segundo Alberto Delgado y ganándome sin precipitarme su confianza. Hasta que llegase el momento de demostrarle que era absolutamente indigno de la misma. En cuanto a Lolo… Improvisaría. Según él bailase yo le pisaría los callos o le abrazaría contra mi pecho.

Pero fue Lolo quien comenzó pisándome los callos. Aunque se lo puse fácil. Coloqué una vez más mi pie debajo del suyo. Volví a faltar el lunes alegando que estaba enfermo y se repitieron todos los pasos del baile anterior. El ordenanza acudiendo a mi casa vacía. Lolo convocándome en su despacho y amenazando con presentar una queja por escrito contra mí a los servicios centrales. Yo despreciándole. Haciéndome el fuerte. Recordándole que no hay enemigo pequeño. Me lo debería haber dicho a mí mismo. No a él. *No hay enemigo pequeño*. Ni siquiera el infeliz Manuel López era

un enemigo pequeño. A pesar de que era evidente que en nada me relacionaba con el hombre calvo que le había fotografiado en Barcelona. En los días siguientes llegó un fax firmado por un subdirector cuyo nombre jamás había oído avisándome del descontento de mi jefe. Recordándome que ya había tenido problemas en el pasado; concretamente en Barcelona. Sopesé la posibilidad de mandar las fotos al remitente del fax. No lo hice. Tampoco las agité ante Manuel —Lolo— López. En dos semanas comenzaban mis vacaciones. Un mes de vacaciones completo. Me instalaría en Barcelona y comprobaría si era capaz de cumplir la promesa que le hice a Delgado. Después…

Esquivé dos llamadas de Alicia. Y otras dos de uno de los miembros de El Caballo Loco. El club de ajedrez en el que se había inscrito el señor Delgado y que ya no visitaba prácticamente nunca. Semanas antes había tenido un altercado con otro de los socios. Un tipo que no se resignaba a perder las partidas. Me pegó un puñetazo. Se lo devolví. Y él me pegó una patada en la barbilla. Parecía el principio de una buena pelea. No nos dejaron. El chico era un sicópata. Se apresuraron a contarme su historia los otros jugadores. Había arrojado a su padre por una escalera. Golpeado a su exsuegro con una barra de hierro. Atado y olvidado durante treinta y seis horas a una amiga en una casa de la playa; casi había muerto deshidratada. Un encanto. Si seguía jugando al ajedrez con él llegaría el día que no habría nadie para separarnos cuando perdiese los estribos además de la partida. Lo prudente por mi parte era hacer mutis por el foro. Por eso no respondía a las llamadas de los jugadores de El Caballo Loco.

También Sebastián Tizón acudió en mi busca. Llamó a mi puerta durante quince minutos seguidos. No le abrí. Los amigos tienen que comprender que hay momentos para la compañía y otros para estar solo.

Pasaba las tardes encerrado *en el cuarto no*. Dándole vueltas a los cuadernos de tapas azules. Los verdaderos y el falso. Componiendo un retrato lo más completo posible. El perfil de Ana Camino. La Bruja de Delgado.

Físicamente es alta y delgada, con la piel morena, aunque parcheada por media docena de quemaduras y un largo número de manchas y verrugas. Su cabello es negro, salpicado por las primeras canas. Tiene la

nariz grande y los ojos algo saltones. Las piernas, largas y bien torneadas, son su mejor baza. También podrían serlo sus manos si Ana no tuviese el incorregible vicio de morderse las uñas.

Desde que ha dejado de beber, y asegura que lo ha hecho por mí y nada más que por mí, cada vez me gusta más conversar con Ana, se puede charlar con ella de cualquier tema. Siempre sabe lo que responder, ¡y si no lo sabe se lo inventa! Hemos llegado a pasar la noche entera hablando, ajenos al resto del mundo, saltando de un tema a otro sin pausa. No solo ha leído casi tantos libros como yo, sino que es capaz de recordar nombres, hechos, y hasta pasajes enteros. Sin embargo nuestras agradables conversaciones, a las que hay que añadir una aceptable ración de sexo diario, no son sino excepciones, pequeñas lagunas en el interminable páramo de nuestra relación. Antes siempre estaba borracha; ahora agotada o histérica, obsesionada con su negocio de importación y exportación que no consigue transformar en verdaderamente rentable. Y se resarce conmigo de su fracaso en el mundo, me golpea donde sabe que más me duele en cuanto piensa que recupero las fuerzas o estoy demasiado relajado. He intentado explicarle de mil formas que es mejor tener un aliado que un putching-ball *sobre el que descargar la ira. Sé lo que valgo y sé lo que vale o podría valer ella. ¿Por qué no podemos sumarnos en vez de anularnos los dos? El resultado ha sido siempre catastrófico; derrotado en cada batalla. Al final he acabado por despreciarla a ella y despreciarme a mí mismo. Sobre todo a mí mismo por haberme embarcado en la misma nave que una persona cuya máxima pretensión parece ser que se hunda con toda la tripulación dentro del barco en el que viaja.*

Poco a poco, de nuestras conversaciones y escuchando a sus amigos, he conseguido hacerme una idea de cómo ha sido la vida de Ana, de las experiencias por las que ha pasado hasta convertirse en el monstruo que actualmente es.

De niña siempre estuvo acomplejada con respecto a sus hermanos, todos mucho más guapos y simpáticos; especialmente Luis, su hermano mayor, que siempre seducía a las amigas de Ana y la miraba a ella por encima del hombro. Cuando Luis contrajo matrimonio Ana hizo lo propio con el hermano mellizo de la mujer de su hermano; un gran éxito para ella.

El matrimonio no funcionó demasiado bien, ni tampoco demasiado mal, durante los primeros años, hasta que un ginecólogo dictaminó que

Ana no podía tener hijos. Y Ana Camino comenzó a rodar montaña abajo.

Esta es mi interpretación personal de la historia, atando cabos, pues la opinión de Ana difiere radicalmente de la mía; según ella su relación con su marido se agotó y punto; nada que ver con la imposibilidad de tener hijos. Ella le abandonó y se enamoró de otro. He conocido a ambos, a su exmarido, un individuo maravilloso, encantador, y al amante, un perfecto cretino dotado, eso sí, de un físico amable. Conocerlos sirvió para que me sintiese aún más seguro de mi teoría: Ana, desde que se había enterado de que no podía tener descendencia, solo había intentado una cosa en su vida, escapar. Solo escapar. De sí misma y de su destino, de esa mujer estéril que había resultado ser.

Cuando la conocí su amante ya la había abandonado en beneficio de otra mujer más joven y guapa. Quien a hierro mata… ¡Era lo único que Ana necesitaba para acabar de perderse! Se convirtió en una alcohólica, una borracha que se caía de los taburetes de los bares con los ojos en blanco y la mente perdida, una mujer que rumiaba venganzas apocalípticas y para ello estaba dispuesta a convertirse en una genuina kamikaze: destruyéndose a sí misma haría daño, destruiría también de algún modo, a cuantos la querían o habían querido. Pero era dura. Difícil de destruir por mucho empeño que pusiera en ello. Su instinto de supervivencia jugaba en contra de su locura, y supongo que por eso, por puro instinto de supervivencia, buscaba desesperadamente chuparle la energía a quien se pusiera a tiro, sobre todo a los inexpertos bien intencionados, como yo.

No era ningún ángel. Ana Camino. Pero tampoco el peor de los monstruos. Aunque lo hubiese sido para Delgado. *Ni Cíclopes ni Lestrigones aparecerán en tu camino, si no eres tú quien los pone delante de ti*. La cita era de Kavafis y la había copiado Alberto Delgado al principio de uno de sus cuadernos. Ana Camino quizá se mereciese una lección. Y yo podría dársela. Matarla era otra historia. Delgado no podía querer realmente que muriera. Me lo había pedido en el peor momento de su vida: el de su muerte.

Sin embargo yo le había dado mi palabra. Y mi obligación era ejecutar esa última voluntad. Hacer realidad el deseo. No valorarlo ni juzgarlo. Supongo que intentaba esquivar la responsabilidad adquirida porque la mano del miedo en el peculiar pulso que estábamos sosteniendo aún parecía en muchos momentos más

fuerte y segura que la mía.

No sentía ningún deseo especial de ver a Alicia. La vena romántica de Delgado había dejado de latir. El corazón que le había roto Ana Camino seguía lleno de costurones sin cicatrizar. Pero Alicia telefoneaba al menor pretexto. El último que estaba enferma. En la cama. Con gripe. Era impropio de Delgado desatender una llamada de auxilio. Así que me presenté en su casa. Cargado con un enorme ramo de flores. Esforzándome en elevar el tono vital de Delgado. Su alegría y natural optimismo. Esa sonrisa balsámica y contagiosa que era la admiración del mundo. Me había estado esforzando toda la semana sin grandes resultados. Mi cabeza seguía atrapada en Barcelona. Dando vueltas como un buitre cuando localiza a un animal agonizante. El animal Ana Camino.

Además esa misma mañana había discutido con Lolo. Abiertamente. Una debilidad por mi parte. Una grieta en mi voluntad férrea de volverme gris e invisible a los ojos de mis compañeros de oficina. Se me fue la cabeza. Le llamé por el teléfono interior. Como hacía él conmigo.

—Te espero en mi despacho.

Colgué antes de que pudiera replicar. Tal vez no viniese. Acudir al despacho de un subordinado podía ser considerado humillante. Pero sí apareció.

—Caramba Lolo, me has asustado. Otra vez, y si no te importa, llama antes de entrar.

No dijo nada y se sentó ante mí. *¿Qué quería? ¿Volver a explicarle que su oficina no era una escuela de ética?* Nada más lejos de mi intención.

—Estoy descontento con el trato que recibo por tu parte desde que llegué, y me temo que si no me dejas en paz voy a tener que utilizar cuanto esté en mis manos para presionarte. Te aseguro que puedo hacerte mucho daño.

Se levantó de un salto pero mantuvo la distancia. Si se hubiese acercado a mí se me habrían ido las manos.

—No me das ningún miedo, Alberto. He intentado ayudarte aunque tú te empeñes en interpretarlo a tu manera. A quien escupe hacia arriba le ahogan sus propios lapos.

—Se te ha caído esto.

Un sobre. Un sobre con una foto dentro. Una cualquiera de la

colección. No se le veía la cara. Abrió el sobre y su cara se demudó.

—Estás loco, Alberto. Mucho peor de lo que yo pensaba. Deberías hacer que te viese un médico.

Salió de mi despacho tembloroso y tambaleante. Había tirado el sobre y la foto al suelo. A mis pies. Por un instante me sentí el gran triunfador. Vencedor por
KO
absoluto. Pero en cuanto se enfrió mi euforia llegó el arrepentimiento. Mala consejera. La euforia. Como la ira. O la excesiva confianza en uno mismo. Malas consejeras. Y yo acababa de cometer un error. Ahora ya había alguien que podía relacionarme con Barcelona si Ana Camino sufría un accidente: Manuel López. En el caso de que en verdad fuera él a quien había fotografiado. Tenía mis dudas al respecto aunque seguía contándome a mí mismo que lo era porque eso equivalía a tenerlo en mis manos. Pero no estaba seguro. Se parecían mucho. El travestido y Lolo. Pero no podía estar seguro. No absolutamente seguro.

Así que mi alegre sonrisa no era del todo sincera cuando me presenté por la tarde en casa de Alicia parapetado tras el ramo de flores. Me abrió la puerta su madre. Una mujer grande y torpe que me examinó sin disimulos de arriba abajo. Sin dejarse ablandar por mi radiante sonrisa.

—Al final del pasillo a la derecha.

Alicia me esperaba tumbada en una cama de sábanas recién planchadas. Todo el cuarto parecía recién *almidonado y planchado*. Un aire a decorado de película de Frank Capra.

—¡Alberto, me has traído flores! Muchísimas gracias, son preciosas, pero no tenías que haberte molestado.

—Ninguna molestia.

Alicia no parecía muy enferma. Su aspecto no era el de alguien aplanado por la gripe. Mejillas rosadas y ojos brillantes. Aunque quizá fuese efecto de la fiebre. ¿Por qué desconfiar siempre? ¿Por qué no conceder alguna vez a los demás al menos el beneficio de la duda?

Dejé las flores sobre una mesa y vi mi propio rostro en el espejo de cuerpo entero que presidía el cuarto. Era yo quien parecía enfermo. Quien parecía tener gripe y estar siendo devorado por la

fiebre. Y de algún modo debía de estarlo. Enfermo y devorado por algún tipo de fiebre. Porque de repente detestaba estar allí. Añoraba a Eloísa y pensaba que la estaba traicionando. A Eloísa, que no existía, que era un invento mío para continuar siendo opaco y misterioso. El insondable hombre sin nombre. Me estaba volviendo loco, así que ensanché un poco más mi sonrisa y le dije a Alicia lo guapa que estaba.

Y lo estaba. Llevaba un camisón blanco delicadísimo. Sin nada habría estado más vestida.

—Acércate, anda, que ya se ha pasado el período de incubación y no te voy a pegar ningún virus. ¿Me darías un poquito de masaje en el cuello?

Para facilitar el movimiento de mis dedos dejó caer el camisón hasta mitad de la espalda. Sus redondas tetas de excampeona de natación quedaron a mi vista. No pude evitar un comentario malévolo.

—Deberías cubrirte un poco más el pecho si no quieres que la gripe se transforme en pulmonía.

Se puso colorada pero no respondió. Mantuvo el tipo. Con los ojos cerrados. Supongo que para que yo pudiera contemplarla a placer sin sentirme culpable por ello. El mundo de Alberto Delgado estaba repleto de buenas y generosas chicas.

Empecé a hablar de Eloísa. De cómo la echaba de menos. De cómo *verdaderamente la echaba de menos*. Ella saltó de la cama con el pretexto de enseñarme unas fotos de infancia que no encontró pero cuya búsqueda le permitió poner su culo, y a este sí que no se habría resistido el verdadero Alberto Delgado, a cinco centímetros de mi nariz mientras se agachaba para abrir el cajón más bajo de su armario. Avancé hacia ella. Los dedos índice y pulgar pinzando el tirador de la cremallera del pantalón cuando me vino a la cabeza la cara de Eloísa. La cara de aquellas fotos robadas y que yo había enseñado y mirado tantas veces que hasta llegué a creerme que la imaginaria Eloísa existía realmente.

—Me voy, Alicia. Me encantas, ya lo sabes, pero no voy a traicionar a mi chica. Nunca.

Salí de su casa sin despedirme ni de ella ni de su madre. Estaba loco. Me estaba volviendo loco de verdad. Ya no era un juego. No era el juego que he practicado siempre de inventarme caras y

mundos paralelos. No sabía quién era ni dónde estaba. El papel de Alberto Delgado me había contaminado hasta hacerme perder el control. Quería ser verdaderamente Delgado. Le envidiaba. Quería tener una novia de toda la vida que me amase para siempre y se llamase Eloísa.

—Eloísa.

La llamé en voz alta mientras caminaba por calles mal iluminadas. Y entonces fue cuando sucedió. Cuando se me echó el coche encima.

No me alertó el rugido sobrerrevolucionado del motor. Ni tampoco el chirriar nervioso y excesivo de las ruedas. Cuando quise reaccionar ya tenía el coche casi sobre mí. No llevaba luces. Y curiosamente eso fue lo que me hizo salir de mi ensimismamiento en el último instante. Volverme. Reaccionar para no acabar mis días en aquella pequeña ciudad perdida del mundo. Sobrevivir. O al menos intentarlo.

El coche venía derecho hacia mí. A toda velocidad. Vi el color: blanco. Y que era un coche grande. Quizá un Ford. Nada más. Imposible identificar la matrícula. Mucho menos la cara del conductor. Salté hacia delante. Contra la máquina. Instintivamente. Apoyando las manos sobre el capó e impulsándome hacia arriba con todas mis fuerzas.

Salí despedido. Volando por los aires. Por encima del automóvil. Un saltimbanqui ejecutando un triple salto mortal. Pero caí bien. Estaba en plena forma física y mis reflejos seguían siendo excelentes. Aunque no impidieron que rodase varios metros sobre el asfalto antes de conseguir detenerme.

Cuando logré incorporarme el coche había desaparecido. Un *limpiador* del ayuntamiento corría hacia mí.

—¿Se encuentra usted bien?

—Creo que sí.

—¿Nada roto?

Negué con la cabeza. No. Le agradecí su amabilidad pero no necesitaba que me acompañase a ningún hospital. Estaba bien. Dadas las circunstancias estaba espléndidamente bien. Me dolía un brazo pero no había ningún hueso roto. Solo algunos cortes. Ya me curaría yo mismo con alcohol y tiritas en cuanto llegase a casa.

El hombre me miró con cara de pena y yo le pagué con un gesto

irritado. No tenía ganas de que me compadeciesen. Ni pensamiento de cambiar mis planes. Mis vacaciones empezaban oficialmente a las tres del día siguiente. Continuaría con mi proyecto de instalarme en Barcelona como tenía previsto y ya haría pagar a quien había intentado matarme a mi regreso. *Un motivo para regresar*. No había visto el rostro del conductor ni la matrícula del coche pero era evidente de quién se trataba. Solo podía ser él. Lolo. Lolo López. Intentando atropellarme. Algo que jamás me habría esperado de él. Nunca se debe relajar del todo la guardia. Murcia podía ser tan peligrosa como Beirut y Lolo López no era más inofensivo que cualquier árabe desesperado.

VIII

Le habían robado las chapas al coche y arrancando los limpiaparabrisas. Mi pequeño Alfa rojo tan maltrecho como yo mismo. ¿Los dioses ya no estaban de mi parte? ¿Júpiter había dejado de amarme?

Lo había dejado estacionado en una calle poco transitada de La Roda de Albacete para evitar la posibilidad de cruzarme con Alicia en Alicante. Elección equivocada. Dos días más y habría encontrado mi coche sin ruedas y con los cristales rotos. Le pegué una patada. ¿No sabía defenderse solo? No. Igual que yo. Tampoco había sabido defenderme solo. Seguía respirando sin merecérmelo. ¿Y si hubiese muerto en Murcia atropellado por López?

Tampoco habría sido tan importante. Yo ya había muerto en Líbano. Estaba más muerto que el verdadero Delgado cuando le encontré. Me fui de Londres muerto. Solo un muerto puede seguir caminando sobre sus piernas después de permitir que se ahogue sin mover un dedo —aunque según la justicia del resto de los hombres se lo mereciese— su mejor amigo.

Revisé el exterior del vehículo por los cuatro costados. Estaban todos los faros y también las ruedas. Miré al cielo. Ni llovía ni iba a llover. No necesitaría las escobillas de los limpiaparabrisas. Abrí la puerta y me senté. Ya me había hecho a mi montura. Mi culo se sentía como en casa sobre ese asiento.

Me dolían hasta los dedos de los pies. Lolo había realizado un buen trabajo. Conducir no era placer sino tortura. Así que seguí conduciendo. Hay que encarar los problemas. Retorcerse siempre hacia donde más duele. Pero apenas llevaba una hora al volante cuando la tarea comenzó a tomarse imposible. Se me fue la dirección en una curva y una aleta sacó chispas del quitamiedos de la autopista. Tuve que detenerme en una estación de servicio. Escobillas limpiaparabrisas y aspirinas. Gasolina y café. Veinte

minutos con los ojos cerrados. A seguir.

Tardé casi veinte horas en llegar a Barcelona y necesité descansar tres veces en los últimos cien kilómetros. Pero llegué. Dejé el Alfa detrás del Princesa Sofía y cogí un taxi para ir a casa. Era importante que nadie pudiese relacionar a Federico Bueno con el coche.

La asistenta a quien nunca había visto seguía manteniendo el apartamento impecable. Comida en la nevera y ni una mota de polvo sobre los muebles. La cama hecha con sábanas limpias y recién planchadas. Mi debilidad era tal que ni siquiera me sentía capaz de comer. Bebí un poco de agua y me acosté. Dos días. Dos días completos durmiendo. Levantándome apenas para beber o mear y luego seguir durmiendo.

Cuando por fin dejé la cama me arrastré hasta el sofá del salón. Hacía calor. Los supuestos óleos de Federico Bueno apoyados contra las paredes. ¿Y si me ponía a pintar? Una vez más en mi vida deseaba ser otro. Cualquier otro. Y el único personaje —el único *traje*— que tenía a mano era el de pintor y falso marchante. Me senté ante una tela y la manché un poco. Negros y rojos. Eran los únicos colores para mí. Negros y rojos. El pincel me temblaba en la mano. Necesitaba comida. Cogí unas bermudas verde loro y una camisa floreada del armario y bajé a la calle. Mi atuendo era lo bastante estrafalario como para que todo el mundo se fijase en mí. Tendría que haber manchado la camisa con un poco de pintura para que estuviese claro que era un artista. Claro que en esa camisa una mancha de pintura roja probablemente habría pasado desapercibida. De hecho se me derramó media taza de café sobre ella y me costó localizar dónde había caído.

Pasé unos días tranquilos. *Días tranquilos en Putxet*. Pintar. Comer. Pequeños paseos. Algunas compras. Me iba recuperando. Instalé una cerradura de seguridad en uno de los cuartos. El cuarto de Delgado; por si mi amigo Alberto tenía a bien venir a visitarme. Horadé las paredes con una taladradora. Preparando sin prisas mi plan. Lo de la Massana fue un capricho. Me apunté a un seminario sobre *collage* y pintura impartido por un sobrino de Joan Brossa. Y empecé mi primer autorretrato. Trabajé duro dos días enteros pero el resultado final no reflejaba mi esfuerzo. Federico Bueno como pintor no era ningún genio. Quizá si existiese una inspiración

exterior… Telefoneé a Ana Camino. Para contratarla como modelo.

Apareció con un vestido rojo. Yo también llevaba una camisa roja y un pantalón a juego. Nos reímos de la coincidencia. Camino parecía más joven y relajada que la última vez que la vi. O se estaba cuidando de verdad o se había esmerado al límite para causar una buena impresión a

l'artiste-paintre

.

Aseguró que le parecían buenísimos mis cuadros. Sobre todo *el del perro*. Se refería a mi autorretrato inacabado.

Nunca me han gustado los aduladores. Cuando quiero flores me compro un ramo. No necesito que nadie me las regale. Especialmente si las flores son de plástico. Volví a sentir la tentación que me asaltó la noche en que la vi estrellarse contra los porteros de la discoteca: ¿y si la arrojaba escaleras abajo y acababa de una vez con mi juego?

Nada de eso. Respiré hondo y sujeté las riendas. Haría las cosas como había planeado. El baile completo con todos sus pasos.

—Eee… era un perro que tenía de niño. Mi ee mejor amigo.

—Es genial.

—Gracias. Pero eee… espero superarme con la *suite*.

Preguntó cuánto iba a pagarle y cuántas horas al día tendría que posar para mí.

—Creo que ya te expliqué que tengo un negocio que atender.

Se refería a sus erráticos trapicheos *import-export*.

—¿Es rentable… eee… tu negocio? Espero ingresar una buena cantidad a eee final de este mes, porque he conseguido la ee representación en exclusiva de Ernesto Ramos, un eee… mexicano brillantísimo y… ee… ya tengo compradores en Stuttgart, Accra y París. Podría invertir una parte de mis beneficios contigo si eeee te conviene.

Le convenía. Por supuesto que le convenía. Siempre es de lo más conveniente que algún primo inyecte liquidez en un negocio ruinoso. Delgado había escrito varias veces sobre ello en sus cuadernos azules.

Al mes de conocernos Ana trató de convencerme para que invirtiese un millón con uno de sus amigos comerciantes. Me aseguró que lo podría duplicar en pocos días si las cosas —así, en abstracto— iban

bien. ¿Y si iban mal? Si iban mal el millón se perdería. Le respondí, riendo porque no podía creer que me hubiese tomado por un idiota, que en tales condiciones me parecía más entretenido jugarme el dinero a la ruleta. Ella no coreó mis risas; y esa noche, por primera vez desde que comenzamos a estar juntos, tuvo un «dolor de cabeza» demasiado fuerte para calmar con sus caderas la ansiedad permanente de las mías.

Ayer Ana apareció por mi oficina llorando, con aires de mártir al borde de la desesperación. Me hizo sentir incómodo ante mis compañeros. La encontré desagradable y mayor mientras se abrazaba a mí delante de todo el mundo. Consiguió que le firmase un cheque para hacer frente a los tres meses que llevaba sin pagar el alquiler de su almacén. Me aseguró que me lo devolvería, que estaba esperando una colección de bolsos procedentes de la India que se venderían como caramelos, estaba segura. Le di también algo para que pagase a la chica que le iba a traer los bolsos. Como premio me acompañó al despacho y se metió bajo mi mesa para hacerme feliz con su habilidosa lengua. Feliz por un instante, porque cuando salí al pasillo para acompañarla supe por las miradas de mis compañeros que mi buena reputación en el trabajo se había hundido para siempre.

Me gritó y tiró de todo: platos, cubiertos, revistas y hasta sus zapatos, uno de ellos se perdió por la ventana, porque no quería ayudarla a timar a un pobre tipo, al joven David; un chaval de la Barceloneta que aspiraba a convertirse en diseñador de moda y tenía un novio americano multimillonario. Esto último era, como es natural, su mayor y único encanto.

—Es un mirlo blanco. Podríamos sacarle millones.

Al final la acompañé a una fiesta organizada por el novio multimillonario de David. Ella eligió mi ropa. La chaqueta de lino blanco y la pajarita de cuero. Y me amenazó con matarme —«Ah, y no creas, Alberto, que hablo en sentido figurado»— si le estropeaba el negocio. No se lo pude estropear, aunque lo intenté. Pero el mirlo estaba demasiado hipnotizado por el águila para atender a razones; se pasaron la noche juntos, y a mí, después de que tratase de advertirle, de aconsejarle que se lo pensase bien antes de arriesgar su dinero, me miraba con odio cada vez que nos cruzábamos.

Era hermoso pensar que yo también iba a ser calificado de ese modo. Que cuando Ana Camino pensase en mí lo haría con esas palabras tan bonitas y sonoras: mirlo blanco. *Federico Bueno, un*

mirlo blanco.

Acordamos comenzar las sesiones enseguida. Cuatro horas diarias a partir de las seis. *Así si algún día se nos hace tarde podemos cenar juntos y seguir charlando sobre la rentabilidad de tu negocio*. Me aseguró que las posibilidades eran infinitas. Había pasado por una mala racha pero la estaba superando. *He dejado de beber y estoy al cien por cien*. Es una delicia que la gente te ofrezca su cara más falsa y amable cuando piensa que eres un mirlo blanco.

Volví a verla esa misma noche. No fue ninguna casualidad aunque ambos lo celebramos como si hubiesen chocado en el pajar las dos únicas agujas existentes en el mundo. Pero yo había acudido en su busca y ella lo sabía y me estaba esperando. Tenía la mirada despejada y un vaso de limonada en la mano.

Repitió una vez más que ya no bebía.

¿Ah no? Habría que verlo. Bastó con que dejase caer que me habían ofrecido en Londres otro negocio en el que quizá colocase mis excedentes y a continuación le dedicase mi completa atención a la recién llegada Raquel para que Ana se *amorrase* a la barra y comenzaran a desfilar por su tráquea los amarillos ríos del *whisky*.

Aprovechó la aparición del novio-oveja de Raquel para regresar a mi lado con una proposición seductora.

—¿Por qué no nos vamos a tu casa? Podemos pasarlo muy bien juntos, tú y yo.

Dudé un momento. Fingí dudar un momento. Porque era exactamente lo que esperaba que sucediese. Mi locomotora estaba lanzada por los rieles dibujados por Delgado y cada cambio de agujas estaba previsto.

—Claro, ee tienes razón. ¿Por qué no? Aunque eee… te veo un poco demasiado puesta. Pensaba que ya no bebías.

Se encogió de hombros. Simpática y traviesa. La vida es larga. Ya volvería a intentar dejar los vicios cualquier otro día.

—¿Aún no te ha enseñado nadie el lado oscuro de Barcelona la *nuit*?

Supuse que se refería otra vez a las prostitutas y travestís callejeros. ¿Tendría algún plan nuevo? ¿Abandonarme ella esta vez a mí entre los monstruos y no volver jamás a buscarme? Parecía poco probable. Yo era un mirlo. Su mirlo. Inocente y blanco. Pero

quizá pensaba que ya no lo era y que iba a invertir en serio mi dinero en otro sitio. Ni siquiera imaginaba a la velocidad que se estaban vaciando mis cuentas y lo poco que habría podido invertir en su negocio de haber estado en verdad interesado. Me miró intensamente. Una mirada cargada de intención. Brillo de alegre locura tras el que se traslucía la promesa de olvidar cualquier cosa que pudiera suceder.

—Nada de Barcelona la *nuit*. Mañana tengo que madrugar. Empiezo mis eee clases.

—¿Tus clases?

—En la Massana.

—¿Eres profesor allí?

Ni asentí ni negué. Como tampoco asentí ni negué cuando me preguntó si guardaba algo de *polvo blanco* en casa. Ana quiso entender que mi silencio equivalía a un doble sí.

En el taxi hizo otro amago de llevarme a dar una vuelta por el circuito de la prostitución nocturna y se subió el vestido rojo hasta por encima del ombligo. Otra vez. ¿Me preparaba una trampa o en verdad le gustaba zambullirse en el fango? Quizá ante aquellas mujeres se sentía bien. No fracasada. Superior. De algún modo superior.

Le bajé el vestido y di al conductor la dirección de mi casa. Por ningún motivo habría aceptado su propuesta. No solo desconfiaba de ella. Tampoco tenía ningún interés en darle una segunda oportunidad al destino para que volviese a cruzarme con Manuel López. La *linda Lolo*. Trataba de restarle importancia pero no había dejado de pensar en él en ningún momento. Ni siquiera cuando dormía podía olvidar su cara. Soñaba con la venganza. Lolo estrellándose contra un camión. Con una cuerda de nilón reventándole el cuello. Ardiendo como una tea. Aullando de dolor. Tanto dormido como despierto le soñaba muriendo de una u otra manera. Todo el tiempo. No conseguía expulsarle de mi cabeza. Prueba de que algo andaba mal dentro de mí. Tenía motivos para odiarle pero era poco práctico hacerlo. El odio gasta. Se come a quien odia antes que al odiado. Pero a pesar de mis razonamientos yo detestaba con todas mis fuerzas a Lolo López y deseaba verle borrado de la faz de la tierra. Exterminado. No lograba evitarlo.

Apenas traspasamos el umbral del apartamento la señorita

Camino comenzó a ponerse tonta. *Me quiero ir a mi casa. No te irá tan bien como presumes si ni siquiera tienes vídeo. ¿Dónde está la coca que me habías prometido?*

La miré sin pasión. El vestido rojo que por la tarde resplandecía ahora estaba arrugado y con manchas. También su cara parecía diez años más vieja. Se había levantado del sofá y ya iba camino de la puerta. *Me largo de tu cochambrosa cueva, maricón de mierda*. Entonces hice algo. Algo que tendría que haber hecho mucho antes su padre. O madre. O marido. O Alberto. Alberto Delgado. Le di una bofetada.

—Eres tú quien quería acompañarme. No estás tan borracha como para no acordarte.

Permaneció inmóvil antes de lanzar un grito y saltar hacia mí. Eso sí que no. Si alguien grita yo lo hago más fuerte. Yo aúllo mucho más fuerte. Como un animal. Igual que lo había hecho la noche que exploré Barcelona y sellé el pacto con la ciudad y su mar y sus montañas. ¿Necesitaba otra bofetada Ana Camino para calmarse? No la necesitaba. Bastó con que viese mi mano abierta y mirase mis ojos capaces de gritar aún más alto que mi boca.

—Lo he… eee… hecho por tu bien. Eeestás muy nerviosa, me eee parece. Debeeerías quedarte a dormir aquí. Te sentirás mejor mañana, ya ee verás.

Me sonrió. *Gracias por preocuparte de mí, papaíto, mamaíta, cariño, Federiquito*. De nada. Tantos meses haciendo de Delgado me estaban transformando en un buen chico.

Cerró la puerta de la calle y entró mansamente. Pidió permiso para dirigirse al dormitorio. Le aconsejé que primero realizase sus abluciones. Había un cepillo de dientes sin estrenar en el servicio. Podía utilizarlo. Y darse un baño. Pasó casi una hora antes de que volviese a saber de ella. Me llamó. *Federico, te estoy esperando*. Entré en el dormitorio. Estaba tumbada en la cama. Desnuda. Oliendo a limpio. En perfecta armonía con mis sábanas que la asistenta invisible había cambiado la tarde anterior.

—Queee buena idea, eeeh. Un baño antes de dormir es lo mejor para relajarse. Me parece que eee yo también voy a tomar uno.

No iba a tener relaciones sexuales con ella. Ni esa noche ni ninguna noche. Mantenerme alejado físicamente de ella formaba parte de mi estrategia.

Cuando salí del baño estaba dormida. Roncando. Podría haberme ido a dormir al sofá de la sala. No lo hice. Puedo dormir en cualquier sitio. Junto a cualquiera. Entre mercenarios asesinos en una tienda de campaña. En el suelo del metro de Londres. En una cama de hospital con hombres agonizando a mi alrededor. Así que me tumbé a su lado y cerré los ojos. La canción de cuna de sus ronquidos. Me dormí en el acto.

Ana seguía atrapada entre los brazos de Morfeo cuando me desperté. Era temprano. Las ocho. Me sentía en forma y descansado. Por primera vez desde que Lolo López intentase atropellarme con su coche no había soñado con él. Miré a mi compañera de cama. La *bruja* de Delgado. Y tal vez había sido su brujería la que había conseguido alejar a López de mi mente. Se lo agradecería preparándole un buen desayuno. Hasta las nueve y media no empezaban mis clases en la Massana. En la nevera había algunas cosas pero ni beicon ni naranjas. Bajé a ver si me vendían algo en el bar más cercano. *Todo lo que usted quiera*. Entonces me llevaría también unos churros y medio litro de chocolate recién hecho. Freí el beicon junto a cuatro huevos y muchas patatas. Exprimí las naranjas. Ya solo me faltaba llevárselo a la cama tras despertarla con el roce de un pétalo de rosa en la mejilla. No llegué a tanto. Pero se lo dejé todo con una nota en la mesa de la terraza. «*Me he ido a clase. Te espero a las seis. Por si llego más tarde te dejo una copia de las llaves. Considérate en tu casa*».

Todas las llaves en manos del enemigo. Todas excepto la que abría la cerradura de seguridad del cuarto donde estaban los cuadernos azules de Delgado.

Los días siguientes los pasamos en permanente luna de miel. Luna de miel sin sexo. A pesar de que Camino recurrió a las tretas más inimaginables para despertar mi libido. Vestirse y desvestirse con el menor pretexto. Lencería pornográfica con la que se paseaba por la casa. Posturas obscenas en los descansos de las sesiones de pintura. Hasta me contaba historias mientras yo manchaba con el pincel mis lienzos. Lo que había hecho con tal o cual. El chico aquel que le hacía vídeos desnuda y ella llevaba amigas y profesionales del sexo para animar los rodajes. La vez que le pagaron para estar con cinco hombres a la vez. Yo sonreía asintiendo tan entretenido como si me estuviese contando los argumentos de las últimas cintas de la

factoría Disney. Perdió el control una noche en la que iba a quedarse —ya era costumbre— a cenar y luego a dormir tras nuestra sesión del pintor y su modelo. Me acusó de estéril. De impotente.

—Lo que te pasa a ti es que no se te levanta.

Estaba adquiriendo confianza. Creyendo que ella era la reina y yo un súbdito doblegado. Las aletas de la nariz tensas. Despectiva. Despreciándome como había despreciado infinitas veces a Alberto Delgado por su excesiva bondad. Acababa de ganarse otra bofetada paternal. El profesor Bueno utilizando los efectivos y denostados métodos de principios del siglo veinte. La buena educación necesita en ocasiones de apoyo físico para ser asimilada. Se tranquilizó en el acto. Rematé la lección de urbanismo y buenas maneras masturbándome delante de ella. Esquivando sus labios que pretendían cernirse sobre la fresa de mi bálano. Me corrí sobre su rostro. Sobre sus ojos verdioscuros. Sobre su pelo negro. Sus hombros. Su cuello.

—¿Ves como sí se me levanta?

No había por qué extenderse en más explicaciones. Fui a lavarme. Dejándola sola. Para que juguetease con mi semen. Metiéndoselo en la boca. Restregándoselo contra los pezones. El pubis. El sexo abierto. Conozco esa superstición. Es muy popular en Oriente donde se asegura que cuando una mujer consigue tener dentro de sí el líquido seminal de un hombre este queda ya vinculado con ella eternamente. Tonterías.

En conjunto Ana pensaba que me tenía en sus manos. Que quien manejaba los resortes de la trampa era ella. Pues a pesar de mis eventuales ataques de autoridad y firmeza yo parecía lo bastante idiota. Y aunque no lo hubiese parecido ella se consideraba demasiado inteligente para aceptar que pudiese haber alguien más astuto que ella. Cogía dinero de mis bolsillos cuando me quitaba la ropa. Recibía a sus amigos en mi casa cuando yo me iba a clase. Yo no siempre iba a clase y fui testigo en un par de ocasiones del desfile de macarras por mi apartamento. Igual que había hecho con Alberto Delgado.

Un fin de semana me fui a Madrid y le dejé a la Bruja las llaves de casa y del coche. Fue la portera quien me contó que había llegado, montando un escándalo terrible, con nueve personas —tuve que cambiar los

amortiguadores luego— en mi viejo Simca blanco. Desapareció la mitad de mi biblioteca y tres cuartas partes de la discoteca. Hasta que pasaron varios días y conseguí tranquilizarme no le pregunté qué había sucedido, pero ella se limitó a negarlo todo. Me habría robado la portera, que se había negado a seguir viniendo a limpiar la casa desde que la Bruja se instaló en ella. «Como tiene una llave y sabía que estabas fuera». ¿Y el coche? «Pero si tu coche es una birria y siempre ha tenido mal los amortiguadores». Conseguí pasar una semana alejado de ella, pero el faro de su sexo en una noche que la ciudad entrelazó una vez más nuestros caminos logró que volviese a poner la proa de mi barco rumbo a las rocas.

Y así pasaban nuestros agradables días de luna de miel. Yo dejaba dinero desparramado en un cajón de la mesilla y ella cogía unos cuantos billetes. No imaginaba que Federico Bueno había taladrado las paredes y espiaba sus movimientos. Cuando iba a salir de casa con el dinero que me había robado escondido bajo las bragas escuchaba mi voz.

—Ana, en la mesilla hay treinta y seis mil pesetas. Coge dieciocho y alquila un vídeo en Skala.

Pero ni en tales ocasiones se percataba de que era yo quien tejía la tela de araña a su alrededor. Claro que yo colaboraba con mis cortinas de humo; como cuando me entusiasmaba hasta la desmesura ante los espantosos cuadros que estaba pintando bajo su inspiración.

—Como mantenga eee esta línea me parece que eee no voy a seguir vendiendo obra ajeeeena. Solo eee la propia.

Ella asentía falsamente entusiasmada. Había recibido una esmerada educación y era imposible que no advirtiese que mis pinturas eran un fraude absoluto.

—Eres un genio, Federico. ¿Me dejarás ayudarte a poner los títulos?

Una Bruja sube al cielo, El faro entre las piernas, Hechizo en negro y otros igual de necios. En cualquier caso nunca tan deleznables como los propios cuadros.

Pero las lunas de miel no deben ser eternas. Qué horror. Espantoso aburrimiento. Llevaba casi dos semanas alimentando la mentira de nuestra cariñosa camaradería cuando me permití un golpe de efecto. Se acercaba el acto final de la tragicomedia de

Federico Bueno y Ana Camino. Una pena. No me gustan los finales. Antes de llegar al final la imaginación puede especular con mil posibilidades. Pero cuando se acaba el camino lo hace irremediablemente en un punto. En un solo y único punto.

—Mañana eee no es necesario que vengas, he ee quedado con Raquel.

—¿Con Raquel? No me ha dicho nada.

—Eee aahh ¿no? Pues eee sí. Pero eee si quieres pasa también tú. Eeen uno de los cuadros eee aparecéis juntas.

—No creo que me apetezca.

—Eeee muy bien.

¿Esperaba que me traumatizase el anuncio de su deserción?

—Oye, no sé lo que pasa pero cada vez que vengo a esta casa pierdo algo. La primera vez fue un pendiente. Luego dos botones de una camisa. Una diadema. Mi carnet del Bikini. Y hasta bragas. ¿No serás fetichista?

Compuse mi expresión de niño disfrutando de las fantasías de ayer y hoy de Hanna-Barbera o Walt Disney. ¿Era yo fetichista? Tal vez un poco. Porque era cierto que cada día le quitaba algo y por la noche o al día siguiente lo llevaba hasta el final del rompeolas y lo arrojaba al mar. No iba a explicárselo. Me limité a negar. Al estilo de su propia escuela.

—No sé de qué eee me hablas.

—A lo mejor guardas mis bragas y mis pendientes y hasta los pelos de mi coño en ese cuarto que siempre tienes cerrado con llave.

Me reí con su salida de tono. Pluto se había caído en un charco y todos los niños nos partíamos de risa ante su cara de tremendo enfado e indignación.

Acudió a buscarme la mañana siguiente a la salida de la Massana.

—El profesor Bueno saliendo de sus clases.

Me tomaba el pelo. A esas alturas ya debía de haber adivinado que no era más que un humilde alumno. Que me tomase el pelo hasta donde pudiera. No podría arrancar mucho de mi cráneo rapado al cero.

¿Por qué no comíamos juntos? *Aquí cerca, en un restaurante detrás del mercado de la Boquería*. Me invitaba. Esa mañana era una mujer de negocios y nada más que una mujer de negocios.

Después del café pasaríamos por su almacén para que yo pudiese echar un vistazo a su creciente emporio.
Se trataba de un sótano húmedo y mal ventilado en el que se amontonaban las más variadas mercancías. Bisutería y faros de bicicleta. Chanclas de goma y vídeos pomo en sueco y alemán. Maniquíes pasados de moda y hasta un traje de hombre rana.

—Tengo un poco de todo.

—Ya eee veo.

—Estoy siempre atenta y cuando veo algo a buen precio, compro. Nunca se sabe dónde se esconde la mina de oro.

¿En el traje de hombre rana? Pero no dije nada. Asentí con la cabeza y me alegré de ver a Raquel saliendo de un minúsculo despacho situado al fondo del sótano.

—¿Ee sois socias?

—Trabaja para mí.

Ana Camino rápida y superior. Nada de iguales. La jefa era ella.

—Pero casi siempre olvida pagarme. Así que las mañanas las empleo en una *boutique* de la Diagonal.

Raquel añoraba la compañía del *mirlo* Bueno. Era ella quien me había descubierto. No dudó en lanzarse hacia el balón y hacerle un regate a su jefa y fiel amiga.

Me tapé en signo significativo uno de los orificios de la nariz y le guiñé un ojo.

—Eee luego nos vemos.

Sonrisa de Raquel inversamente proporcional al mohín de desagrado de Ana Camino. Que lo resolviesen entre ellas. Yo tenía que irme. Tenía una cita con un galerista italiano que estaba de paso por la ciudad. Estaría en casa a las seis.

—Eee ya sabes, Raquel a las seis. No te ee retrases.

—En punto y a punto.

En punto y a punto estaba Raquel en la puerta de mi casa. Y Ana Camino a su lado con al menos un par de copas dando algo que hacer a su estómago.

Abrí la puerta con mi mejor camisa naranja fosforito y nada debajo. Hacía calor. Anuncié que ya tenía impregnado el lienzo y nos podíamos poner a trabajar enseguida. Raquel y yo. Ana tendría que hacerme un favor. Era una suerte que hubiese venido.

—¿Qué favor?

Le escribí una lista de materiales. También necesitaba algunas cosillas del supermercado. Y dos cafés del bar de la esquina. *La cafetera de esta casa es demasiado nueva y hace un café que sabe a rayos*.

Quiso protestar pero yo era el papá inflexible. El blanquísimo mirlo *cagadinero* que durante la comida le había dicho que lo de Londres no me interesaba y apostaría por ella y su visión como mujer de negocios. Salió sin perder un instante. Sabía que se daría prisa en cumplir mis encargos. Pero por muy rápido que se moviese nada impediría que yo realizase la puesta en escena que tenía preparada.

En cuanto me quedé a solas con Raquel saqué la bolsita de coca.

—¡Sorpresa! ¿Unas eee rayitas antes de que regre ee se la Bruja?

—Ana no es ninguna bruja, no deberías llamarla así.

Claro que no. La *bruja* era ella. Que no se había puesto bragas debajo de su mini volandera *porque hacía mucho calor*. Yo la comprendía y compartía su punto de vista. Tampoco me había puesto calzoncillos.

—Hasta he tenido que depilarme el pubis para no sudar.

Muy comprensible. Una chica delicada. Habría que mimarla. Explorar la zona para ver si había quedado sin degollar algún pelo rebelde. Preparé dos interminables autopistas sobre la mesita del salón estudio. Raquel tuvo que agacharse para esnifar la suya. Tuvo que agacharse mucho. Se trataba de una mesita muy baja y a ella no le gustaba ponerse de cuclillas. Su mapamundi se abrió mostrando los perfectos hemisferios. Allí estaba la cueva de Alí Babá con sitio de sobra para que la visitasen a la vez los cuarenta ladrones. Abierta ante mí. Depilados los alrededores como había prometido. Ni un solo pelo.

—Creo que eee voy a pintarte así. ¿Eres capaz de mantener la postura?

Era capaz de cualquier cosa.

—Voy a eee coger un pepino de la nevera. Eee een el cuadro habrá un sátiro y necesito tener una referencia.

Aceptó el pepino con apenas un respingo. Aún seguía habiendo espacio suficiente para los cuarenta ladrones; por la entrada número dos.

—¿Solo habrá un sátiro en el cuadro?

En el cuadro solo habría pintura manchando el blanco de la tela.

—Habrá eee tres o cuatro. Aguanta la postura. Con las piernas eee un poco más separadas y el pelo eee el pelo de la cabeza eee rozando la mesa. Y podrías cogerte una teta y sacarla de la ee camiseta.

Ya habían pasado casi cuarenta minutos desde que Ana saliese a por mis compras. No iba a tardar en aparecer.

—Se me duermen las piernas.

—Vamos eee a despertarlas.

Entré a matar. No fue ningún sacrificio. Raquel tenía un culo lleno como la luna de agosto. Y lo hacía bailar en movimientos circulares y sabios. Sin prisa. Hasta que cayó en la cuenta de que el tiempo pasaba y comenzó a acelerar el ritmo de rotación.

—Nos va a pillar Ana.

—Pamplinas, tardará horas en hacer ee todos los encargos.

Me dejó mentir. Ambos estábamos disfrutando. Cambiamos de postura. Ahora el pepino y yo compartíamos la misma cueva. Un instante antes había cogido la bolsita y dividido el polvo entre el clítoris de la ninfa y el glande del sátiro. El ritmo iba *in crescendo* y hasta para mí comenzaba a desaparecer la habitación. Raquel se estremeció incontroladamente mientras la levantaba en peso cogiéndola con el índice y el pulgar por los pezones. Y gritaba cuando se abrió la puerta. Seguía gritando cuando se cerró la puerta. Nuestro público ya había llegado. ¿Habría aplausos? ¿Gritos de indignación? ¿Querría Ana Camino apuntarse a la composición escénica del próximo cuadro pornográfico de Federico Bueno?

—¡Hola!

Era la voz de Camino. Nos avisaba de su llegada por si los portazos no habían sido suficientes. Raquel hizo ademán de intentar separarse de mí. No se lo permití. La tenía bien cogida y ya solo faltaban un par de acometidas para alcanzar el final feliz que ambos nos habíamos ganado. Uno. Uno. ¡Uno! ¡Y dos! En el preciso instante en el que Ana entraba en el salón. Sus ojos estrellándose contra los míos. Incrédulos y vencidos. Lo había intentado conmigo de todos los modos posibles. Seducirme. ¿Por qué con Raquel y con ella no? ¿Por qué…?

—Ah…

Me costó un instante recuperar el resuello.

—Hola, Ana. ¿Ya has vuelto? ¿Serías tan amable de eee traer servilletas de la cocina?

No quiso traerme las servilletas. Chica poco servicial. Oí cómo se abría la puerta de la calle. Y también cómo se cerraba. A pesar de que Ana Camino intentó no hacer ruido. ¿Un intento desesperado de no darse por aludida y hacernos creer que no nos había visto y ni siquiera había pasado por el apartamento? Raquel también fingió que no me había oído llamarla pidiéndole servilletas. Pero el café y las bolsas estaban en la cocina y hablaban por sí solos. Nos bebimos nuestras tacitas acompañadas por una tableta de chocolate. Follar abre el apetito. Raquel intentó hacerme un panegírico de su larga relación con Camino. Lo amigas que eran desde hacía años y cuántas cosas le debía. No le seguí el juego. Me importaba un bledo que estuviese arrepentida de haber traicionado a su jefa y amiga. O que estuviese encantada de haberlo hecho. Podía darse una ducha y largarse con mi bendición a casa cuando quisiera.

—Eres una modelo eee excepcional, pero me parece que eee no voy a tener ganas de pintar hoy ningún otro cuadro.

Estaba seguro de que Camino volvería antes o después. A mi casa. Por lo que sabía estaba absolutamente aislada. No tenía adónde acudir. Los otros hombres que frecuentaba le sacaban el dinero que no tenía. Los macarras de segunda que traía a mi ático cuando pensaba que yo estaba en mis clases de la Massana. Sus relaciones familiares eran pésimas. Y después de lo sucedido parecía improbable que le apeteciese compartir la velada con Raquel.

Ni novios ni amigas. El único sitio donde podía refugiarse era entre mis brazos.

Por lo tanto decidí esperarla. Sin prisa. Sabiendo que antes necesitaría ingerir bastante alcohol para recuperar su valor. Restaurar su vapuleado orgullo. La había ofendido doblemente. Primero haciéndola de menos respecto a Raquel. Eso era ya un crimen. Pero más crimen aún era que me hubiese visto teniendo relaciones sexuales con una mujer. Con cualquier mujer. Cuando jamás me había dignado a tenerlas con ella.

Apareció a eso de las cuatro de la mañana. Tan borracha como yo había previsto. Interpretando un numerito sobre el que yo ya había leído en las obras completas de Alberto Delgado:

La primera vez que decidí abandonar a Ana, quitármela de encima, fue

en una discoteca. Me negué a pagarle otra copa, ya había bebido demasiadas, y ella para irritarme y ponerme celoso se echó encima de un desconocido, besándole y restregándose contra él, hasta que el chico se puso fuera de sí y casi la viola allí mismo. Naturalmente me fui. Enfermo e indignado, pero también decidido a no volver a verla jamás: estaba claro que una mujer así no me interesaba para nada. Mejor solo. Eran las tres de la noche cuando sonó el timbre de la puerta. Llevaba un rato oyéndolo en una agobiante pesadilla en la que Ana me hundía los dedos en los ojos haciendo sonar un timbre en el interior de mi cabeza. Cuando por fin comprendí que era un timbre real el que escuchaba me levanté casi sonámbulo para ver qué sucedía. Era ella, borracha como una cuba y dispuesta a tirar la puerta abajo si no le franqueaba la entrada. Ana Camino, la Bruja. Cuando por fin descorrí el cerrojo fingió un desmayo, ¡¿o lo sufrió de verdad?!, dejándose caer, desmadejándose ante mí como una marioneta a la que han cortado los hilos. La recogí del suelo, ¡ojalá no lo hubiera hecho!, y la llevé hasta el sofá. En cuanto se vio entre mis brazos comenzó a pedirme que le hiciera el amor, que la penetrase por donde quisiese, que… La Bruja no necesitó insistir mucho más: el sexo siempre ha sido mi debilidad y mi perdición.

Delgado demostró poca imaginación para salir del lance. Podía haber hecho muchas cosas. Desde tirarla por la ventana hasta no abrirle la puerta.

Sin embargo yo tampoco la tiré por la ventana. Y también le abrí la puerta. Sí. Abrí la puerta a *la bruja*. Quería ver el número por mí mismo. No me defraudó. Desmayo. Histeria. Temblores. La petición de que le hiciera el amor. *Hazme el amor, Federico, hazme el amor*.

Pero no la ayudé a levantarse del suelo del descansillo. Tuvo que hacerlo ella sola. Y no volvió a caerse hasta que debajo de sus nalgas no apareció el sofá.

Fui a la cocina y regresé con el enorme pepino que me había precedido como amante en las interioridades de Raquel por la tarde. Lo coloqué sobre la mesa. Podía utilizarlo para calmar sus ansias de sexo. Estaba frío. Había vuelto a guardarlo en la nevera en vez de arrojarlo a la basura. Los años me estaban transformando en un hombre previsor. Quizá Ana Camino preferiría esperar a que se pusiera a temperatura ambiente antes de utilizarlo. Yo me iba a la cama. Había sido un día largo y estaba cansado.

Camino continuaba en el sofá cuando me desperté. Esta vez no iba a molestarme en prepararle el desayuno. La miré dormir. La boca abierta. Si en verdad hubiese sabida pintar y sido capaz de llevar a cabo mi *suite* diabólica aquel habría sido mi mejor cuadro. Un primer plano de esa boca. Aunque difícilmente habría podido trasladar al lienzo su olor acre y fétido. Hedor insoportable que tanto podía provenir de su estómago como de su dentadura cariada. O de su alma.

Me acerqué hasta que mis labios rozaron los suyos y en ese instante tuve memoria física del sabor de la boca de Delgado. La intensa sensación que me había transmitido en el momento de su muerte.

Un rayo de sol esquivó la barrera de nubes y se coló por la ventana. La alucinación gustativa desapareció al sentir el calor y la luz en el rostro. Pero quedaba un resabor. Una nostalgia indefinible. Sentí el deseo imperioso de viajar. Escapar. Vivir nuevas vidas en otros escenarios. Dejar a Ana Camino en aquel sofá y coger el primer barco que saliese del puerto sin importarme su destino.

Estuve a punto de hacerlo. Coger un barco y escapar. Pero las palabras adecuadas no salieron de mi boca. Al subir al taxi en la esquina de Balmes con Padua le di al conductor la dirección de la Massana.

Cuatro horas después me despedía de mi profesor y compañeros. Me iba de Barcelona. Ciertos asuntos me requerían en otra ciudad. Nada muy concreto.

Regresé al apartamento a mediodía. Antes había pasado por la agencia para comunicarles que dejaría la casa en una semana. No reclamaba ninguna cantidad por el tiempo en el que no utilizaría la vivienda. Les agradecí su eficacia y dejé un sobre con una generosa propina para pagar a la asistenta a quien nunca había visto. Las llaves las dejaría dentro del apartamento. En un plazo máximo de diez días podían pasar a recogerlas y volver a alquilar el ático si así lo deseaban.

En el ascensor me encontré con mi propia imagen. Aquel individuo que me miraba no parecía Federico Bueno. A pesar de la camisa azul con tigres rojos estampados en los faldones. Volvía a ser *la bestia*. El mercenario que se jugaba innecesariamente la vida. El líder suicida de un grupo punk que jamás llegó a grabar un solo

vinilo. Frederic Traum. Me enfrenté con esos ojos. Únicos puntos brillantes en el azogue del espejo tamizado de gris metálico. ¿Qué escondían? ¿Cuál era su misterio? No escondían nada. No había misterios. Serenidad e indiferencia. Absoluta indiferencia. Eso era lo único que transmitían aquellos ojos reflejados y fríos.

Entré en el apartamento con mis propias llaves. Existía la posibilidad de que Ana Camino se hubiera ido. Una vaharada de olor a frito me persuadió de lo contrario. No se había ido. Allí estaba. Preparándome la comida. Esperándome como una amantísima esposa. Purgando por sus pecados y los míos. Arrepentida. Pero el arrepentimiento no existe. Es solo un estado transitorio. Una reacción natural ante el eco de los golpes. Como un morado en la piel. Cuando desaparece el morado desaparece el arrepentimiento. La prueba de mi teoría estaba cerca. En mí mismo.

Yo me había convertido en el gran arrepentido tiempo atrás. Después de Londres. En mis últimos meses en Beirut. Ni siquiera osaba andar por la calle con la cabeza alta. Agachada. Siempre agachada. La cabeza y la mirada. Cuando salí del hospital me habían convencido de que cualquiera era mejor y más digno de vivir que yo. Y así seguí hasta que no desapareció el morado que recordaba el golpe a mi piel. Mientras persistió el eco del miedo y el dolor. Pero eso ya había pasado. No quedaba nada. Ni miedo. Ni dolor. Ni el menor rastro de hematoma en mi piel. Ya había dejado de ser *el gran arrepentido*.

Observé a Camino mientras vertía la *vichyssoisse* en mi plato. La *vichyssoisse* que había preparado expresamente para demostrarme su valía. Lo afortunado que debería considerarme al haber encontrado a alguien como ella.

—Está muy rica.

—Muchas gracias, es una receta de mi madre.

Casi se le saltan las lágrimas conmovida ante su propia bondad. Persona excelente y generosa donde las hubiera. Se disculpó porque la carne le había quedado algo quemada. Últimamente no cocinaba mucho y le había perdido el punto a las sartenes. Mentí asegurándole que estaba exquisita.

—¿Hay algo de postre?

—Flan.

—¿Flan? No me apetece. Eeee… ¿podrías prepararme eee… un

café?

No había acabado de beberme el asqueroso café preparado en la cafetera demasiado nueva cuando comenzó el discurso. La inevitable retahíla de palabras *gastadashuecas*.

—Mira Federico, yo estoy muy a gusto en tu casa, pero tengo la sensación de que tú no estás igual de bien conmigo, y ni siquiera te atraigo lo bastante; como mujer, me refiero. Así que quizá lo mejor sería que me fuese, porque la verdad es que creo que aquí no tengo nada que hacer.

Ni que realmente viviésemos juntos. Apenas tenía algo de ropa y unos zapatos en mi armario. Y el cepillo de dientes que yo le había regalado. Pero eso no tenía importancia. Lo que estaba intentando transmitirme —y su tono de voz la delataba— era que perderla sería un cataclismo. *Menos mal que se había cruzado en mi vida para que yo pudiera saborear la* vichyssoisse *según la feérica receta de su madre*.

—Eee… mira… yo creo que… eee… es mejor que hablemos esta noche. Eee… he quedado a las cuatro con un pintor y mi amigo… eee Giuseppe… el marchante italiano, ee no tengo tiempo ahora para… eee… conversaciones. Y hoy ee ees Sant Joan. Incluso si nos ee despidiésemos esta noche para siempre habría que hacerlo sin dramatismos y con una eee buena juerga.

Se iluminaron sus pupilas. Aún había una posibilidad de que el mirlo no se escapase antes de ser desplumado. La dejé sola para cambiarme de ropa. Y dejar olvidada encima de la mesilla la llave del único cuarto de la casa en el que ella jamás había entrado. Ya era hora de que Ana Camino se enfrentase a los cuadernos de Delgado. La noche anterior me había encargado de dejarlos abiertos sobre la mesa. Eso era todo lo que había a la vista en ese cuarto. Una silla y una mesa. Con tres cuadernos abiertos.

Me quedé esperando en un bar cercano desde donde se divisaba con claridad la entrada del edificio. Veinte minutos después salía Camino. Nada en su actitud hacía suponer que hubiese encontrado la llave. Pero tal vez sí y salía para hacer una copia. Le concedí media hora.

No regresó. Subí al apartamento. Allí seguía la llave. Donde yo la había dejado olvidada. Encima de la mesilla. Entre un baturrillo de monedas y *tickets* de compra.

Bajé a la calle. A una cabina telefónica para que se escuchase al otro lado de la línea el tintineo de las monedas al caer. Marqué el número del almacén.

—¿«*Digui*»?

Era Raquel.

—¿Eee está Ana?

—Sí, ha llegado hace un rato, Federico, ¿quieres que se ponga?

—Por favor.

Era divertido. Raquel y yo jugando a los amantes clandestinos y Ana Camino en el papel de esposa ultrajada. Tardó varias monedas en coger el teléfono.

—¿Sucede algo?

—No, bueno… eee… sí. Verás es que no encuentro la llave de mi… ee… cuarto de trabajo. Pienso que tal vez se me ha podido… eee… caer al… eee… cambiarme este mediodía. Quería saber si tú… eee… la has visto.

—¿La llave del cuarto misterioso? Pues no, no la he visto. La verdad es que he salido de casa un poco después que tú y no he entrado en el dormitorio.

—Bueno, eee no importa. Ee espero que esté allí o tendré que llamar a un cerrajero. Oye, ee, hoy no habrá sesión de pintura. Llegaré un poco tarde, a las diez o las once y eee hablamos y quemamos los malos rollos en la hoguera de San Juan, ¿vale?

No tardó ni treinta minutos en regresar al apartamento. La vi bajar de un taxi desde el bar que me servía de observatorio y refugio.

Poco después subía la persiana del cuarto. Yo la había mantenido bajada desde que instalé la cerradura de seguridad. Día y noche. Todo el tiempo. Oscura como la tumba que nunca tuvo Alberto Delgado. Ana Camino debía de estar a punto de comenzar a leer sus cuadernos. Con algunas frases subrayadas en rojo para acentuar el dramatismo de la puesta en escena.

No estoy enamorado de Ana, ni siquiera la quiero ni aprecio, es más: la odio. Y no comprendo, no soy capaz de explicarme cómo puede retenerme a su lado en contra de mi voluntad y sentimientos.

Algún día me vengaré de todo el daño que Ana me está haciendo. Cuando reúna la fuerza y el valor necesarios volveré a buscarla y se lo devolveré multiplicado por mil.

Esta última frase era de mi propia cosecha. Figuraba como cierre de las anotaciones en el tercer cuaderno y estaba presuntamente escrita en Madrid, donde Delgado pasaba sus vacaciones en compañía de la Eloísa que yo me había inventado para él.
No me oyó abrir la puerta porque yo no deseaba que me oyera y sé moverme sin hacer ruido. Quería verla ante los cuadernos. Fumando. Nerviosa. Entrando y saliendo del texto. Saltando de una página a otra. De un cuaderno a otro. Desconcertada. Una bisagra chirrió en la cocina. Camino levantó la vista y se volvió con la velocidad de un felino. Los ojos de par en par. Los orificios de la nariz dilatados. Atenta y alerta.

Nada. No era nada. Solo una puerta que chirría. No era Federico Bueno. Pero ¿qué pintaba Federico Bueno en todo aquel montaje? ¿Cómo habían llegado esos cuadernos hasta su casa?

Ana Camino había dejado de leer y encendido otro cigarrillo aunque el anterior aún echaba humo desde el cenicero. Una vez más admiré la justeza del sobrenombre con el que trataba de protegerse de ella Delgado. *La Bruja*. Echando humo por la nariz de orificios enormes y la mirada perdida en la pared blanca. Moviendo los labios entre calada y calada. Invocando a sus espíritus.
Salió del cuarto para coger otro paquete de cigarrillos de su bolso y una botella de mi mueble bar. No me vio. Aunque pasó casi rozándome al atravesar el pasillo oscuro donde yo permanecía pegado a la pared. Quieto como una serpiente. Sin apenas respirar. Listo para lanzar mi veneno.

Estuvo leyendo durante horas. Se extinguió la luz del día y ella encendió la del techo en un gesto reflejo. Era ya noche cerrada cuando apiló los tres cuadernos en un solo bloque y se levantó de la silla. Miró a su alrededor. No quedaban más cigarrillos en ninguno de los dos paquetes. Encendió una de las colillas que rebosaban el cenicero. Le dio un par de caladas y comenzó a agujerear las hojas de los cuadernos con la brasa redonda. Tiró el cigarro al suelo y empezó a arrancar las páginas de la espiral de alambre que las sujetaba. Maldecía y rezongaba en voz cada vez más alta. Arrugando las hojas escritas por Delgado. Esparciéndolas por la habitación. *No sé qué coño significa esto pero con Ana Camino no se juega. Os vais a enterar de quién soy yo, hijos de puta*. Derribó la mesa de un empujón. La silla. Respiraba con furia. La boca

abierta. Los ojos enloquecidos. Se lanzó sobre el armario. Enseguida la encontró. La peluca que utilizaba yo para convertirme en Alberto Delgado. Comenzó a darle vueltas entre sus manos. Quizá comprendiendo. Enfrentándose a la evidencia de que todo había sido demasiado parecido. El ático de lujo. La ingenuidad de Federico Bueno. El dinero en abundancia. La misma historia que con Alberto Delgado pero corregida y aumentada.

—Hola, Ana.

—¡Alberto!

Había sido la voz de Alberto Delgado. La familiar voz de Alberto saludándola. Desdibujado en la penumbra del bolsillo. Pero Alberto ya no estaba. Era yo quien salía de la penumbra y entraba en el cuarto iluminado.

—Alberto Delgado murió hace dos años. Le mató una bala en Beirut.

No le di tiempo a reaccionar. A pensar. La atraje hacia mí y puse mi boca sobre la suya. Para que no gritase. Jugando con la ventaja que me daba la sorpresa. Rapidez y eficacia. Como es obligado en toda lucha cuerpo a cuerpo. *No perdáis el tiempo en golpes inútiles: rompedle el cuello al enemigo antes de que este pueda reaccionar y defenderse*. Así se adiestra a un mercenario. El *único enemigo bueno es el enemigo muerto. ¡Rompedle el cuello! ¡Rompedle el cuello!*

Romper un cuello con un solo giro requiere cierta destreza. Conocer bien la técnica. La barbilla en una mano y la otra sosteniendo por detrás la base del cuello. Un crujido seco. Apenas un breve chasquido. Y eso es todo. Fue todo. Ana Camino yacía sin vida entre mis brazos.

Hecho. Estaba hecho. Simple y rápido. Después de elaborar complicados planes. Especular en mil direcciones y coquetear con la pereza que me pedía dejar escapar a Ana Camino y olvidar mi compromiso. Todos los finales teóricos borrados por el final definitivo.

Abrí los brazos. Ana Camino cayó al suelo sin apenas ruido. Mi deuda quedaba zanjada. Que descansase en paz Alberto Delgado.

Una tremenda explosión hizo vibrar los ventanales de la terraza. El cielo de Barcelona refulgía en mil colores. Los fuegos artificiales de la noche de San Juan. Palmeras de luz anaranjada elevándose sobre

los edificios. Escuadrones de cohetes luminosos que parecía conseguirían derrotar para siempre —y no solo por unos pocos segundos— la oscuridad de la noche. El castañeteo burlón de los petardos. La impertinencia de las tracas. Olía a pólvora y a fuego en las calles y yo llevaba el cuerpo inerte de Ana Camino doblado sobre mi espalda. Su vestido subido hasta la cintura. Si se le veía el culo quizá nadie se molestaría en buscarle la cara. El rostro sin vida en cuyo centro se había congelado la boca definitivamente derrotada. Tuve que recorrer alrededor de cien metros antes de llegar hasta el coche. El día anterior había lavado el Alfa para luego estacionarlo en un lugar discreto no lejos de la puerta de la casa. Una pareja de adolescentes avanzaba en dirección contraria a la nuestra. El chico hizo un claro gesto que yo corroboré con una sonrisa cómplice. Demasiado alcohol. Si alguien les preguntaba en el futuro, ¿me recordarían? Esperé que no.

Dejé caer a Ana Camino en el asiento de atrás. Iba a llevarla hasta el malecón. Como exigía el ritual que había inventado y que debía respetar del mismo modo que un militar cumple la orden de un superior. Sin juzgar su lógica o inteligencia. Había decidido desde el principio que allí dejaría a Ana Camino y así lo haría.

Conduje despacio. Atento a no cometer ningún error. Respetar cada ceda el paso. No saltarme un solo semáforo en rojo.
El rompeolas era un lugar perfecto para contemplar los excesos pirotécnicos de la noche de San Juan. El mejor. Pero no estaba especialmente concurrido. Apenas media docena de coches aparcados ante el Porta Coeli; ya cerrado y con todas sus luces apagadas. Volví a echarme el cuerpo de Ana Camino a la espalda. Ya algo rígido —o a mí me lo parecía— sobre los hombros empapados de sudor. Sus piernas resbalándose de entre mis manos pringosas. ¿Y si alguien nos paraba en aquel momento?

Nadie nos paró. Nadie nos prestó atención ni se fijó siquiera en nosotros. O quizá sí: todos nos vieron y pensaron que sucedía algo extraño y era yo quien se empecinaba en que nadie nos veía ni miraba porque necesitaba creerlo para seguir avanzando. Me detuve unos instantes para tomar aire y contemplar la saliva multicolor que escupían los duendes de la pirotecnia desde la montaña de Montjuic. Como un volcán en erupción. Un volcán alegre que lanzaba chispas inofensivas y no lava mortífera. La gran fiesta.

¿Cuánto tiempo tardarían en echar de menos a Ana? Al menos no hasta que no pasase la inevitable resaca del día siguiente. Estábamos ya al final del rompeolas. De la gran serpiente pétrea mitad marina y mitad urbana. Recorrí con la mirada la ciudad observando los fuegos. La infinidad de pequeñas hogueras encendidas por doquier. Quemar los malos recuerdos. Convertir en llamas el pasado. Empezar al día siguiente de nuevo. Esa era la idea. También para mí era la idea. *Quemar los malos recuerdos. Convertir en llamas el pasado*. Me deslicé entre los grandes bloques de hormigón y cemento en busca de un hueco donde colocar el cadáver. No quería que las olas lo sacasen demasiado pronto a la luz. Aunque antes o después sucedería. El mar impondría su ley. Pero con suerte se demoraría algún tiempo.

Al terminar sentí el primer mordisco del vacío en el estómago. Miré de nuevo hacia la ciudad. Brillando y ardiendo. Hermosa y extraña ciudad con el mar siempre bailando en su regazo. La gran traca final que ahora se desencadenaba en Montjuic era coreada por los artificieros de la Barceloneta.

Alberto Delgado había sido vengado y ya nada me retenía en Barcelona. Reemprendí el camino hacia el coche bajo el cielo cegado por las explosiones. El ruido era ensordecedor. Ni siquiera lograba escuchar el sonido del mar. Menos aún el de mis propios pasos.

IX

No me detuve ni una sola vez. Ni gasolina ni café. Había dejado tantas pistas que resultaba impensable que cuando se denunciase la desaparición de Ana Camino la policía no buscase también a Federico Bueno. Suponía que nadie iba a relacionarle con el Alfa rojo que yo ahora manejaba con toda mi atención puesta en la carretera camino de Valencia. Pero tampoco podía estar plenamente seguro.

Antes de partir había regresado al ático y recogido las hojas rotas y quemadas de los cuadernos de Delgado. Y el disco de Pat Metheny y David Bowie con la banda sonora de *The Falcan and the Snowman*. No me llevé nada más. Abandoné mis cuadros a su suerte. Dudoso de que nadie llegase jamás a colgarlos de las paredes de su casa. También dejé atrás las camisas estampadas y los pantalones de campana. Los zapatos de piel de serpiente y la pequeña escultura de madera. El caballete. Las cajas de óleos y los pinceles. Federico Bueno desaparecería del mundo al mismo tiempo que Ana Camino.

Un *traje* menos en mi armario.

A medida que dejaba atrás Barcelona volvía a pretender instalarse en mi cabeza Lolo. Había logrado olvidarle durante muchos días. Pero allí estaba de nuevo. ¿Esperando para intentar volver a matarme si antes no acababa yo con él? Pero también era posible buscar un pacto. Conseguir llegar a un acuerdo de mutua no agresión. Habría sido la solución más civilizada. Nunca me he caracterizado por ser un hombre civilizado. Es difícil lograr comportarse como un hombre civilizado. Lo natural para mí es hacerlo como un salvaje.

Aparqué el Alfa Romeo rojo en el estacionamiento de la estación. Empujé la portezuela y cerré con llave. Me guardé la llave

en el bolsillo. La metería en un sobre y la enviaría a la agencia por correo. O la tiraría en cualquier sitio. No importaba. El vacío ya se había instalado en el centro de mi estómago. Eran las nueve de la mañana. La ciudad estaba en calma. Apenas algún bar abierto. Nadie caminando por las aceras. Media docena de automóviles surcando el asfalto. Allí también se habían lanzado fuegos artificiales y encendido hogueras la noche anterior. La resaca presidía la mañana.

No necesité forzar el portal del edificio de la avenida del Turia donde había dejado puesto el nombre de Anthony Marín en uno de los casilleros. Estaba abierto. Recogí la correspondencia a su nombre. Cartas del banco y folletos publicitarios. Subí al apartamento. Todavía ocupado únicamente por las ratas. Me habría gustado instalarme allí un par de días. Mientras se me aclaraban las ideas. Pero no era posible. Si alguien conseguía relacionar a Bueno con el Alfa rojo aquel sería el primer lugar al que acudirían a buscarle. Esperaría unas horas y continuaría camino.

El pequeño chalet de Delgado en Murcia. No tenía sentido dirigirme a otro sitio. Era mi casa. Mi única casa. Cogí un autobús hasta Albacete. Allí subiría al talgo que une Madrid con Murcia. Se suponía que Delgado regresaba desde Madrid. No iba a cometer el error de permitir que nadie le viese bajarse de ningún tren o autobús procedente de otro sitio. Intenté pasar la noche despierto. Caminando por la ciudad inhóspita y fría. Acabé quedándome dormido sobre un banco cercano a la estación vencido por el agotamiento. Soñé con Lolo López. Que marcaba el número de su casa y nadie respondía. Pero yo seguía llamando y llamando. Infinitas cabinas puestas en fila. Al final marcaba el número de la oficina. Los dígitos del teléfono tan grandes como las cabinas. La secretaria me comunicaba la noticia. La terrible noticia. ¿Es *posible que no lo sepa, señor Delgado*? ¿Saber el qué? *Pero si salió en todos los periódicos*. ¿En qué periódicos? *Don Manuel tuvo un accidente con el coche hace dos semanas*. ¿Un accidente? *Un accidente con el coche, en la carretera de Orihuela, se saltó la mediana y se estrelló contra un camión que venía en dirección contraria*. ¿Se estrelló contra un camión? Seguía repitiendo las palabras de la secretaria —que ahora era una gigantesca cinta magnetofónica con ojos— ya casi despierto. Luchando por escapar

de la duermevela. De la ensoñación en la que triunfaba mi propia suerte. *Nadie se explica cómo pudo suceder. El golpe se produjo en una recta con buena visibilidad.*

La cinta con la voz de la secretaria seguía hablando dentro de mi cabeza a pesar de que había logrado incorporarme y miraba sin ver la fea ciudad desde la dureza del banco.

El coche se quemó.

A los bomberos les fue imposible recuperar el cuerpo.

—¿Y seguro que era él? Quizá le había prestado su coche a otra persona.

Me había levantado y hablaba conmigo mismo en voz alta. Solo. Un hombre que avanzaba en mi dirección se cambió de acera. Sacudí la cabeza y busqué un bar donde tomar un café. El líquido caliente y amargo me devolvió en un instante el control. Solo había sido un sueño. Pero tan vívido. ¿Y si fuese cierto? Un sueño premonitorio. Tragué sin apetito una ensaimada acompañada por un segundo café. Podría llamar a la oficina y preguntar por Lolo antes de subir al tren. No lo hice. Me limité a comprar mi billete y derrumbarme en el asiento de primera clase. A los pocos minutos estaba otra vez dormido. Sin sueños. Sin sueños esta vez.

Mi casa estaba tal como la dejé. Ni cristales rotos ni cerraduras forzadas. Si Lolo López se hubiese estrellado contra un camión para huir de las consecuencias de las fotos o de una posible acusación de intento de asesinato antes habría agotado las bazas. Intentado forzar mi puerta. Recuperar las fotos. Solo había sido un sueño. Pero ojalá hubiese podido seguir soñando eternamente. Sueños en los que el mundo no me vencía. Respetaba mi suerte.

Me duché y cambié de ropa. Iría a la oficina. A comprobar que —necesariamente— mi ensoñación era irreal.

—¿Está Lolo?

Lolo estaba.

Nada de camiones. Accidentes. Suicidios. Salió a mi encuentro. Amable y relajado. Yo tenía mala cara. Eso me dijo. *Tienes mala cara, Alberto*. No era extraño. Había matado a una persona cuarenta y ocho horas antes. Era un hombre perdido y cansado. Dejé que Lolo me sacase de la oficina para invitarme a desayunar. Y sin darme cuenta empecé a hablar. Pero no era yo. Era Delgado.

Confesé a Lolo que me sentía acabado. Que a todos pedía perdón

y a todos perdonaba. Había roto dos días atrás definitivamente con mi novia. Con mi amada y fiel Eloísa.

Supongo que inconscientemente intentaba transmitir un mensaje. Un mensaje para Lolo pero también para mí mismo. No más luchas. Rompería las fotos y me olvidaría del coche que había intentado atropellarme. No juzgaría las acciones de mis compañeros de oficina fuesen legales o no. Llevaría una vida normal y mediocre hasta el final de mis días. Jamás volvería a quejarme ni protestar.

—Estás agotado, chico, deberías irte a casa y dormir. Mañana seguro que ves las cosas de otra manera.

Miró su reloj de pulsera antes de ofrecerse a llevarme. Su coche no era blanco ni de la casa Ford. Azul y marca Peugeot. ¿Y si no era él quien había intentado matarme? Tal vez detrás del volante estaba el sicópata a quien yo había ganado demasiadas partidas de ajedrez. O únicamente había sido víctima de un accidente. Un verdadero accidente.

Lolo insistió en que durmiese y me recuperase. *Toma una de estas*. Me dio una píldora blanca. Supuestamente un tranquilizante que desde luego no me tomé. *No tengas prisa por regresar a la oficina*. De repente era un amigo. Casi un padre. ¿Por qué? ¿O él también me estaba mandando un mensaje? En el mundo civilizado los golpes se pegan con el zapato y por debajo de la mesa. No por encima y con el puño cerrado. Amigos o enemigos mortales lo importante era guardar las apariencias. Tiré la pastilla al inodoro y me acosté en la cama. Tendría que haberme tomado la pastilla. Fuera lo que fuese. Veneno o un tranquilizante. Dormir o morir.

Me reintegré en la oficina un par de días después. Empezaba a relajarme. A creer en mi suerte y en que la vida estaba dispuesta a darme una nueva oportunidad cuando la noticia saltó a los medios de comunicación. Habían encontrado los restos de una mujer en el rompeolas de Barcelona.

La foto de Ana Camino apareció en todos los periódicos nacionales y locales. Hasta en la televisión. Nunca en vida *La Bruja de Delgado* había logrado tanta popularidad. Ya se había denunciado su desaparición y estaban tratando de localizarla las fuerzas del orden cuando una pareja de turistas descubrió el cadáver entre las rocas. Se buscaba también a Federico Bueno. Se le buscaba *intensamente*, decían los periódicos. Desaparecido desde la

misma fecha que Ana Camino. La noche de San Juan. Todas las pertenencias y obra pictórica del marchante de arte internacional se encontraron en el apartamento que tenía alquilado en Barcelona.

Intensamente.

Toda su obra.

El marchante de arte internacional.

Los periódicos y su ansia de espectacularidad. La foto utilizada para ilustrar las noticias referidas al marchante de arte internacional Federico Bueno era la que entregué en la Massana al matricularme. En los días siguientes hasta dragaron el puerto de Barcelona tratando de encontrar mi cadáver.

Alicia venía todas las mañanas a buscarme a la oficina. Yo esquivaba su compañía también todas las mañanas. Hasta que me obligó a decírselo claramente. No deseaba verla más. Tenía que comprenderlo. Habían sido muchos meses los pasados junto a Eloísa. Resultaba prematuro relacionarme con otras mujeres. *¿Ni como amigos?* Ni como amigos. Por el momento necesitaba soledad. Ni siquiera deseaba ver a Tizón. No deseaba ver a nadie. Y lo deseé aún menos cuando los periódicos —que parecieron olvidar lo sucedido en Barcelona durante una semana completa— resucitaron el tema y publicaron que la autopsia del cuerpo había revelado que no había agua en los pulmones de Ana Camino. No había muerto ahogada y se sospechaba de una discusión o un crimen pasional. *Pasional*. Se había dictado una orden de busca y captura contra Federico Bueno. El testimonio de unos adolescentes que se habían cruzado con una pareja que correspondía a la descripción de ambos durante la noche de San Juan le había convertido en sospechoso de asesinato. *El hombre llevaba a la mujer a la espalda, que se balanceaba como si estuviese muerta, aunque nosotros creímos que solo estaría borracha*.

No se mencionaba el Alfa rojo. Pero tampoco era difícil que alguien recordase haberlo visto aparcado frente al Porta Coeli. Y si alguien investigaba con cierto rigor la vida de Ana Camino, quizá estuviese interesado en contactar con Alberto Delgado por si podía arrojar alguna luz sobre lo sucedido. Pintaban bastos. Quizá lo mejor sería que convirtiese a Delgado otra vez en un traje y lo olvidase en un armario. Que me largase para siempre.

Estoy aguantando. Aunque de nuevo me siento profundamente a

disgusto en la oficina. Y me cuesta comer. He perdido peso. Duermo mal. Varias veces me ha parecido ver a un individuo merodeando alrededor de mi chalet. Un individuo que muy bien pudiera ser Lolo. Ese Lolo que ofrece una cara de día y otra de noche. Lo peor de ser ladrón es que piensas que los demás antes o después te robarán. Paso horas mirando y remirando las fotos que hice en Barcelona y sigo creyendo que podría ser él. Claro que el maquillaje y el *flash* dificultan la identificación. Y aunque las orejas parecen muy diferentes —más pequeñas las de Lolo— en las fotos el travestido lleva pendientes. En cualquier caso no logro creer en las continuas muestras de afecto y preocupación que últimamente me prodiga. No me trago tanta amabilidad. Y desconfío. Pero no solo de él. De todo y de todos. Aunque no lo hayan mencionado los medios nada me extrañaría que hubiesen dado con el Alfa abandonado en la estación de Valencia. Al final no devolví las llaves a la agencia. Lo olvidé. Simplemente lo olvidé. Ni siquiera tengo ya la seguridad de que sea imposible vincular a Federico Bueno con Alberto Delgado. Porque si Lolo era el travestido entonces él sabe. O puede saber.

Al menos he averiguado que no fue él quien intentó atropellarme. No fue Lolo. Mi colega ajedrecista y sicópata conduce un Ford blanco. Aunque de momento eso no me preocupa. Si vuelve a intentar pasarme las ruedas por encima del cuello le recibiré como merece. Y en cualquier caso ya ajustaremos cuentas. Pero no ahora. Todavía no. Ahora mi única preocupación es no llamar la atención. Mantener la guardia alta. Amable con todos y no cometer ningún error en la representación de mi papel de Delgado. He vaciado las cuentas de los bancos. Guardo el dinero en la taquilla de una estación de autobuses. Junto a los pasaportes no utilizados que compré a Mark Hefferman. Aunque aún conservo la esperanza. Un punto de esperanza. Quizá no sea necesario escapar. Poder seguir oculto bajo la piel de Delgado un tiempo más. Hasta sentirme tranquilo y decidir sin prisa ni presiones quién soy o quiero ser.

Pero vivo alerta las veinticuatro horas del día. Ansioso e inquieto. Preparado para desaparecer al menor indicio de peligro. Mientras sonríe mi máscara. Sonríe Delgado.

EPÍLOGO

Nada sucedió. La policía nunca llamó a la puerta de mi casa. Nadie intentó volver a atropellarme. Lolo López dejó de pretender convencerme de que llegaríamos a ser los mejores amigos del mundo. Tampoco me causó nuevos problemas. De hecho nos seguimos viendo con cierta frecuencia. Murcia es una ciudad pequeña. Y yo me casé —poco antes de dejar mi trabajo en el ministerio— con la más bella y maravillosa de sus sobrinas. Ni Alberto Delgado ni yo estábamos hechos para el funcionariado. A mi mujer le parece bien aunque mis ingresos hayan disminuido drásticamente. Ahora doy clases de francés en un colegio privado de las afueras y presido una organización no gubernamental que se ocupa de ayudar a integrarse a los cada vez más numerosos emigrantes. El mes pasado me comunicaron que he sido propuesto para la medalla del mérito civil por la excelente labor que estoy desarrollando. En cuanto a Ana Camino y Federico Bueno descansan en el limbo del olvido. Los periódicos dejaron de hablar de ellos en cuanto la noticia perdió frescura y solo fue útil *para envolver el pescado*. Yo también —de algún modo— les he olvidado. Comienzan a parecerme personajes ficticios. Imaginados. El paso de los años produce ese efecto. Nuestra propia historia acaba por parecernos ajena y extraña. Hasta mis más personales recuerdos se han ido tomando nebulosos. Por no decir irreales. He llegado al punto en el que a veces juego a pensar que no existo. Que nunca ha existido ese mercenario que intentó suicidarse con una granada en el Líbano. El cantante que lideraba a los Nightmare y dejó —quizá algún día tendré que contar con más detenimiento esa historia— que se ahogase en las aguas del río su mejor amigo.

Tumbado al anochecer en la hamaca de la terraza del apartamento que nos regaló el padre de mi mujer frente al mar de

Mazarrón llego con frecuencia a convencerme de que siempre he sido Alberto Delgado. Y solo Alberto Delgado. Como si el verdadero Delgado nunca hubiera muerto. Nunca se hubiera cruzado un trozo de plomo en su camino.

Hace un par de años estuve buscando la bala que le mató en Beirut. Su bala. El trozo de plomo que antes siempre llevaba colgado de mi cuello. No logré encontrarlo.

Es cierto que el necio sicópata que intentó atropellarme ahora está muerto. Que en mi armario —del que solo yo tengo llave— siempre hay un pasaporte en regla y listo para ser utilizado en el que no figura el nombre de Delgado. Pero ni lo uno ni lo otro afecta a mi actual forma de vida. Soy un hombre tranquilo. Un hombre felizmente casado. Conciliador y pacífico. Y además lo parezco. Eso me dijo durante la última fiesta de fin de curso uno de mis alumnos. *Es usted la viva imagen de un hombre en paz consigo mismo, señor Delgado, Un hombre en paz consigo mismo*. Sí. Pero también un hombre que guarda en la trastienda de su alma un demonio capaz de cualquier cosa. Cualquier cosa. Un íncubo siempre despierto. Esperando para ser convocado.

1989-2003,
Murcia, Nueva York, Dakar,
Madrid, Londres, El Escorial